Tercer trimestre de 2005 – 7 €

Año II — Número 3

EL MANIFIESTO

contra la muerte del espíritu y la tierra

Muere la Historia Revive la Guerra Civil

- Stanley Payne
- Pío Moa
- Sánchez Dragó
- Balbino Katz
- Pedro Corral

Revista de pensamiento crítico

www.manifiesto.org

3

Revista de pensamiento crítico

EL MANIFIESTO

contra la muerte del espíritu y la tierra

Revista trimestral
Año II - Núm. 3 - Tercer trimestre de 2005

Director:
Javier Ruiz Portella

Consejo de Redacción:
Abel Posse
Alejandro Sanz
Jerónimo Molina
José Javier Esparza
Isidro Juan Palacios
Carlos Martínez-Cava
Leddys Valdés-Romero
Fernando Sánchez Dragó

Edita:
Manifiesto contra la muerte del espíritu
Áltera
Trafalgar, 10, 2.º 1.ª
08010 Barcelona
Tel. 902 151 842
Fax 934 517 441

Correo electrónico:
manifiesto@manifiesto.org

Imprime:
G2B - Barcelona

Distribuye:
Gelesa

Depósito Legal:
B-40274-2005

ISSN:
1698-4676

www.manifiesto.org

EL MANIFIESTO no se hace responsable de las opiniones expresadas por sus colaboradores. Prohibida la reproducción total o parcial de la revista sin permiso expreso de la misma.

¡SUSCRÍBASE A *EL MANIFIESTO*!
Respire un aire nuevo, vivificante
Por sólo 20,-€ por cuatro números (más un libro de regalo)

Vea las condiciones en el Boletín intercalado en la revista.
Si no lo encontrara, llame al 902 151 842
O escriba a: manifiesto@manifiesto.org

sumario

Editorial
El hombre sin pasado se encierra en la Guerra Civil 3

Memoria - Historia

Alain de Benoist
Enfrentarse con la Historia. Nuestra relación con el pasado 10

María Teresa Padilla Aguilar
La destrucción del recuerdo* 12

Fernando Sánchez Dragó
Españolito que vienes al mundo 18

Stanley Payne
Fantasía y mitificación (entrevista) 28

Pío Moa
La recuperación del rencor (entrevista) 32

Pedro Corral
La misma historia de siempre (entrevista) 36

Balbino Katz
Una caja de Pandora (entrevista) 42

José Javier Esparza
El pasado que no pasa 50

A fondo

Isidro-Juan Palacios
La palabra como medio de paz 62

Josep Carles Laínez
Raíces para una democracia europea 74

Así NO fue

Rodolfo Vargas Rubio
La opresión de las costumbres en la sociedad moderna 78

Miscelánea

El Manifiesto en la calle 2

Enfant terrible del nuevo «arte» británico 17

Alfonso Ussía
Memoria Parcial 26

Ruinas de Babilonia. Acrópolis de Atenas 27

Sin escapatoria. Los padres denuncian 31

El «arte basura» 35

Antonio Ruiz Vega
Libros – Contra *El Quijote* 90

Javier Ruiz Portella
En el mundo feliz está prohibido ser infeliz 93

Correo de los lectores 94

Cine 95

* Agradecemos a la revista *Odiseo: rumbo al pasado* (http://www.odiseo.es.vg) el permiso otorgado a *El Manifiesto* para la publicación del presente artículo.

Listado de puntos de venta: Lib. General, Lib. Central (Zaragoza), Mas de Libros (Huesca), Beta Imperial (Sevilla), Babel (Granada), Cervantes, Víctor Jara (Salamanca), El Margen, Oletum (Valladolid), Follas Novas, Encontros (Santiago), Michelena (Pontevedra), Estudio (Santander), Ojanguren, Cervantes (Oviedo), Casa del Libro, FNAC (Madrid), La Central, Casa del Libro, Mitos (Barcelona), Lemus, La Isla (Sta. Cruz de Tenerife), Canaima, Libro Técnico (Palma), Soriano, París-Valencia (Valencia), Ambra (Gandía), Babel (Castellón), Embat (Palma), Vara del Rey (Ibiza), Pau (Menorca), Casa del Libros (Bilbao, Vitoria), Arriaga (Vitoria), Bilintx (S.Sebastián), 80 Mundos (Alicante) Ali i Truc (Elche), Popular (Albacete), Diego Marín (Murcia)

Manifestación en Madrid contra la fealdad del arte

El Manifiesto en la calle

El pasado 7 de marzo *El Manifiesto* convocó, conjuntamente con los artistas integrantes del Manifiesto Transgótico y otras organizaciones como Patrimonium o SOS Monuments, una manifestación simbólicamente realizada delante del famoso «Cubo» de Moneo, edificio destinado a prolongar las dependencias administrativas del Museo del Prado destrozando con su fealdad la zona de la iglesia de los Jerónimos y, en particular, su claustro.

En las imágenes aparece **Fernando Sánchez Dragó** alzando una pala con la que demoler simbólicamente el nefasto «Cubo», así como **Ilia Galán**, promotor del Manifiesto Transgótico, **Javier Ruiz Portella** y representantes de las demás organizaciones convocantes. Como se puede apreciar, la prensa y la televisión también estuvieron presentes.

A FAVOR DEL ECOSISTEMA CULTURAL

He aquí algunas de las frases que ese día se lanzaron al viento por algunos de los congregados en la protesta.

Ilia Galán, cuando fue preguntado, dijo: «Esta extraña obra destroza las obras de alrededor, y eso no debe hacerse, porque hay que mantener una ecología cultural. Esto rompe el ecosistema cultural.»

Por su lado, el pintor **Modesto Trigo**, apostilló: «Lo que a mi me parece es, simple y llanamente, una blasfemia. Si no respetamos nuestro pasado, malamente crearemos futuro.»

Fernando Sánchez Dragó se mostraba igualmente indignado, y remachó: «Basta echar un vistazo. Cualquiera que tenga una sensibilidad superior a la de un trilobites, por ejemplo, se da cuenta del horror de este edificio (…). Sin duda, «el dinero se esta cargando el arte. Donde llega el dinero no vuelve a crecer la hierba. El arte se ha convertido en un negocio, se ha convertido en un espectáculo, se ha convertido en un asunto de mercado… El arte contemporáneo, con algunas excepciones —muy pocas— busca justamente lo contrario de lo bueno, lo bello y lo verdadero; busca la maldad, busca la fealdad y busca la falsedad.»

Editorial

El hombre sin pasado se encierra en la Guerra Civil

por **Javier Ruiz Portella**

Ensayista y editor, ha publicado, además del Manifiesto *que da título a esta revista,* España no es una cáscara,*Barcelona, 2000, y, en francés,* La liberté et sa détresse. *Bruselas, 1994. Según el periódico* El País *es un peligroso ideólogo de extrema derecha. Sin embargo, condenado a varios años de cárcel por su lucha contra el régimen franquista, tuvo que exiliarse de España en 1971, habiendo vivido en Hungría, Rumanía y Bélgica, de donde regresó en 1994, fundando la editorial Áltera.*

El Hombre sin Pasado. Ése que ignora o detesta lo que fue: he ahí el mismo Hombre que se obsesiona, enfebrecido, por ciertos hechos de su pasado reciente: los de la Guerra Civil, en el caso de España. Ésta se trasforma entonces en otra guerra: convertida en arma arrojadiza del combate político de hoy, resulta imposible efectuar sobre ella discusión alguna. Sólo la excomunión acoge a quien no acate la versión oficial de los hechos históricos.

¿Cómo se podría, en tales condiciones, cerrar las viejas heridas? ¿Cómo cabría —y es indispensable— superar la vetusta dicotomía «derecha-izquierda», ese conflicto que nada tiene que ver con los retos del mundo actual?

Dentro de las muchas y muy contradictorias cosas que caracterizan a nuestra época, una de las más destacadas es la relación que mantenemos con el tiempo. Por un lado, la modernidad parece zambullirse por completo en el flujo temporal. Hasta se diría que esta época de constantes cambios y vertiginosas transformaciones asume a fondo la temporalidad constitutiva del mundo, la hace suya con una entereza desconocida por los hombres que, en otros tiempos, se inclinaban ante lo permanente y anhelaban lo inmutable.

Hablemos del «progreso»

Y, sin embargo, tan pronto como se ha señalado lo anterior, resulta inevitable constatar que en la modernidad el tiempo fluye a raudales, es cierto, pero dando vueltas sobre sí mismo, quedándose como estancado, coagulado en el presente. La vorágine del cambio es desde luego nuestro signo; nada permanente nos concierne, nada indeleble nos marca: todo cambia, todo pasa, toda avanza… hacia delante, hacia el progreso. *¿El progreso?…* He ahí la palabra clave: la que destruye precisamente el tiempo, lo paraliza. *El progreso*: el espejismo que nos hace anclarnos en el puro presente, olvidar el pasado, menospreciar a nuestros antepasados, sonreírnos ante esa humanidad que, sumida durante milenios en el «atraso», desconocía «desarrollo», «progreso» y «bienestar». *El progreso*: lo que hace que todo aumente… pero nada cambie; lo que hace que todo aumente hasta la desmesura… pero dentro de un espíritu inalterado en cuanto a lo esencial. *El progreso*: lo que hará también que nuestros descendientes, si todavía creen en él, nos menosprecien a su vez a nosotros, que comparados con ellos, habremos estado viviendo en la inopia y el atraso.

Sumidos en nuestro narcisista hoy, mirándonos sin parar el ombligo, rompemos con

Cartel de la Guerra Civil, Renau, 1937.

cuanto nos antecedió (lo contemplamos, eso sí, en suntuosos museos); despreciamos el modo de ser de un pasado hecho de atraso tecnológico, ignorancia científica y creencias religiosas (pero que disponía, no se sabe por qué, de hermosos monumentos). Insensibles ante lo que fue, repudiamos unas tradiciones que para nada nos conciernen (sólo, acaso, nos entretienen sus folclóricos restos). Huérfanos…, no: parricidas de nuestros antepasados, somos los primeros hombres que dejamos de afirmarnos como herederos; los primeros que abrimos cada día la página en blanco de un mundo en el que no pretendemos rememorar nada, sino incrementarlo todo; los primeros que, con la palabra «nuevo» henchida la boca, nos imaginamos que hemos llegado al mundo como si nadie aquí hubiera llegado antes. (Y en este sentido, al menos, estamos en lo cierto: nadie había llegado jamás con semejantes ínfulas.)

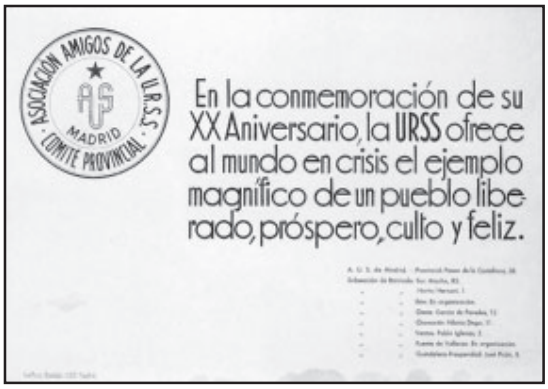
«Huérfanos…, no: parricidas de nuestros antepasados, somos los primeros hombres que dejamos de afirmarnos como herederos.»

¿Estoy afirmando que «cualquier tiempo pasado fue mejor»?… No, en absoluto. Si lo afirmara, estaría haciendo lo mismo, en el fondo, que la modernidad, pero al revés; y no es de esto de lo que se trata. Si nuestra época desprecia el pasado, no hay razón alguna para, invirtiendo los términos, ponernos a glorificar el pasado e ignorar las taras que lo marcaron. Que no nos guíe la nostalgia: ni lo que fue volverá, ni nadie revivirá el ayer. Incluso los renacentistas —ellos, los que más resueltamente se sumergieron en el pasado— no hicieron otra cosa que, inspirándose en él, crear algo absolutamente distinto.

Contra la idolatría de lo *nuevo*

Si no se trata de volver al pasado, ¿de qué se trata entonces? De cualquier cosa, menos de un pasadismo. Se trata de acabar con la idolatría de lo *nuevo*, sin caer en la de lo *antiguo*. Se trata de abandonar a la vez nuestro engreído repudio del pasado y nuestra embobada admiración por el presente. Se trata de comprender, por ejemplo, que por útiles que sean nuestros progresos, nos hacen pagar, como mínimo, un precio exorbitante —un precio que la antigüedad, por su parte, se negó obstinadamente a pagar. (Pensemos, por ejemplo, en los griegos, sin cuyo visceral miedo de la desmesura, de la *hibris*, sería incomprensible que no hubiesen sacado casi ninguna aplicación práctica de los avanzados conocimientos teóricos que poseían.)

Y se trata de otra cosa: se trata de saber que ningún pueblo puede existir sin girar la vista atrás, sin dialogar con sus muertos, sin inspirarse en sus grandezas, sin apartarse de sus bajezas, sin recordar sus afanes, sin tener presentes sus sueños. Sin saberse, en suma, parte integrante de ese *continuum* temporal que nos hace sentir menos solos, menos abocados a la muerte, menos entregados a la nada. No se trata de cantar, engolada la voz y henchido el pecho, la gloria del inmortal pasado que marca a nuestra heroica nación. Dejémonos de ridiculeces: huyamos de la retórica patriotera. Olvidémonos de esos ramplones homenajes que le rinden al pasado el más huero de los tributos y el más nefasto de los homenajes. Nada de ello nos con-



Cartel de la zona republicana durante la guerra, 1937.

cierne. El nacionalismo patriotero no hace otra cosa que alzar, disecada sobre un grotesco altar, la memoria de lo que fue. Y de lo que se trata es de revitalizar, de dar sitio y sentido a esta memoria que trenza los eslabones de la más invisible pero firme de las cadenas: la que uniendo el presente con el pasado nos proyecta hacia el futuro.

Tal es la cadena, la unión, el *continuum* que nos hace ser —colectivamente, como pueblo: en el marco de esta existencia colectiva sin la cual jamás podríamos ser como individuos. Pero para ser como pueblo —para existir colectivamente con sentido y plenitud— hace falta otra cosa. Hace falta que el pasado esté presente, sí, pero como pasado. Hace falta que su memoria esté viva, sí, pero como memoria: no como arma arrojadiza del presente. No como instrumento a través del cual el pasado es traído a la palestra… de la más vil y viciada de las maneras: como forma de perpetuar agravios y enconar rencores; o como forma de propagar las ideas de tal o cual facción política.

Cuando ello sucede, cuando el pasado —más exactamente: su falsificación— se convierte en instrumento para el odio, la propaganda o la manipulación, no es entonces el pasado lo que revive. Es su caricatura siniestra. Es el pasado vivido como medio de saciar una inagotable sed de venganza o de colmar una profunda ansia de manipulación. Es, por utilizar los términos que emplean **Esparza** y **Alain de Benoist**, el pasado como Memoria sujeta a falsificaciones y manipulaciones, frente al pasado como Historia sometida a confrontación y verificación.

El pasado como arma arrojadiza. El caso de España

Cuando así ocurre, cuando el pasado salta a la palestra como Memoria de un agravio y no como Historia de una colectividad, no es el

Propaganda de la Asociación de Amigos de la URSS, Madrid, 1936.

pasado como tal el que aparece. Es tan sólo algún Gran Hecho preciso, y por lo general hecho reciente. El resto del pasado sigue relegado en el olvido. Tomemos el caso de España (igualmente aplicable, por lo demás, a cualquier otra nación contemporánea): cosas tales como nuestro pasado medieval, la hazaña de nuestra larguísima Reconquista, la gesta del descubrimiento y conquista de América, el esplendor de nuestros siglos de oro, su ulterior decadencia, el renacer nacional que representó la Guerra de la Independencia…: he ahí hechos históricos absolutamente cruciales y que no nos marcan para nada, no despiertan

«Ningún pueblo puede existir sin girar la vista atrás, sin dialogar con sus muertos, sin inspirarse en sus grandezas, sin apartarse de sus bajezas, sin recordar sus afanes, sin tener presentes sus sueños.»

en nosotros sentimiento ni emoción alguna. Perfectamente indiferentes a todo lo que en ellos se jugó, insensibles a todo lo que gracias a ellos somos, sólo nos relacionamos con tales acontecimientos —cualesquiera que sean las miles de novelas, revistas o películas históricas cada vez más masivamente consumidas— con el frío desapego de quien contempla una curiosidad exótica.

Pero he aquí que la indiferencia se torna de pronto pasión ante un solo hecho: nuestro pasado más reciente, el de la Guerra Civil; pasión que, en Cataluña y el País Vasco, se extiende a los hechos que, remontándose a hace numerosos siglos, constituyen el imaginario en el que se fundan los movimientos secesionistas de ambas regiones.

Tomemos el primer caso. Hablemos de esta asombrosa relación que la sociedad española —hoy la más caricaturescamente moderna de todas, hoy la más desmemoriada de las modernas sociedades cerradas a la memoria— mantiene con la contienda acontecida hace ya setenta años. Y, sin embargo, parece como si hubiera sido ayer. Las heridas siguen abiertas, o mejor dicho, siguen siendo permanentemente reabiertas. La guerra civil es para nosotros cualquier cosa menos un hecho perteneciente a un pasado trágico cuyos horrores y grandeza[1] merecen ser rememorados, sí, pero no con ánimo de desquite, no como arma arrojadiza de la contienda política de nuestro presente.

«Cuando el pasado —más exactamente: su falsificación— se convierte en instrumento para el odio, la propaganda o la manipulación, no es entonces el pasado lo que revive; es su caricatura siniestra.»

Y es exactamente esto lo que sucede. Reflexionar sobre los objetivos, monstruosidades y anhelos que movieron a los unos y a los otros es hoy un acto eminentemente político. Como lo es haber obtenido del Parlamento español una proclamación oficial condenando sin remisión a uno solo de los dos bandos. Como lo es haber exigido de la Iglesia que repudie su alineamiento al lado de los sublevados de 1936, sin que ni una sola palabra venga a recordar los miles de muertos que los cristianos sufrieron a manos de los otros sublevados: los que ya en 1934, pero sobre todo a partir del inicio de la guerra, implantaron la revolución socialista y su terror en toda la España que se mantuvo bajo su poder.

Pero los dados están trucados. Basta llamar las cosas por su nombre. Basta intentar restablecer —como se pretende en este número— la más mínima verdad histórica. Basta no hablar tan sólo de los desmanes que indudablemente se perpetraron en la España «nacional»; basta hablar asimismo de la revolución, el terror y la barbarie que sojuzgaron a la España denominada «republicana»; basta decir, como el muy liberal **Gregorio Marañón** —uno de los Padres de la República— decía, desengañado, en 1937: «Salvo si se contempla el panorama español con los ingenuos espejismos […] de la libertad, el bien público, la democracia o la república constitucional, nadie puede poner en duda que la España roja es total y absolutamente comunista».[2] Basta efectuar una constatación tan banal como la siguiente: de no haberse producido el levantamiento militar de 1936, España se habría convertido, a manos de quienes ya en 1934 habían intentado imponer la revolución, en el primer país comunista del mundo después de la Unión Soviética. Basta efectuar —decía— cualquiera de tales juicios históricos para que los mismos se conviertan *ipso facto* en un acto político —y de infamante cariz.

Las consecuencias son tan graves como claras. Por un lado, la demonización, la descalificación política que envuelve al autor de tales juicios históricos, convertido automáticamente en un apestado partidario de quienes ganaron la guerra. Pero ello acarrea una consecuencia mucho peor: en tales circunstancias, es de todo punto imposible que nuestro país asuma el pasado como pasado, entierre de una santa vez el hacha de guerra que lo devastó. Ya puede uno decir lo que quiera, ya puede uno referirse (como me refería yo hace un instante, o como se refiere **Fernando Sánchez Dragó** en el texto que publicamos) a las atrocidades cometidas durante la guerra en el lado franquista; ya puede uno hablar (como habla **Pedro Corral** respondiendo a nuestras preguntas) de la «nula piedad para administrar su victoria» que tuvo el franquismo; ya puede uno calificar a **Franco** de dictador (como en estas páginas lo califica **Pío Moa**: el Apestado Mayor, sin duda; consecuen-

[1] Sí, también hubo grandeza en medio del horror: la de quienes en ambos bandos vivían y morían, al menos, por desafíos e ideales más grandes que los que hoy nos mueven.

[2] G. Marañón, *Libéralisme et communisme. En marge de la guerre civile espagnole*. Nouvelles éditions latines, París, 1961, págs. 31-32.

La España de Franco. Fotomontaje de la revista *Fotos*, 1957.

cia lógica de las multitudinarias ventas de sus libros): todo ello da absolutamente igual. A partir del momento en que usted pone en tela de juicio la visión oficial de la guerra que han difundido comunistas y socialistas… con la pasiva aquiescencia de quienes hubieran debido contrarrestarles; a partir del momento en que usted impugna esa visión según la cual hubo unos buenos buenísimos (ellos mismos) y unos malos malísimos (los otros), a partir de ese momento, haga lo que haga y diga lo que diga, usted se ha convertido en un redomado extremista, un «facha», alguien que quiere sojuzgar la democracia, privar al pueblo de sus libertades, etcétera, etcétera.

La hemiplejía «derecha-izquierda»

El problema no está en los insultos y descalificaciones. Total, «ladran, luego…». El problema fundamental está en que todo ello nos encierra —a todos: a los unos y a los otros, a los de aquí, a los allá y a los de acullá— en la dicotomía «derecha-izquierda», nos impide romperla, saltar fuera, abrir otras perspectivas… Y la cuestión es crucial: nos va la vida en ello. Sólo abriendo nuevas perspectivas, sólo rompiendo este maldito encorsetamiento «derecha-izquierda», cabe la posibilidad de que, cobrando cuerpo una nueva visión del mundo, acabe un día forjándose un nuevo orden de las cosas. Ni comunismo, ni nazismo, ni liberalismo pueden encarnar tal visión. Ninguno de ellos puede infundir la esperanza cuya ausencia nos asfixia. Ninguno de ellos puede imprimir sentido a nuestro mundo a la deriva. Todos ellos han contribuido o están contribuyendo a devastarlo; todos ellos han participado o están participando en lo que llamamos aquí la muerte del espíritu. Digámoslo, si se prefiere, en los españoles términos anteriores: la solución no hay que buscarla ni en las anhelos que movieron a la II República y a sus revolucionarios, ni en los que caracterizaron al franquismo, ni en los que marcan al liberalismo partitocrático que ha sucedido a éste.

¿Es usted izquierdista? ¿Le choca ver denostada la II República y las esperanzas revolucionarias que encarnó? No sabe cómo lo siento, pero mire usted: se trata tan sólo de un juicio histórico, y si no lo comparte, podemos discutir al respecto todo lo que le apetezca. Pero no se ponga así, por favor, no se sulfure, espere un momento antes de denunciarme en *El País*. No se precipite, sobre todo, porque si habláramos un poco, a lo mejor resultaría que tenemos más cosas en común de lo que puede parecer. Usted arremete, por ejemplo, contra el capitalismo. La verdad es que no me gusta demasiado utilizar este término, pues nada tengo… o, mejor dicho, nada tendría contra el capital, los beneficios y el mercado, si se mantuvieran relegados a su lugar; si no pretendieran ocupar el centro del mundo. Poco me inquietarían, si la codicia mercantil no se hubiera convertido en el motor que rige al mundo, en el resorte que mueve el alma de los hombres. Pero como es exactamente esto lo que ha ocurrido, no tengo ningún in-

> “Aunque en el lado rojo no hubiera un sólo soldado ni un sólo fusil moscovita, sería igual; la España roja es espiritualmente comunista, roja […]. En el lado nacional, aunque hubiera millones de italianos y alemanes, el espíritu de la gente sería infinitamente español, más español que nunca. De esta absoluta y terminante verdad depende la fuerza de uno de los dos bandos y la debilidad del otro.”
>
> Gregorio Marañón

conveniente en denunciarlo y estigmatizarlo junto con usted. A partir de ahí, es cierto, lo más probable es que nuestras soluciones diverjan, se opongan incluso. Pero… ¿no le parece que todo ello permite que hablemos civilizadamente un rato?

¿Es usted franquista? ¿Le choca que hable de las matanzas cometidas en la España nacional? ¿Le irrita que denuncie los vicios en que cayó el franquismo (desde el patrioterismo huero hasta la beatería ñoña, pasando por aquella ramplona censura)? Lo siento en el alma, pero aparte de que se trata de cuestiones históricas sobre las que podríamos hablar largo y tendido, reconozca que es difícil defender un régimen que, habiendo dispuesto durante cuarenta años de todos los resortes del poder, la cultura y la propaganda, no consiguió que ni una sola de sus ideas (y, por favor, no me lo achaque todo a la habilidad diabólica de la izquierda) calara en el espíritu de las gentes. El problema, mire usted, es que todo ha quedado hoy como trastocado, embrollado. La España franquista estaba dominada por aquella beatería de meapilas que la llevó, socialmente hablando, a la muerte. Y tal parece ahora como si todo se hubiese acabado ahí, como si no hubiera habido nada más que aquella mojigatería hecha de remilgos y castidades; como si no hubiera anidado —a otro nivel— la búsqueda de un auténtico aliento espiritual. Un aliento, es cierto, que pronto quedó tergiversado, hundido en un lodazal de pragmatismo e intereses espurios, pero —al menos hasta que, allá en los años sesenta, los tecnócratas empezaron a devastar costas, campos y ciudades— no dejaba de alentar en todo aquello algo muy distinto de lo que ahora nos parece. Tal vez se acuerde usted de aquello de **José Antonio**. «A los pueblos —decía— no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!» Qué quiere usted, ante lo palabras parecidas, ante lo que implican, yo no puedo dejar de sentir una honda emoción. Que el aliento poético sea lo que mueve… o, para ser exactos, lo que vuelva a mover al mundo… ¡Por Dios! Si tales palabras no hubiesen sido dichas por quien las dijo, hoy las estaríamos suscribiendo alborozados todos cuantos odiamos los grises, prosaicos rumbos de nuestra vida pública. ¿Qué le parece: no valdría la pena que habláramos un rato?

«La guerra civil merece ser rememorada, pero no con ánimo de desquite, no como arma arrojadiza de la contienda política de nuestro presente.»

¿Es usted liberal? ¿Le choca que no se reconozca tal carácter a la denominada «España republicana»? ¿Le molesta que se atribuya a los prohombres y partidos liberales (con la excepción de los exiliados **Marañón**, **Pérez de Ayala**, **Ortega**, **Madariaga**…) el haber claudicado ante la izquierda totalitaria o haberle incluso abierto decididamente paso? Lo siento en el alma. Podemos, sobre tales cuestiones históricas, discutir cuanto quiera, pero si lo que le molesta es mi falta de entusiasmo ante el actual régimen partitocrático, le puedo asegurar que, si no vibro ante él, no es ni por desdén hacia la democracia ni por animadversión hacia el sistema de mercado. Al contrario, es por amor hacia la primera y por reconocimiento ante el segundo. Es por deseo de que el mercado —regresando al indispensable pero secundario lugar que todo lo económico ha de ocupar en la vida de los hombres— deje de estar monopolizado y, por tanto, destrozado por oligopolios y multinacionales; deje de constituir ese monstruo burocráticamente globalizado en el que se ha convertido hoy. Y lo mismo cabe decir de la democracia. Mis recelos ante el sistema partitocrático vienen dados porque esa «democracia» con la que sus beneficiarios se llenan sin parar la boca, poco tiene que ver con el poder del *demos* que supuestamente la sustenta. En la «democracia» que conocemos no es el *pueblo* —suponiendo que en la sociedad de masas aún exista tal cosa— el verdadero titular del poder. Quien realmente lo ejerce es, también aquí, un monstruo: ese anónimo, impersonal engendro entre cuyos tentáculos se entrelazan partidos políticos, medios de adiestramiento de masas y poder financiero. Expuestas, pues, mis credenciales de-

mocráticas, ¿no le parece que también usted y yo tenemos sobradas razones para hablar un rato?

El amor-odio hacia su propio país

Por último, y cambiando de tema. Pese a ser un indudable rebelde y un indómito defensor del espíritu, **¿es usted alguien que, al mismo tiempo, siente un tan gran desprecio hacia España, que lamenta profundamente haber nacido español?** A pesar de ello, tanto su espíritu dialogante como el nuestro hacen que esté escribiendo en una revista cuyo editorial se aparta categóricamente de la muy occidental y aún más española manía de echar piedras contra su propio tejado. Es más, el autor de este editorial proclama orgulloso su españolidad, al tiempo que asume todas las luces y sombras, todas las grandezas y miserias del país sin el cual ni usted ni yo existiríamos. Porque es exactamente de esto de lo que se trata: ningún país, ninguna sociedad —y, por ende, ninguno de sus miembros— puede existir si éstos reniegan de ella, si se rompe el vínculo comunitario, si se quiebra ese conjunto de vivencias, emociones y afectos al que hoy llamamos «nación» y, en nuestro caso, «nación española».

Y cuando hoy se está rompiendo nuestra vieja nación —dos mil años lleva a sus espaldas, desde la Hispania romana y visigoda—, me parece difícil, amigo **Dragó**, que se sume usted, aunque desde otro punto de vista, al coro de los lobos. Me duele por dos motivos: por lo mucho que le estimo y por lo mucho que semejante grito, viniendo de alguien como usted, expresa la inmensa zozobra en que se halla sumido nuestro país.

Por partida doble se rompe hoy nuestro vínculo colectivo. Quiebran la nación española quienes, desde estas legítimas particularidades de España que son Cataluña y el País Vasco, la odian tanto que pretenden segregarse de ella. Pero la rompen también muchos otros españoles —quizás la mayoría, habría dicho si hace unos cuantos días no nos hubiésemos echado a las calles de Madrid un millón de españoles dispuestos a desmentirlo. Quiebran la nación española todos esos individuos a los que antes calificaba de los más modernos de toda la modernidad. Habiendo llegado tardíamente a ella, actúan como los advenedizos que son: caricaturizando hasta lo grotesco los peores defectos de nuestra época. Se ven a sí mismos como puros individuos: meros átomos masificados que ignoran memoria y pasado, tradición y comunidad. Se creen, por ello, que nada es sagrado, intangible…, salvo su gregaria y mísera individualidad. Imaginándose que tal individuo —el hombre masa— todo lo puede, se piensan que no existen lazos superiores, vínculos intangibles, deberes sagrados. Olvidando que uno no reniega ni de su familia ni de sus ancestros; ignorando

Cartel de propaganda de los nacionales, último año de la guerra, 1939.

que hay lazos de sangre, individuales y colectivos, que no se tocan, desearían que el individuo pudiera elegirlo todo: hasta el país en el que nacer.

¿Piensan así los dos autores (Dragó y **Ruiz Vega**) que, en estas páginas, reniegan de nuestra comunidad? ¿Se suman también ellos a la jauría de quienes, con odio separatista o indiferencia individualista, intentan acabar con el país? Difícil es creerlo cuando ambos son los primeros en celebrar la presencia de lo sagrado; los primeros en reconocer que hay deberes intangibles, lazos y vínculos que sobrepasan con creces el ámbito de la libre disponibilidad de quien sea. Pero aún es más difícil pensar que se sumen ellos a semejante jauría cuando a través de su grito —no se sabe si lleno de dolor, odio o rabia— rezuma en el fondo un tan grande como despechado amor.

Debate abierto

Todo esto para decir, por si no hubiese quedado bastante claro, que lo que se abre con el presente número es todo un debate —que hasta nos lleva a debatir entre nosotros mismos— sobre dos cosas. Sobre la relación que los hombres mantienen con el pasado en general y el de su nación en particular; lo cual significa en últimas: sobre la relación que mantienen con la muerte y la forma de vencerla, persistiendo a través de este *continuum* en el tiempo que es la sucesión de antepasados y descendientes constitutiva de una nación. Y como, para nosotros, esta última es la española, el debate —acabamos de verlo— se desborda inevitablemente sobre el atormentado ser o no ser del pueblo que más se ha interrogado y se interroga (¡un siglo llevamos en ello!) sobre lo que significa ser nosotros mismos. Ningún otro pueblo conoce hasta tal punto una búsqueda tan apasionante como desgarradora —simultánea expresión, sin duda, de lo más admirable y execrable que atraviesa nuestro atormentado corazón. ■

Enfrentarse con la Historia

Nuestra relación con el pasado

Alain de Benoist

Ensayista, autor de una vasta obra en el campo de la filosofía política y la historia de las ideas. Traducido a diversas idiomas, entre ellos el español, en el que se ha publicado recientemente Comunismo y Nazismo. 25 reflexiones sobre el totalitarismo en el siglo XX (1917-1989), *Áltera. En 1978 recibió el Gran Premio de Ensayo de la Academia Francesa. Es director de las revistas* Nouvelle École *y* Krisis.

El pasado ha de pasar, no para caer en el olvido, sino para hallar su lugar en el único contexto que le conviene: la historia. Sólo un pasado historizado puede, en efecto, informar válidamente al presente, mientras que un pasado mantenido permanentemente actual no puede sino ser fuente de polémicas partidarias y de ambigüedades.

«Antaño ciego ante el totalitarismo, el pensamiento es ahora cegado por él», escribía con razón Alain Finkielkraut en 1993. El debate inaugurado en Francia por la publicación del *Libro negro del comunismo* constituye un buen ejemplo de esta ceguera. Otros acontecimientos que, regularmente, obligan a nuestros contemporáneos a enfrentarse con la historia reciente, también ilustran la dificultad de determinarse en relación con el pasado. Esta dificultad se ve hoy acentuada por la confrontación entre un enfoque histórico y una «memoria» celosa de sus prerrogativas, la cual tiende en lo sucesivo a afirmarse como valor intrínseco (habría un «deber de memoria»), en moral sustitutiva, o incluso en nueva religiosidad. Ahora bien, la historia y la memoria no tienen la misma naturaleza. Desde diversos puntos de vista, incluso se oponen radicalmente.

Memoria por definición

La memoria dispone, por supuesto, de su legitimidad propia, en la medida en que aspira esencialmente a fundar la identidad o a garantizar la sobrevivencia de los individuos y los grupos. Modo de relación afectiva y a menudo dolorosa con el pasado, no deja de ser ante todo narcisística. Implica un culto del recuerdo y obsesiva remanencia del pasado. Cuando se basa en el recuerdo de las pruebas sufridas, estimula a quienes se reclaman de las mismas a sentirse titulares de la máxima pena y sufrimientos, por la sencilla razón de que siempre se siente con mayor dolor el sufrimiento experimentado por uno mismo. (Mi sufrimiento y el de mis allegados es, por definición, mayor que el de los demás, puesto que es el único que he podido sentir.) Se corre entonces un gran riesgo de asistir a una especie de competencia entre las memorias, dando a su vez lugar a una competencia entre las víctimas.

La memoria es, además, intrínsecamente belígena. Necesariamente selectiva, puesto que se basa en una «puesta en intriga del pasado» (Paul Ricœur) que implica necesariamente una elección —por lo cual el olvido es necesariamente constitutivo de su formación—, imposibilita cualquier reconciliación, manteniendo de tal forma el odio y perpetuando los conflictos. Al abolir la distancia, la contextualización, es decir, la historización, elimina los matices e institucionaliza los estereotipos. Tiende a representar el encadenamiento de los siglos como una guerra de los mismos contra los mismos, esencializando de tal modo a los actores históricos y sociales y cultivando el anacronismo.

Dudas y revisiones

Como lo han señalado certeramente Tzvetan Todorov y Henry Rousso, memoria e historia representan en realidad dos formas anta-

gonistas de relacionarse con el pasado. Cuando esta relación con el pasado avanza por el camino de la memoria, nada le importa la verdad histórica. Le basta con decir: «¡Acuérdate!» La memoria empuja de tal modo a replegarse identitariamente en unos sufrimientos singulares que se juzgan incomparables por el solo hecho de identificarse con quienes han sido sus víctimas, mientras que el historiador tiene, por el contrario, que romper en toda la medida de lo posible con cualquier forma de subjetividad. La memoria se mantiene mediante conmemoraciones; la investigación histórica, mediante trabajos. La primera está al abrigo de dudas y revisiones. La segunda, en cambio, admite por principio la posibilidad de ser cuestionada, en la medida en que aspira a establecer hechos, aunque estén olvidados o resulten chocantes para la memoria, y a situarlos en su contexto con objeto de evitar el anacronismo. El enfoque histórico, para ser considerado como tal, tiene, con otras palabras, que emanciparse de la ideología y del juicio moral. Ahí donde la memoria exige adhesión, la historia requiere distanciación.

Por todas estas razones, como lo explicaba Paul Ricœur en el coloquio «Memoria e historia», organizado el 25 y 26 de marzo de 1998 por la Academia Universal de Culturas de la Unesco, la memoria no puede sustituir a la historia. «En un Estado de derecho y en una nación democrática, lo que forma al ciudadano es el deber de historia y no el deber de memoria», escribe por su parte Philippe Joutard.

La memoria, por último, se hace exorbitante cuando pretende anexionarse la justicia. Ésta, en efecto, no tiene como finalidad atenuar el dolor de las víctimas u ofrecerles algo equivalente al dolor que han sufrido. Tiene por finalidad castigar a los criminales en relación con la importancia objetiva de sus crímenes, y habida cuenta de las circunstancias en las que han sido cometidos. Anexionada por la memoria, la justicia se convierte inevitablemente en venganza, cuando es precisamente para abolir la venganza por lo que fue creada.

Pasado sin olvido

Después de la publicación del *Libro negro*, hay quienes han reclamado un «Nuremberg del comunismo». Esta idea, presentada por primera vez por el disidente ruso Vladimir Bukovski, y generalmente recuperada con fines puramente polémicos, es como mínimo dudosa.

La Historia tiene que detectar también las sombras, pero no debe dejar influirse por ellas.

¿Para qué juzgar a quienes la historia ya ha condenado? Por supuesto que los antiguos países comunistas, si así lo desean, pueden perfectamente hacer comparecer a sus antiguos dirigentes ante sus tribunales, pues la justicia de un país determinado garantiza el orden interno de este país. No ocurre lo mismo con una justicia «internacional», de la que se ha demostrado con creces que se basa en una concepción irenista y adormecida de la función jurídica, y más concretamente en la idea de que se puede desvincular el acto judicial de su contexto particular. Más profundamente, también se puede pensar que la función de los tribunales consiste en juzgar a hombres y no a ideologías o a regímenes. «Pretender juzgar un régimen —decía Hannah Arendt— es pretender juzgar la naturaleza humana.»

Hace cuatro siglos, el edicto de Nantes ya proclamaba en su artículo primero la necesidad de acallar la memoria para restaurar una paz civil descompuesta por las guerras de religión: «Que la memoria de cuantas cosas acaecieron por un lado y por el otro, desde el comienzo del mes de marzo de 1585 hasta el advenimiento de la corona, y durante las algaradas anteriores y con ocasión de aquestas, mantendráse apagada y adormecida, como cosa que acontecido no hubiere; y ni derecho ni potestad tendrán nuestros fiscales generales, ni otras cualesquiera personas, en momento alguno o por la razón que fuere, de efectuar mención, acusación o proceso ante la audiencia o la jurisdicción que fuere».

El pasado ha de pasar, no para caer en el olvido, sino para hallar su lugar en el único contexto que le conviene: la historia. Sólo un pasado historizado puede, en efecto, informar válidamente al presente, mientras que un pasado mantenido permanentemente actual no puede sino ser fuente de polémicas partidarias y de ambigüedades. ■

La destrucción del recuerdo

Damnatio Memoriæ

María Teresa Padilla Aguilar

Ejercitaron su práctica los egipcios y los romanos. La *damnatio memoriæ* —la «destrucción del recuerdo»— sigue ejerciéndose en nuestros días. Evidentemente, con ello se pretendía y aún se pretende no sólo la difamación del caído en desgracia o del antecesor en el poder, sino *tachar* su nombre para siempre. Quien, mediante el poder, para prestigiarse o vengarse, recurre hoy a la *damnatio memoriæ* tiene seguramente algo de mago, pues quien nubla un nombre, destruye una inscripción o retira una estatua de la vía pública, declara la «no existencia» del recuerdo (de lo que no se habla no existe); y, a su vez, al disponer del «recuerdo» y renombrarlo a su antojo lo declara su prisionero.

Damnatio memoriæ es una expresión latina que, literalmente, significa «condena de la memoria», más específicamente, «condena judicial». La utilizamos para referirnos a una práctica frecuente en el mundo antiguo, y no sólo en la civilización romana de la que tomamos el término acuñado. De hecho, la *damnatio memoriæ* es una práctica habitual incluso hoy día. ¿Por qué se hacía y se sigue haciendo?

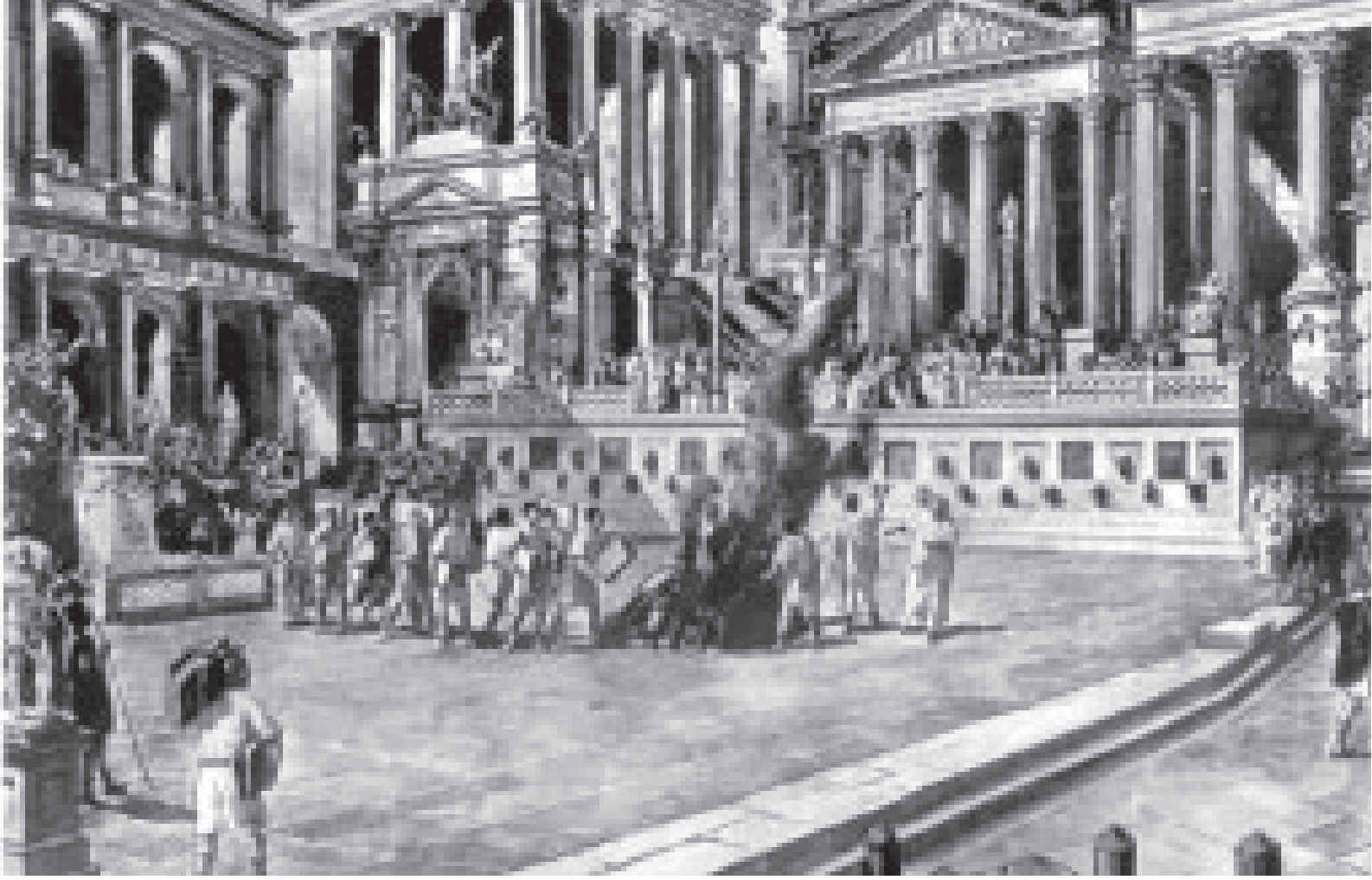
¿Qué es una *damnatio memoriæ*?

Para empezar, vamos a concretar qué entendemos por una *damnatio memoriæ* típica. Consistía en que, a la muerte de una persona, considerada enemiga del Estado por la autoridad, se decretaba la condena de su recuerdo, mediante una serie de medidas que podían ser, por ejemplo, las siguientes: retirada o destrucción de sus imágenes; borrado de su nombre de las inscripciones en que figurara; condena explícita de su nombre familiar mediante la prohibición de usarlo a otros miembros de la familia.[1] También podía haber sanciones económicas.

Veamos cómo seria una *damnatio* real. Imaginemos a un emperador romano. Durante su periodo de gobierno los habitantes del imperio lo homenajearían con multitud de manifestaciones artísticas: las estatuas son un ejemplo perfecto. Esas estatuas se erigían sobre un pedestal en el que se esculpían textos, formando inscripciones referentes al emperador, expresando sus méritos políticos (se llama *cursus honorum* a la sucesión de cargos públicos ocupados por una persona), y la admiración y «devoción» que le profesaban los dedicantes de la estatua (o de cualquier otra obra artística). La estatua, con su pedestal, se colocaba en un lugar público: un foro o plaza, un teatro, un templo, donde fuera visible para la mayoría de la población de la ciudad, o para los visitantes, de forma que los méritos del emperador quedaban bien patentes para todos: era perfecto si se sabía leer, pero en caso contrario, bastaba con el espectáculo de la estatua.

Supongamos ahora que este emperador tuviera una muerte violenta (lo cual no fue raro) y una sucesión discutida; y que sus sucesores no lo apreciaran, precisamente. De tal forma que un buen modo de que el nuevo emperador consiguiera prestigio, apoyos, consolidara su posición, podía ser eliminar cualquier vestigio

[1] Esta definición y los ejemplos se han tomado de VV. AA.: *The Oxford classical dictionary*, pág. 427, ss.



El dibujo representa la reconstrucción del Arco de Tiberio.

de su predecesor. O sea, que el nuevo poder (el emperador o el senado) ordenaría destruir todas las estatuas de su antecesor, así como todas las inscripciones que recordaran sus logros.

Origen de la *damnatio memoriæ*

Probablemente las primeras *damnatio memoriæ* tuvieron lugar en Egipto. Quede claro que cualquier destrucción no es una *damnatio memoriæ*: debe ser clara la condena por parte de la autoridad y la intención de destruir todos los vestigios en función de esa misma condena.

Autores como **Frankfort** y **Wilson** coinciden en señalar que la mentalidad del pueblo egipcio en época faraónica estaba muy marcada por el respeto a los ancestros, y por ende también los faraones mantenían esa actitud hacia sus antecesores en el poder. En esa concepción encajaría mal realizar una *damnatio*. Sin embargo, tenemos el caso del faraón **Amenhotep IV**, el iniciador de la «revolución amarniense». Hacia el año 1360 a.C. el faraón rompe relaciones con el poderoso clero de Amón, el dios principal de la capital egipcia del momento, Tebas. Se proclama profeta de Atón, un nuevo dios universalista, único por tanto, al que se identifica con el disco solar. A Atón se le adora a cielo abierto en la nueva capital, que toma del dios su nombre (Aketatón, hoy Tell el Amarna); también el faraón (y sus familiares y funcionarios más cercanos) toma un nuevo nombre, inspirado en el del dios: **Akenatón**.

La implantación de esta nueva religión de tipo revelado supuso la postergación de la antigua. El culto del dios Amón fue abolido oficialmente, sus imágenes destruidas y las inscripciones que lo nombraban borradas. En este ejemplo, no es difícil ver cómo se cumplen los requisitos de una *damnatio* típica.

«Una *damnatio memoriæ* es la condena judicial de la memoria de alguien, lo cual conlleva la destrucción de cualquier vestigio material de ese recuerdo.»

No obstante, la efectividad de estas medidas no fue la esperada. El pueblo, incluso el que se trasladó a la nueva capital al calor de la riqueza creada por la corte, siguió practicando sus anteriores cultos, de los que se han hallado restos. A la muerte de **Akenatón** el Estado se sumió en una crisis, durante la cual se sucedieron otros dos faraones. El segundo de ellos, **Tutankhamón**, a pesar de que mantuvo una devoción personal a Atón hasta su temprana muerte, devolvió a Amón su posición preeminente. El clero recobró sus bienes y prerrogativas, alcanzando de nuevo esta oligarquía el po-

der perdido. Sin embargo, el recuperado politeísmo no persiguió el culto atonita, que fue espontáneamente abandonado por sus devotos de nuevo cuño. No hubo *damnatio* a la inversa, al menos de inmediato.

Otro caso fue el de **Domiciano**. Emperador de Roma entre el 81 y el 96 d.C., ejerció el poder de forma despótica al final de su gobierno. En su contra, menudearon las conspiraciones. A resultas de una de ellas fue asesinado, y el senado decretó la destrucción de sus imágenes y la condena de su memoria.

Suetonio nos detalla las medidas incluidas en esta *damnatio memoriæ*:

> […] los senadores se alegraron tanto, que llenaron atropelladamente la curia y no se abstuvieron de lanzar contra el difunto las más ultrajantes y crueles invectivas, ni de ordenar incluso traer escalas para arrancar a la vista de todos sus clípeos y sus estatuas y estrellarlas allí mismo contra el suelo, decretando, por último, que se borraran sus inscripciones en todos los lugares del Imperio y se destruyera por completo su memoria.[2]

También sabemos que se eliminó su nombre de la legión *I Flavia Minerva Pia Fidelis Domitiana* por él fundada. Igualmente se destruyeron obras menores, como el retrato suyo en sardónice hallado en una bañera del santuario acuático de Turiaso (Tarazona), en la ribera del río Queiles, sobre el cual se esculpió un retrato de **Augusto**.[3]

«La destrucción del recuerdo es una práctica que se da en el mundo antiguo (Egipto y Roma) y, con matices, también en el nuestro.»

Una muestra gráfica de la *damnatio* decretada contra **Domiciano** es la siguiente pieza,[4] un pedestal del surtidor de una fuente con la inscripción *aqua nova / domitiana / augusta,* que conmemora la realización de un segundo acueducto en Córdoba. La segunda línea, con el nombre de Domiciano, fue borrada.

La decisión de destruir la memoria del gobernante muerto se tomó en el furor que sigue a la desaparición del mismo, y esa decisión la toman precisamente los que habían sido más perjudicados por la acción del emperador: los senadores, sistemáticamente depurados por su participación, real o imaginada, en las conjuras asesinas de las que hemos hablado.

Las *damnatios* en Roma no afectaban sólo a emperadores. **Tácito**[5] nos cuenta cómo un magistrado, **Cneo Calpurnio Pisón**, hecho responsable de la muerte de **Germánico**, sobrino del emperador **Tiberio**, se suicidó, tras lo cual fue propuesto por un cónsul borrar su nombre de los documentos oficiales, confiscar sus bienes y privar a sus hijos de su nombre. Finalmente esta *damnatio* resultó más suave de lo previsto. Otros casos fueron más salvajes, como, por ejemplo, lo acaecido con el cuerpo del emperador **Heliogábalo** (218 222 d.C.), arrojado al Tíber después de que se condenara su memoria.

Actualidad de la *damnatio memoriæ*

Si nos colocamos en la actualidad podremos encontrar con facilidad ejemplos de destrucción del recuerdo. Un caso común en España es el generalizado aunque no siempre sistemático cambio de los nombres de calles vinculados a la dictadura franquista, en distintas fechas, tras la transición política.

Me limito a citar varios ejemplos que me son cercanos: la actual plaza de la Constitución de Málaga se llamó plaza de **José Antonio** (**Primo de Rivera**) hasta bien entrada la mencionada transición. Por el contrario, en el pueblo de Aledo (Murcia), la calle que conduce al castillo y la iglesia mayor mantiene el nombre de Avenida de José Antonio.

También en Málaga el hoy Instituto de Enseñanza Secundaria La Rosaleda sigue siendo conocido por las personas de más edad como «escuela de **Franco**». De igual modo la barriada de Girón sigue recordando en su nombre popular al ministro **José Antonio Girón de Velasco**, falangista y bunqueriano, al que se debe su construcción.

En Jerez de la Frontera una de las avenidas principales se llama aún de **Miguel Primo de Rivera**; en este caso prevalece la conservación del nombre del paisano sobre la supuesta corrección política que hubiera eliminado a este otro dictador del callejero.

A la localidad natal de **Franco** ya no se le coloca la coletilla que recibió durante su dictadura: El Ferrol del Caudillo; ahora es sólo Ferrol.

---

[2] Suetonio, *Vida de los doce Césares*. Madrid, Gredos, 1992. VIII, 23.

[3] Ver www.mnat.es/mnat/exposic/zarag/esp/04.htm

[4] Verwww.documentarte.com/html/unaobra.phtml?codigo=81

[5] Tácito, *Anales*. Madrid, Gredos, 1979. III, 17, 8 18.

Comenzaron ejerciendo la «destrucción del recuerdo» egipcios y romanos. Junto al museo grecorromano, dos presencias egipcias. En el relieve, Akenatón y su familia, que sí padecieron *damnatio memoriæ*, hacen ofrendas al dios único Atón (Tell – El Amarua).

Sin embargo, pueblos nacidos a partir de colonizaciones de época franquista conservan los nombres entonces impuestos: es el caso de Villafranco del Guadalhorce, en la vega de ese río. En las cercanías de Jerez de la Frontera tenemos un Guadalcacín del Caudillo del que puedo suponer un origen asimilable.

En resumen, en España no encontrarnos una *damnatio* típica, ya que no ha habido una labor sistemática de destrucción de las referencias al régimen anterior. De hecho, la labor realizada ha sido un tanto arbitraria, oscilando entre el cambio de lo que podía ser un nombre de recuerdo infamante y la conservación de otros, arguyendo razones sentimentales o incluso de continuidad histórica.

Interpretaciones de las *damnatio memoriæ*

Preguntémonos por qué se hacían las *damnatio memoriæ*. Es terriblemente significativa, a mi entender, esa intención de borrar el pasado, de renunciar a una parte de sí mismo. Recordemos que la expresión quiere decir, literalmente, condena judicial, esto es, oficial. Es decir, que un estado condenaba parte de su propio pasado, mediante la condena al gobernante anterior.

Por un lado, observamos un total desprecio por la conservación de los monumentos. Una hermosa obra se destruía sin vacilación si exaltaba al gobernante condenado. **David Lowenthal** trata ese tema del conservacionismo, y señala que antes del siglo XVIII no había ningún escrúpulo en destruir obras antiguas porque no se tenía conciencia de esa separación radical entre pasado y presente, entre lo antiguo y lo actual. Lo que se conservaba del pasado se conservaba porque era bello, simplemente.

Volviendo a las preguntas iniciales, tenemos que ser escépticos ante la eficacia de las *damnatio*. De haberlo sido, no tendríamos noticia de ellas. Paradójicamente, de una *damnatio* eficaz no deberíamos saber nada, ya que al borrar el recuerdo del individuo condenado se borra también el recuerdo de la condena en sí.

En general, pues, las *damnatio* no cumplieron totalmente su objetivo, aunque hay que considerar que no es lo mismo lo que nosotros, desde el siglo XXI, podemos saber del pasado romano, que los romanos de un par de generaciones después de los hechos.

Las condenas de la memoria de alguien tal vez sirvan sólo en el mundo inmediado de los hombres y sean inexistentes o no tenidas en cuenta en un orden superior.

Y, sin embargo, siguieron produciéndose *damnatios*. Las causas de ello podrían reducirse a dos. Por un lado, estaría la consideración de que de lo que no se habla no existe, con lo que aquí estaríamos entroncando con ciertos aspectos de la magia simpática,[6] y con la valoración que se da al hecho de nombrar las cosas por su nombre. Si yo nombro algo, de alguna forma lo poseo y puedo operar sobre ello; así sacerdotes egipcios accedían a sus dioses conociendo su nombre secreto. Nombrando al enemigo en los textos de defenestración, los antiguos egipcios intentaban librarse de cualquier mal que estos les pudieran traer. La acción de borrar las inscripciones iría en este sentido.

Por otro lado, más evidente, eliminar el nombre de un adversario (aunque este sea un hombre ya muerto, aunque hay otras posibilidades) es una demostración de prepotencia del poder establecido (que recordemos que es el que dictamina la *damnatio*). Se trata tanto de poder borrar del pasado hechos que resulten bochornosos o molestos al poder, para evitar posibles reclamaciones por las actuaciones pasadas, como de eliminar el recuerdo del adversario, quedando así el poder actual como único dueño del pasado colectivo, como su único protagonista. En este sentido, hemos visto que destruir las imágenes es un medio de destruir el recuerdo. ■

«Antes del siglo XVIII no había ningún escrúpulo en destruir obras antiguas porque no se tenía conciencia de esa separación radical entre pasado y presente, entre lo antiguo y lo actual.»

[6] Ver www.liceus.org/es/aco/ar/02/02115.htm

Lecturas recomendadas

FRANKFORT, Henri. *Reyes y dioses.* Madrid, Alianza, 1981.

FRAZER, James George. *La rama dorada.* 2.ª ed., 14.ª reimpresión, Fondo de Cultura Económica,1993.

LOWENTHAL, David. *El pasado es un país extraño.* Madrid, Akal, 1998.

PADRÓ, Joseph: *Historia del Egipto faraónico.* Madrid, Alianza,1996.

V V. A A.: *Der neue Pauly. Enzyklopädie der Antike,* Vol. 3. Stuttgart, J. B. Metzler, 1997.

V V. A A.*: Historia de Roma. El imperio romano,* Madrid, Cátedra, 1989.

V V. A A.: *The Oxford classical dictionary.* Nueva York, Oxford University Press, 1996.

WILSON, John A.: *La cultura egipcia.* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980.

[sic]

Dardos contra el espíritu

Donde se muestran —sin comentarios…— diversas y hasta hilarantes manifestaciones de la estupidez y los desmanes contemporáneos

El artista Damien Hirst reconoce que algunas de sus obras son *tontas*

ENFANT TERRIBLE DEL NUEVO «ARTE» BRITÁNICO

Autor de un polémico tiburón conservado en formol que fue adquirido por una suma millonaria, el inglés sólo da el toque final a sus obras, ejecutadas por un equipo de ayudantes

Damien Hirst, el «enfant terrible» del nuevo arte británico, conocido por sus tiburones conservados en formol y sus cabezas de vaca en estado de putrefacción, ha reconocido finalmente que algunas de sus obras son «tontas».

Hirst, de 39 años, que acaba de inaugurar una nueva exposición en la galería neoyorquina Gagosian, declaró a la prensa: «uno mira hacia atrás después de algunos años y se da cuenta de que ha hecho cosas embarazosas. No todo es una obra maestra».

Así, la serie de obras que hizo arrojando pintura sobre un lienzo en rotación son «un poco tontas, miradas con retrospectiva», reconoció Hirst, según informa el diario británico *The Independent*.

No por ello piensa Hirst que ha perdido su derecho a figurar junto a los grandes del arte contemporáneo y así, en recientes declaraciones a la revista *Modern Painters*, se comparó al estadounidense Jackson Pollock, uno de los iconos de la abstracción moderna.

Las nuevas «creaciones» de Hirst son pinturas realistas basadas en fotografías de prensa —escenas de hospital, imágenes de adictos al crack o terroristas suicidas— de cuya ejecución se encarga un equipo de ayudantes y a las que él se limita a dar el último toque para justificar su autoría y su elevado precio.

«No me gusta la idea de que [una obra] tiene que ejecutarla un artista. Es una idea anticuada. Los arquitectos no construyen ellos mismos sus casas», afirma.

Hirst sigue defendiendo su tan famoso como polémico tiburón, de 1991, titulado *La imposibilidad física de la muerte en la mente de alguien vivo*.

Esa obra fue vendida recientemente por el coleccionista británico Charles Saatchi a un estadounidense por 13 millones de dólares. Según algunos rumores, señala el diario *The Independent*, el tiburón se está poco a poco desintegrando.

Para su creador, «el tiburón es obviamente una obra importante, aunque necesita un poco de amor y atención».

El Mundo, 30-3- 2005

Nacido en Leeds en 1965, Hirst saltó al primer plano con su exposición de 1991-1992 en el Instituto de Arte Contemporáneo de Londres. Aparte de cuadros convencionales construidos con alineaciones de grandes puntos de color, lo más característico de su trabajo son instalaciones con cuerpos o fragmentos de cuerpos animales, disecados o tratados químicamente. En bastantes de sus piezas, los cuerpos o trozos están suspendidos en una solución de formaldehído, empleado para la conservación de los cadáveres.

Hirst los llama esculturas. En 1994, la revista *Esquire* le ofreció un espacio de seis páginas, en el que mostró la cabeza de un cerdo cortada en dos mitades. Ese mismo año, su *Pareja muerta follando dos veces*, integrada por los cadáveres descompuestos de un toro y una vaca copulando y flotando en agua, fue prohibida por las autoridades de Nueva York. Al año siguiente, recibiría uno de los galardones más prestigiosos de Inglaterra, el Premio Turner, por *Madre e hijo divididos*, una pieza con una vaca y un ternero partidos por la mitad y suspendidos en formol.

Para realizar sus obras, Hirst utiliza siempre cuerpos ya muertos. «Tenemos que inyectarle constantemente durante cerca de una semana», relata Hirst, «en un tanque de formaldehído del tamaño de una piscina, llevando trajes sépticos y máscaras. Tenemos que extraer toda la mierda de su estómago. El líquido se ha vuelto marrón y estamos hasta nuestras rodillas en él.»

Españolito que vienes al mundo

«Lamento profundamente haber nacido español»*

Fernando Sánchez Dragó

Escritor. Premio Nacional de Literatura (por Gárgoris y Habidis), Premio Planeta (por La prueba del laberinto*). Autor de novelas y ensayos, como* Las fuentes del Nilo, Discurso numantino, Tauromagia, El camino del corazón, La del alba sería, Diccionario de la España mágica, *entre otras obras, actualmente presenta y dirige el programa cultural de Telemadrid* Las noches blancas. *(www.sanchezdrago.com).*

«Aquel joven de diecinueve años, que ahora, en el momento de empezar a escribir estas páginas, tiene sesenta y siete, era yo, y el libro que, Dios mediante, saldrá de ellas, si su intención no se tuerce… recoge y describe todos y cada uno de los círculos concéntricos —personales y generales— originados por aquella repentina tempestad del alma, refleja el resultado de una investigación mantenida… durante cuarenta y ocho años, y cuenta la historia del asesinato de mi padre…».

Un manotazo duro, un golpe helado,
Un hachazo invisible y homicida,
Un empujón brutal (me)[1] ha derribado.
MIGUEL HERNÁNDEZ

Dos de la tarde del primer día del mes de marzo de mil novecientos cincuenta y seis, Dirección General de Seguridad, Madrid. Un joven de buena familia —casi un adolescente. Cumplirá veinte años en octubre— aguarda, sentado en un sillón de patas tambaleantes, a que dos inspectores de la brigada político-social terminen de pasar a limpio su declaración. Uno de ellos, de pie junto a una mesa de oficina cubierta de borrones y lamparones, sujeta entre los dedos de su mano diestra un puñado de folios rebosantes de garabatos y lee en voz alta y a trompicones lo que el reo —muy pronto lo será— ha confesado en el transcurso de los interrogatorios sufridos a lo lardo de las dos jornadas anteriores. El otro, instalado ante la mesa y convertido, momentáneamente, en mecanógrafo, aporrea con el dedo corazón de cada mano las teclas de una Underwood desencajada y así, fatigosamente, va trasladando a la claridad de las letras de molde lo que su compañero, con farragosa torpeza, le dicta. De vez en cuando, entre dubitativo e inquisitivo, el sabueso levanta los ojos, enarca las cejas y escruta el rostro del muchacho en silenciosa y agónica demanda de un gesto de aprobación que, efectivamente, no se le niega. El detenido, sin dejar de felicitarse para sus adentros por la asombrosa credulidad de la que, en apariencia, hacen gala sus esbirros, asiente, frase tras frase, a lo que escucha y da, implícito, el *nihil obstat* y concede el *imprimatur* a la cochambrosa versión de sus palabras que el inspector le propone. Lo hace, eso sí, con expresión compungida y mohines de niño bueno, de alumno aventajado del Colegio del Pilar, de virtuoso congregante de María Inmaculada, de pipiolo de barrio pera —nació y ha vivido siempre en el de Salamanca— incapaz de romper las reglas del juego vigentes en el mundo feliz y almohadillado que desde la infancia lo rodea.

Jaraneros y alborotadores

Ya se ha dicho: el chaval lleva ahí, en los despachos, calabozos y dependencias de lo que

* *El presente texto aparece como prólogo del autor para su novela* **Españolito que vienes al mundo**, *título que publicará proximamente Editorial Planeta. Se trata, pues, de un anticipo que Fernando Sánchez Dragó cede gentilmente a este número de* El Manifiesto.

[1] «te» en el original. *(Nota del autor.)*

Traslado del cuerpo de José Antonio Primo de Rivera desde Alicante al Monasterio de El Escorial, Madrid (foto inédita de Nuño).
El dibujo, premonición de la propia muerte, es del poeta Federico García Lorca.

la gente llama, a palo seco, *Sol* por la cercanía de la Puerta y plaza del mismo nombre, algo más de cuarenta y ocho larguísimas, interminables horas. Su detención se inscribe en el oleaje de las medidas represoras —militares, culturales y sociales— adoptadas por el gobierno a raíz de los incidentes que un par de semanas antes se han generado en el interior de la legendaria Casona de San Bernardo, sede aún de las facultades de Derecho, Políticas y Económicas, y en el dédalo de las calles adyacentes. Un grupo de personas —estudiantes, en su mayoría, a quienes el Caudillo, con sorna y retranca gallegas, calificará de *jaraneros y alborotadores* en una carta remitida al conde de Barcelona muchos años después—[2] ha organizado, atizado y protagonizado el primer motín antigubernamental surgido intramuros del recinto universitario en los diecisiete años de historia del sistema político impuesto *manu militari* en toda la nación el día 1 de abril de 1939.

[2] Consúltese la obra del mismo autor (*Jaraneros y alborotadores – Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*) publicada por Roberto Mesa con el sello editorial de dicha institución en 1982. *(N. del A.)*

Dos bandos frente a frente. Carteles de la Guerra Civil.

El aldabonazo, que el Régimen no se esperaba, ha sido de aúpa, y terribles y temibles han sido también la conmoción suscitada y la desproporcionada —aunque previsible— reacción de un gobierno perezoso, distraído, confiado y largamente acostumbrado a la forzosa calma chicha de la posguerra. La universidad está cerrada y el ejército acuartelado. Se ha suspendido durante tres meses la vigencia de dos artículos del Fuero de los Españoles: los concernientes al *habeas corpus* —interpretado a la española— y a la libertad de movimientos, de desplazamientos y de residencia. El Rector[3] ha dimitido, se supone que motu propio. Dos ministros[4] y un Decano[5] han sido destituidos sin contemplaciones y sustituidos de la noche a la mañana por gentes de escasos escrúpulos, obediencia probada y sólida lealtad. Los acontecimientos —inusuales, a decir poco— se suceden y precipitan, mordiéndose los talones, y el toletole de las habladurías agiganta su tamaño, su significación, su alcance, sus consecuencias. Un estudiante falangista,[6] malherido en la cabeza por la bala loca de un disparo al aire, forcejea con la muerte entre las sábanas, los tubos, los electrodos y los algodones de sabe Dios qué escondido centro hospitalario. Sus compañeros de centuria, solícitos, le velan fraternamente con el corazón apretado y los dedos en las cachas y gatillos de las pistolas dialécticas, mientras los jerarcas del grupo paramilitar al que pertenece, exasperados por el lance, a todas luces fortuito, y por la monumental algarada —diez mil universitarios desgañitándose en la Gran Vía— que lo ha precedido, anuncian por los micrófonos en sordina de radio macuto que volverán, si su correligionario muere, a las andadas en el 36 y *pasearán*, en el más ominoso sentido de la metáfora, a las cabezas rectoras de los disturbios y a los agitadores que han participado en ellos. Circula ya,

«Anda, mira las fotos y entérate de lo que hicieron durante la guerra tus amiguitos.»

[3] Pedro Laín Entralgo. (Id.)

[4] Joaquín Ruiz-Giménez (Educación) y Raimundo Fernández Cuesta (Secretaría General del Movimiento). (Id.)

[5] Manuel Torres López. Lo era de la Facultad de Derecho. (Id.)

[6] Miguel Álvarez Morales. (Id.)

a cuanto se dice, una lista negra encabezada por el ex Rector, por el ex Decano y por el ex ministro de la República **José María Gil-Robles**, y en ella figura, junto a varios de sus amigos, camaradas y acólitos, el joven activista detenido, que no lo ignora, porque **Joaquín Ruiz-Giménez**, desposeído ya de la cartera del ministerio de Educación, es primo segundo de su madre y, *sotto voce*, jugándosela y demostrando así que es hombre de bien, le ha puesto al tanto de lo que avecina.

Hoy no se come. Día de ayuno

En eso, mientras los inspectores siguen cansinamente con su tarea y el cautivo, expectante, mira, escucha y calla, irrumpe como una tromba en la habitación el comisario **Roberto Conesa**, célebre por su sagacidad y su ferocidad,[7] que sin mediar palabra se sitúa detrás del detective taquimeco, lee por encima de su hombro lo que desmañadamente está escribiendo, monta en cólera, saca por las bravas el folio del carro de la Underwood, lo rasga con un encarnizamiento que sorprende, incluso, a sus colegas, tira los trozos el cesto de los papeles y, congestionado, amenazante, despótico, aúlla:

—¿Qué clase de policías sois vosotros? ¡Pandilla de inútiles! ¡Este niñato de mierda os está tomando el pelo! ¡Venga! ¡A empezar otra vez! Hoy no se come. Día de ayuno. Quiero una declaración nueva de arriba abajo.[8]

Galopa luego el futuro superagente, cada vez más encabritado, hacia una estantería colgada de la pared en el extremo opuesto del despacho y atiborrada de libros, coge uno de ellos —pesadísimo, enorme, casi colosal—, se va con él a cuestas hacia el sillón del detenido, lo arroja bruscamente sobre sus rodillas y, fuera de sí, con las facciones desencajadas, prognato el mentón y los ojos saliéndosele de las órbitas, brama:

—¡Lee esto, pedazo de cabrón con pintas rojas, y después de vomitar, si te parece, hablamos!

El preso inclina levemente la mirada, sin perder de vista, por si los puños de su interlocutor se desmandan y llueven hostias, al energúmeno que bracea y bracea frente a él, y alcanza a distinguir de reojo, en la portada del mamotreto, su título: *Causa general*.

—Anda, mira las fotos y entérate de lo que hicieron durante la guerra tus amiguitos.

Lo dice bajando un poco la voz y en tono más cordial, como si contemporizase, pero enseguida vuelve a alzarla para añadir a gritos:

—¡Y así, de paso, te enteras también de que para hacer revoluciones hay que tener pelo rizado en los cojones…!

El chaval, pese al dramatismo de la situación, repara con absurdo y fugaz regocijo de estudiante de Letras en la sonora y chusca evidencia de que al comisario le ha salido un pareado.

—¡… y a ti acaban de destetarte y si te retuercen la nariz todavía echas leche por el culo, niñito de la calle de Serrano e hijo de la gran puta que te has metido en esto porque eres un resentido!

«Sí —remacha el policía—. ¡Resentido, más que resentido, que estás aquí porque nosotros matamos a tu padre!»

Una mueca de estupor, inmediatamente reprimida, aflora al rostro del prisionero, que no esperaba el adjetivo ni —salta a la vista— está conforme con él, y que con cauteloso desconcierto, cargando la suerte sobre la última sílaba de la pregunta, indaga:

—¿Resentido *yo*?

—Sí —remacha el policía—. ¡Resentido, más que resentido, que estás aquí porque nosotros matamos a tu padre!

¿Nosotros?

Un manotazo duro, un golpe helado, / un hachazo invisible y homicida, / un empujo brutal le[9] *ha derribado*… Quizá se entienda ahora mejor el porqué de la cita de **Miguel Hernández** colocada en el encabezamiento de este escrito.

Y, sin duda, se entenderá, efectivamente, mucho mejor después de leer lo que a continuación se explica. Abramos un paréntesis.

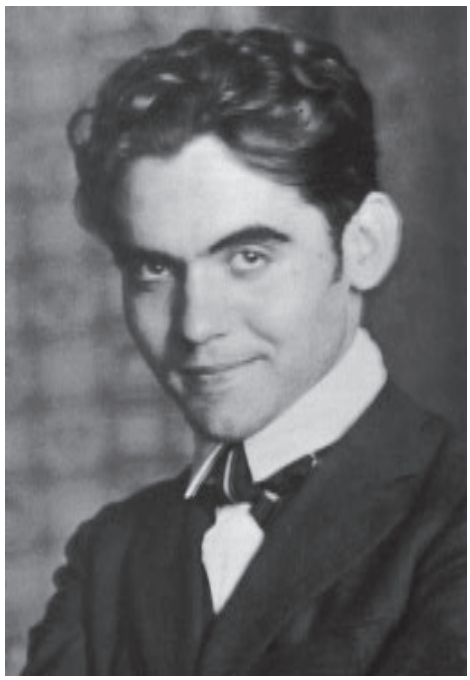
---

[7] Lo que no será óbice para que, muerto ya Franco, se le ascienda a *superagente de la democracia* (sic). (Id.)

[8] «... Que a pesar de los envíos que se le han hecho de propaganda comunista, nadie le ha hecho, sin embargo, proposiciones para su incorporación, en caso de que funcione el Partido Comunista, ignorando que alguna de las actitudes que tanto él como sus amigos han tomado se deban a instrucciones de dicho partido, y si en algún caso eso ha sucedido, él, y cree que sus amigos, han actuado por sí y no orientados por nadie... Son las últimas palabras de la declaración de uno de los detenidos del mes de febrero en Madrid» (Jorge Semprún, *Veinte años y un día*, Tusquets, Barcelona, 2004, pág. 109). El autor, unas líneas más abajo, alude irónicamente al comisario en cuestión llamándolo Roberto Sabuesa. (Id.)

[9] *Me*, en la cita, y *te* —como ya se dijo— en el original. Los pronombres nombran. (Id.)

José Antonio y García Lorca, muertes paralelas.
En el centro, los falangistas y su jefe muerto.



El joven detenido nació en Madrid

El joven detenido es hijo póstumo y huérfano de guerra. Es también, por añadidura, uno de los miles de españolitos que vinieron al mundo mientras su país —su patria… ¡Ja!— ardía por todos los costados y se descosía por todas sus costuras. Había nacido en la capital —Villa sin Corte— de lo que ya no era un Reino, sino —simultáneamente— una República y una Dictadura, el 2 de octubre de 1936. Nadie sabe a ciencia cierta si —ni hasta qué punto— la fecha y la hora del nacimiento marcan de por vida a las personas con el sello de los signos del Zodíaco, pero por si acaso, y al socaire del beneficio de la duda, no está de más añadir que en tal día como ése, aunque de distinto año y en muy distintos pagos, nació también el *mahatma* **Gandhi**, héroe supremo, mártir inútil y símbolo universal del pacifismo y de la *ahimsa.*[10]

«Tardíos pasos… hasta llegar al trozo de estéril y dura tierra donde todavía hoy descansan —es un decir— los restos mortales de un periodista colmado de vida.»

Y pacifista era ya a la sazón, y el correr del tiempo no haría sino consolidar y radicalizar esa postura, el niñito de la calle de Serrano, pedazo de cabrón con pintas rojas, e hijo de la gran puta que tanto encono verbal —más venablos que vocablos— suscitaba en el comisario **Conesa**.

¿Casualidad o inflexible ley de horóscopo y causalidad?

Da, en este caso, lo mismo.

El joven detenido, decíamos, nació en Madrid sesenta y seis días después del Alzamiento, cuando ya la más cruel y la más cruenta de las infinitas guerras civiles de la historia de España ensangrentaba de costa a costa, de punta a punta, de frontera a frontera la nación, y nunca conoció a su padre, asesinado en Burgos el catorce de septiembre del mismo año.

Al joven detenido, como suele suceder en tales casos, nadie le explicó en su primera infancia, antes de hacerse mayorcito, ir al colegio e iniciar el estudio de la historia de su país (lo

[10] Voz sánscrita que significa «no violencia». El término es una de las virtudes mencionadas en la *Baghavad Gîta*, pero fue Gandhi quien lo popularizó. (N. del A.).

Buenaventura Durruti, dirigente anarquista, caído en el frente en 1937. Junto a su imagen, diversos carteles lo evocan (de izquierda a derecha, dibujos de Vicente, Paco Ribera y Anónimo).

que tampoco le habría servido de mucho, habida cuenta de que la enseñanza de esa asignatura nunca, o muy rara vez y siempre con cuentagotas, incluía lo sucedido en el siglo XX), los pormenores —macabros— y las circunstancias —peculiarísimas— en las que se había producido la desencarnación y tránsito de su progenitor al más allá. Le dijeron, simplemente, que lo habían matado en la guerra, sin aclararle quiénes —ni dónde, ni cuándo, ni cómo, ni por qué—, y el rapaz, como es lógico, llegó por su cuenta a la tranquilizadora conclusión de que los autores del crimen habían sido los *malos*, esto es, los *rojos*, a quienes todo el mundo en torno a él, incluyendo los medios de comunicación y el runrún de la calle, y excluyendo a los miembros de la familia paterna, que callaban y desviaban la conversación cuando el asunto salía a relucir, culpaba de los desastres bélicos.

El joven detenido *troqueló*, como dicen los etólogos, esa partidaria y arbitraria asignación de responsabilidades en su cerebro infantil y no la removió ni siquiera cuando muchos años después llegó a la universidad, entró en la Partido Comunista y, por la brecha de éste, intervino activamente, muy activamente, en la asonada y los sucesos del 56. La convicción de que su padre había muerto a manos de los enemigos del Movimiento Nacional no le impidió convertirse a su vez en enemigo de éste, de **Franco** y de cuanto el uno y el otro representaban. De ahí, pues, su espantada sorpresa y el cañonazo de adrenalina que lo zarandeó al enterarse precisamente allí, en Sol, en las dependencias y cámaras de los horrores de la brigada político-social, en el sanctasanctórum del aparato represivo del Régimen, de que los culpables de su orfandad no habían sido los rojos —los *malos* de su niñez—, sino los azules, que ahora eran (o se lo parecían) sus adversarios. Algo más que una mera cuestión cromática. Lo que se dice una revelación, un cortocircuito de alta tensión, un terremoto del alma, una tempestad de la conciencia.

Fin de las aclaraciones. Reanudemos el relato.

Como una tragedia griega

Aún vibran las últimas palabras de **Conesa**. Son, para el detenido, un mazazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal…

—¡Resentido, más que resentido, que estás aquí porque nosotros matamos a tu padre!

El poeta Miguel Hernández arenga a las tropas republicanas del frente.

El joven —el huérfano— no da crédito a lo que oye. El desconcierto inicial deja paso al más vivo y visible estupor. Palidece su rostro, le falta el aire, el mundo —su infancia, su adolescencia, su juventud— se le viene abajo, olvida los riesgos de la situación en que se encuentra, su corazón es un caballo loco que galopa por la sangre con cacos sin herraduras, le estallan las sienes, le hierve —indignado— el espíritu, sus pensamientos se nublan, le abandonan las ideas, está aturdido, noqueado, sólo puede *sentir*…

«Le dijeron, simplemente, que lo habían matado en la guerra, sin aclararle quiénes —ni dónde, ni cuándo, ni cómo, ni por qué.»

Punto de ignición, sí, pero también, y sobre todo, de *agnición*: ése que en el teatro lleva al reconocimiento de una persona cuya identidad, hasta ese momento, se ignoraba. Eras él, en la tragedia griega, surgía la *catarsis*, la purificación, la regeneración, la liberación… Y, a veces, la apoteosis.

Los espectadores se deshacían así —no sólo *reconociendo* a los personajes en ellos, sino también reconociéndose a sí mismos, encarnados en ellos, y compadeciéndolos— de las secuelas negativas generadas por los excesos de las pasiones que el desenlace trágico expiaba. Y eso los redimía, los manumitía, los sanaba, los limpiaba, los hacía mejores. La autoestima, que es condición necesaria (y, a menudo, suficiente) para conciliar la libertad con la responsabilidad —el querer con el deber— alcanzando así la felicidad que sólo una conciencia tranquila proporciona, pasa siempre por el *nosce te ipsum*, por los misterios de Eleusis, por la clara percepción del propio yo. Se ama lo que se conoce. La agnosis conduce a la insensibilidad y convierte a los hombres en marmolillos, en zombis, en carne de grey.

El joven detenido vuelve, de ese modo, en sí, gracias al bofetón cognoscitivo —*un empujón brutal*— que le propinan las palabras de **Conesa**, comprende que nunca sabrá quién es ni podrá gobernar su propia vida si no averigua antes quién fue, cómo vivió y, sobre todo, cómo murió su padre, y decide —convergente en ese afán con el afán que movía a los héroes de la tragedia griega— salir en su busca, rescatar de la ignorancia, que es madre del olvido, su memoria y, en definitiva, enfrentarse —como **Edipo**, como **Electra**, como **Orestes**, como **Antígona**— a los ángeles y demonios, a las Euménides y Coéforas, del Destino.

Aquel joven de diecinueve años, que ahora, en el momento de empezar a escribir estas páginas, tiene sesenta y siete, era yo,[11] y el libro que, Dios mediante, saldrá de ellas, si su intención no se tuerce, supone la culminación de aquel lejano propósito de juventud, recoge y describe todos y cada uno de los círculos concéntricos —personales y generales— originados por aquella repentina tempestad del alma, refleja el resultado de una investigación mantenida —con distracciones, con altibajos, con largas etapas de desfallecimiento— durante cuarenta y ocho años, y cuenta la historia del asesinato de mi padre, de cómo mi madre buscó vanamente a su marido a lo largo de casi dos décadas, y de los largos, lentos y, en su mayor parte, ay, tardíos pasos que aquel joven dio, que yo mismo di, convirtiéndose (y convirtiéndome) para ello en detective, en zahorí, en rastreador de huellas, en ladrón de tumbas rea-

[11] Sigue y acaba la cita de Jorge Semprún incluida en la nota 8: son las últimas palabras de la declaración de uno de los detenidos del mes de febrero en Madrid, de Fernando Sánchez Dragó, concretamente, «de diecinueve años, estudiante de Filosofía y Letras, hijo de Fernando y Elena, natural del Madrid, y con domicilio en Lope de Rueda, número veintiuno, tercero derecha, de esta capital», según se dice en el documento que Roberto Sabuesa acaba de consultar, por enésima vez, a medianoche (*op. cit.*, pág. 109). *(N. del A.)*.

Caídos. Los dibujos son de Sainz de Tejada.

les y en arqueólogo forense, hasta llegar al trozo de estéril y dura tierra donde todavía hoy descansan —es un decir— los restos mortales de un periodista colmado de vida, cargado de futuro y nacido para ganar que un mal día del mes de julio de mil novecientos treinta y seis salió con lo puesto de su casa, dejando en ella a una mujer que lo increpaba desde el mirador y, en su vientre, a un hijo, animado sólo por el noble propósito de cumplir con su deber de informador y sin imaginar que, por culpa del cainismo y de la violencia inherentes al carácter de sus compatriotas, ya nunca regresaría a la ciudad en la que había nacido menos de treinta años antes, a los suyos, a su profesión, a los amigos, al provenir, a la esperanza, al amor…

Pero no sólo eso. Este libro también cuenta o, por lo menos, quiere contar, más bien evocar, la historia —muertes paralelas, consignas convergentes, infamias equivalentes, fratricidios análogos— de **José Antonio Primo de Rivera** y, a su trasluz, la de **Buenaventura Durruti**, la de **Miguel Hernández** y **Antonio Machado**, la de **Federico García Lorca** y **Pedro Muñoz Seca**, la de **Maeztu**, la de los cientos y cientos de miles de españolitos de la primera mitad del siglo XX que vinieron al mundo en un país permanentemente malhumorado y probablemente irredimible, y en una época de abyección generalizada, y a los que esa época —*dies irae*— y ese país invertebrado, bicéfalo, esquizofrénico, envidioso, perezoso, iracundo, rústico, violento, sadomasoquista y parricida helaron el corazón. Yo soy uno de ellos. Nací en el treinta y seis.

Termina aquí este preludio, este exordio trágico, esta abertura, lúgubre, esta invitación a la danza de la muerte, pero consiéntaseme, antes de entrar en ella y de incorporarme al baile, un desahogo y un exabrupto que, seguramente, muy pocos, entre mis paisanos, compartirán y a casi nadie agradará. Pero debo decirlo —los escritores somos samuráis, escribir es rajarse la tripa— y lo digo: lamento profundamente haber nacido español. ■

Castilfrío de la Sierra, Alto Llano Numantino,
18 de julio de 2004

“Este libro también cuenta o, por lo menos, quiere contar, más bien evocar, la historia —muertes paralelas, consignas convergentes, infamias equivalentes, fratricidios análogos— de José Antonio Primo de Rivera y, a su trasluz, la de Buenaventura Durruti, la de Miguel Hernández y Antonio Machado, la de Federico García Lorca y Pedro Muñoz Seca, la de Maeztu, la de los cientos y cientos de miles de españolitos de la primera mitad del siglo XX que vinieron al mundo en un país permanentemente malhumorado y probablemente irredimible, y en una época de abyección generalizada, y a los que esa época —*dies iræ* — y ese país invertebrado, bicéfalo, esquizofrénico, envidioso, perezoso, iracundo, rústico, violento, sadomasoquista y parricida helaron el corazón. Yo soy uno de ellos. Nací en el treinta y seis.”

[Revista de prensa]

Memoria Parcial

Por ***Alfonso Ussía***

Para mí que se está cometiendo un grave error. El tiempo calma los odios y los enfrentamientos. El Gobierno de España ha tomado la iniciativa de desenterrar cadáveres de víctimas de la Guerra Civil. En algunas localidades han vuelto a florecer las peores rencillas. Más que la recuperación de la memoria histórica lo que se pretende es imponer la memoria parcial.

Sólo hubo víctimas entre los perdedores y sólo los vencedores asesinaron. Se ha rendido un homenaje a Luis Companys, presidente de la Generalidad de Cataluña fusilado por los nacionales en el castillo de Montjuich. Pero se han olvidado de recordar a los más de mil barceloneses fusilados por los republicanos en ese mismo escenario durante la presidencia de Luis Companys. Me parece que no se está llevando este asunto con buena educación.

Además, que buscar fosas, encontrar huesos e identificarlos resulta carísimo. Yo les puedo indicar donde hay fosas comunes con restos humanos sin identificar. Entre esos restos están los de mi abuelo materno, el dramaturgo Pedro Muñoz-Seca, asesinado por el Frente Popular en Paracuellos del Jarama el 28 de noviembre de 1936.

«O todos o ninguno. España no se puede dividir de nuevo entre fosas de un lado y tumbas del otro.»

Es decir, según los legalistas, asesinado por el Gobierno legal de la República junto a ocho mil españoles más por no ser republicano. Mi madre, que vivió, educó y murió sin remover huesos ni odios, hubiese sentido alivio y consuelo localizando en una de las fosas comunes de Paracuellos los restos mortales de su padre. Lo mismo habrían sentido los familiares de los ocho mil asesinados en aquellos parajes. Y me refiero a Paracuellos por ser el escenario de la tragedia de mi abuelo, porque son muchos más los paisajes de sangre repartidos por toda España, con víctimas de un lado y del otro. O memoria histórica o silencio pactado. La memoria parcial, además de infame, es una desfachatez.

Tengo en mi poder las cuarenta y tres cartas originales que envió mi abuelo desde la cárcel a su familia. Ni una palabra de odio, ni un sentimiento esquivo en esas cuatro decenas de escritos previos a su asesinato. Sólo en las últimas, cuando se inician a primeros de noviembre las sacas de la muerte, se intuye una cierta desesperanza en sus cartas. Tampoco excesivos alardes de humor. En una de las cartas del mes de octubre, le pide a mi abuela que le envíe a la cárcel una de sus bigoteras. «Se me han derrumbado los bigotes y estoy harto de meterlos en la sopa del rancho». Mi abuela le mandó las bigoteras, y sus bigotes recuperaron su altivez hasta que se los cortaron con grosería en el rastrillo de la muerte mientras le ataban las manos con un finísimo bramante que le hizo saltar las venas. Le quitaron uno de sus abrigos, el reloj, la cartera y la maleta con sus pertenencias. Fue ahí cuando dijo aquello de «me habéis quitado todo lo que tengo, menos el miedo». Minutos antes de caer fusilado y ser rematado por un oficial de las homenajeadas Brigadas Internacionales, cambió la frase: «Sois tan hábiles que me habéis quitado hasta el miedo». Fumó su último cigarrillo, que le ofreció un miliciano, mientras le invitaban a contemplar dos descargas de pelotones fusilando a otros compañeros de prisión y sufrimiento. En la fosa común en la que fue enterrado cupieron seiscientos cadáveres más. Los de aquella mañana. Y ahí siguen, sin que ninguno de los familiares haya removido el odio, abierto las rencillas y clamado venganza. Es más, uno de los principales responsables de aquellos asesinatos ha sido y es tratado en España, de acuerdo con las normas de la reconciliación, con todo respeto y cortesía. Me refiero a Santiago Carrillo Solares, ex secretario general del Partido Comunista de España.

Cumpliendo con las recomendaciones de mi madre, cimentadas en el perdón y la superación de aquel enfrentamiento brutal entre españoles, ofrezco mi mano a los familiares de aquellos que fueron asesinados en el otro lado de la guerra terrible que desangró a España cuando a mí me faltaban muchos años para nacer. Los muertos no entienden de injusticias. O todos o ninguno. España no se puede dividir de nuevo entre fosas de un lado y tumbas del otro. Y si el Gobierno sólo respeta a unos muertos, los familiares de los otros no lo vamos a consentir. Honremos a todos los asesinados respetando sus huesos y mirando al futuro.

La Razón,19-11-2004

Acusan a fuerzas de EE.UU. de dañar las ruinas de Babilonia

El Museo Británico acusa en un informe a las fuerzas estadounidenses y polacas de haber dañado la legendaria Babilonia, un lugar de gran valor arqueológico al sur de Bagdad que ha sido usado como depósito militar durante dos años.

Según publica el diario británico *Guardian*, las ruinas han sufrido «daños sustanciales». **John Curtis**, del departamento del Antiguo Cercano Oriente, dijo que «es equivalente a establecer un campo militar alrededor de las grandes pirámides en Egipto o alrededor de Stonehenge en Gran Bretaña».

Un estudio del Museo Británico responsabiliza a las fuerzas estadounidenses y polacas de haber dañado las legendarias ruinas de Babilonia desde el comienzo de la guerra de Irak.

Grietas en los ladrillos

Han aparecido grietas en los ladrillos de los dragones que guardaban la famosa Puerta de Ishtar y vehículos militares han cruzado sobre el pavimento, de 2.600 años de antigüedad, indica el informe. La residencia del rey **Nabucodonosor** (605-562 a.C.) se convirtió hace casi dos años en una base militar de las tropas de ocupación.

Curtis criticó además que la vigilancia del lugar no se limitase al lugar de excavación, sino que se levantase un amplio asentamiento muy cerca de las ruinas. Lugares de excavaciones aún no explorados fueron contaminados con gasolina de tanques o enterrados bajo piedras. Numerosos fragmentos arqueológicos fueron mezclados con arena usada para llenar sacos.

Lord **Redesdale**, presidente de un grupo arqueológico del Parlamento británico, dijo: «Indignación no es la palabra adecuada, esto es simplemento horrible. Lo que hacen allí los soldados estadounidenses no sólo daña la arqueología de Irak, sino la herencia cultural del mundo entero.»

El Semanal Digital. 16-1-2005

Polémica campaña de publicidad

Philips alquilará la Acrópolis de Atenas por 7.000 euros

El emblemático monumento será alquilado por 7.043 euros, lo que ha generado una encendida polémica.

La controversia sobre el asunto en el seno del Gobierno griego y en especial, en el ministerio de Cultura, se prolongó por cuatro semanas debido a que una gran parte de los arqueólogos griegos se mostraban en contra de alquilar monumentos arqueológicos griegos para uso comercial.

El Consejo de Arqueología Central griego ha dado luz verde para que la compañía Philips lance un programa promocional con imágenes de la Acrópolis de Atenas.

El consejo publicó en Atenas una lista de monumentos que no deberían ser prestados para esos fines y en ella no está incluida la Acrópolis.

El director del Museo Bizantino de Atenas, Dimitris Constantios, votó contra la campaña debido a que no está de acuerdo con que la Acrópolis se relacione con promoción.

El Mundo, 7-4-2005

Memoria e Historia

Una cuestión a debate

Stanley Payne, Pío Moa, Pedro Corral y **Balbino Katz,** cuatro prestigiosos historiadores abordan el debate aquí presentado por *El Manifiesto*. Las palabras de cada escritor se publican como entrevistas individualizadas, aunque el cuestionario planteado para los cuatro ha sido el mismo, con ligeras variantes. He aquí las preguntas y las respuestas.

Stanley Payne

Fantasía y mitificación

Profesor emérito de Historia , Universidad de Wisconsin-Madison. Miembro de la American Academy Of Arts and Sciences. Ha escrito quince libros, la mayoría dedicados a la historia contemporánea de España; sus últimos títulos publicados: Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939) *y* El colapso de la República, los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936).

Todo país forma mitos acerca de su Historia, aunque todos tienen la responsabilidad moral e intelectual de tratar de superar a estos mitos. Lo que es sumamente reprensible y reprobable es el intento de tergiversar y manipular la historia para fines partidistas y para dividir una sociedad.

Sorpresas…

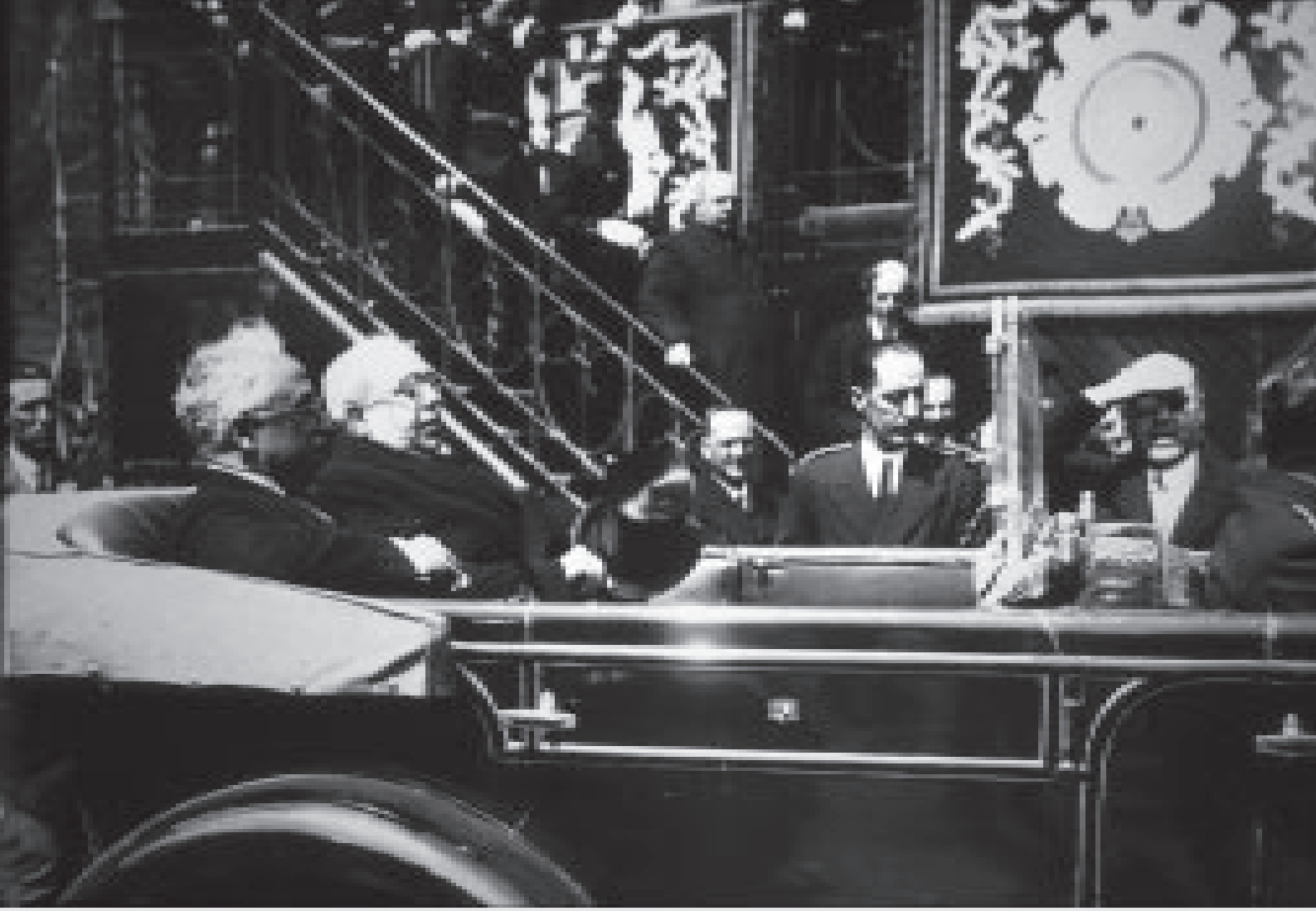
El actual Gobierno español, socialista, ha emprendido una revisión de la guerra civil y del franquismo. ¿Cree usted que estos dos periodos históricos, desde 1936 hasta 1975, guardan todavía secretos para los historiadores?

—Este periodo 1936-1975 no reserva enormes descubrimientos, porque ha sido muy investigado, pero sí guarda algunas sorpresas, porque es de una gran complejidad, y la investigación detallada de todos sus aspectos —que no ha sido en absoluto terminada— todavía puede explicar algunas cosas importantes que no se entienden.

Revolucionarios…

En el contexto de esta revisión, las fuentes gubernamentales españolas hablan de reivindicar la memoria de quienes «lucharon por la libertad contra el fascismo». Usted conoce bien ese periodo de la historia de España. ¿Cree que se trata de un enfoque adecuado?

—La fantasía y la mitificación todavía dominan muchas actitudes actuales hacia la historia de España de los años treinta. Hay que destacar, sobre todo, que la historia de aquellos años fue la historia de un proceso revolucionario. Los revolucionarios no buscaron la libertad o lucharon por ella, sino por imponer de un modo violento sus diversas utopías revolucionarias. Puesto que ahora no hay casi nadie que cree en



Segunda República española. Alcalá Zamora y Manuel Azaña llegan a las Cortes.

«La fantasía y la mitificación todavía dominan muchas actitudes actuales hacia la historia de España de los años treinta.»

éstas, las izquierdas han buscado un disfraz políticamente correcto que de un modo sistemático distorsiona la historia.

Sectarismos…

Como historiador, cuál es su juicio sobre la «guerra de los callejeros» (cambio de nombres de calles, retirada de monumentos en la vía pública, etc.) desatada nuevamente por la actual mayoría parlamentaria española?

—No es anormal o inapropiado que de vez en cuando se renueven las honras expresadas públicamente. Nombres y monumentos públicos tienen la función de honrar figuras y hechos de la historia de un país. La Historia misma no cambia, pero sí cambian los modos de percibirla. Estas entidades públicas deben reflejar algún consenso y no ser un campo de fútbol pateado por cada generación de pasiones políticas. Los cambios sólo deben efectuarse cuando reflejan algún consenso general; de otro modo reducen la plaza pública a mero sectarismo.

Segunda República…

¿Qué opinión global le merece, desde la historia, la trayectoria de la II República española?

—La Segunda República constituyó en España un desastre único, el del único régimen democrático que degeneró en una guerra civil sin el impacto de una guerra internacional. Presentó el espectáculo de un régimen democrático repudiado en la práctica por sus propios fundadores. La mejor y más escueta definición es la de **Javier Tusell**: «una democracia poco democrática». Un desastre sin paliativos.

Era de Franco…

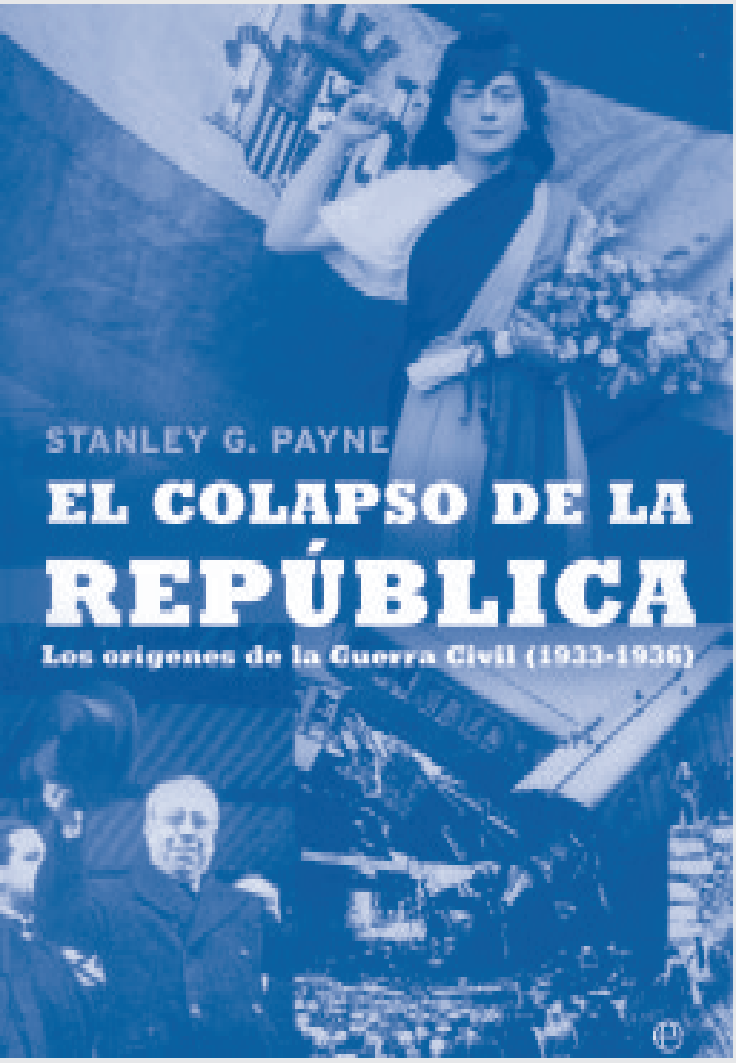
¿Y la era de Franco?

—La era de Franco empezó de un modo desastroso, pero terminó con una situación sumamente prometedora. El primer franquismo fue semifascista y muy siniestro. Luego el régimen se liberalizó y se aprovechó del gran desarrollo económico que tuvo lugar después de la Guerra Mundial. Su gran logro fue llevar a cabo la definitiva modernización de España, la cual, paradójicamente, hizo posible la democratización posterior.

Objetividad…

¿Es posible hablar de «reparaciones históricas»? ¿Cómo se «repara» la historia, al margen de las ya conocidas legislaciones sobre crímenes de guerra y otras semejantes?

—Una completa «reparación histórica» es imposible, porque los propios protagonistas de la historia ya se han muerto. El mejor modo de «reparar la Historia» es investigarla objetivamente.



Pasado…

Hablando en términos profesionales, ¿cuánto tiempo ha de pasar para que el pasado sea «pasado»?

—No hay regla fija. Depende de la historia individual y de las circunstancias. En algunos casos, solamente unos años. En otros, dos siglos. Hay sociedades o sectores de sociedades que guardan el pasado tan celosa o políticamente que no puede ser «pasado» por mucho tiempo.

Memoria…

En la terminología del discurso gubernamental, el concepto de «Historia» es frecuentemente sustituido por el de «Memoria». ¿Qué opinión le merece esta tendencia?

—Esto es un discurso que está de moda. Técnicamente, la memoria es personal y subjetiva; la historia, impersonal y objetiva. Esto de «memoria histórica» quiere decir no la historia sino las actitudes con respecto a la historia, actitudes que pueden ser construidas o deconstruidas como se quiera.

Manipulaciones…

Siempre en un plano general, ¿hasta dónde y hasta cuándo puede un país darle vueltas, con ánimo polémico, a su Historia? ¿No es una forma de convertir en terreno de discordia lo que debería ser propiedad común?

—Todo país forma mitos acerca de su Historia, aunque todos tienen la responsabilidad moral e intelectual de tratar de superar a estos mitos. Lo que es sumamente reprensible y reprobable es el intento de tergiversar y manipular la Historia para fines partidistas y para dividir una sociedad. En esto, Zapatero está imitando a Franco.

«Una completa "reparación de la Historia" es imposible. El mejor modo de "reparar la historia" es investigarla objetivamente.»

¿Cuáles fueron las causas que provocaron el terrible estallido de la Guerra Civil española en 1936?, se pregunta nuestro entrevistado en este libro recientemente publicado por La Esfera de los Libros.

Los padres denuncian a sus hijos

Más de 700 padres han denunciado en lo que va de año a sus hijos por el maltrato físico que reciben de ellos.

La Guardia Civil y la Policía Nacional han recibido numerosas denuncias en los dos primeros meses de 2005 por el maltrato físico que los hijos infligen a sus padres.

28 de mayo de 2005. Más de 700 padres han denunciado en lo que va de año a sus hijos por el maltrato físico que reciben de ellos.

La Guardia Civil y la Policía Nacional han recibido en los dos primeros meses de 2005 un total de 678 denuncias de padres y madres que han sufrido agresiones y malos tratos por parte de sus hijos.

En estas denuncias están contemplados aquellos delitos y faltas cometidos contra los padres, entre los que se encuentran: amenazas, coacciones, menoscabos psíquicos, agresiones físicas y otro tipo de vejación.

Al parecer, las 678 denuncias —un número mucho superior a lo que suele ser habitual— han sido presentadas sólo ante las fuerzas de Seguridad del Estado. Lo que quiere decir que no se han sumado aquellas infracciones que hayan sido denunciadas en la policía municipal o autonómica; lo que supone que el número es más elevado.

El Semanaldigital.com

Sin escapatoria

No tendrán que escapar de su supuesto agresor. El gobernador de Florida da licencia a los ciudadanos de disparar en las calles si se sienten amenazados.

El gobernador de Florida, Jeb Bush, ha decidido conceder a los ciudadanos licencia para disparar en las calles si se sienten amenazados. Con esta medida, afirman los detractores, se instala la mentalidad del «lejano Oeste»: primero abro fuego y luego pregunto.

La controvertida iniciativa deja convertidas prácticamente las calles de Florida en un campo de tiro. Cualquier ciudadano que porte un arma puede hacer uso de ella en defensa propia sin intentar escapar primero de su supuesto agresor.

Los partidarios de tal medida alegan que Bush se ha limitado a realizar una «lógica» extensión de la ley que permite a una persona a defenderse a tiros en su casa en caso de que alguien asalte su hogar. Ahora podrán disparar también en los lugares públicos de su Estado si tiene la sensación de estar amenazados.

«Va a haber consecuencias», advirtió el demócrata Eleanor Sobel. Y puso un ejemplo gráfico: «Puede ocurrir que alguien busque algo en su bolsillo y si otra persona se siente amenazada, puede dispararle.»

El Mundo, 28 -3- 2005

Memoria e Historia
Una cuestión a debate

Pío Moa

La recuperación del rencor

Historiador y periodista, colaborador de Libertad Digital *y de* La Razón. *Entre sus últimos libros, cabe destacar:* Una historia chocante *y* Contra la balcanización de España *(ambos sobre los nacionalismos vasco y catalán). En Áltera ha publicado* 1934: Comienza la Guerra Civil *y el reciente 1936: El asalto final a la República.*

Franco fue un dictador. Todos hubiéramos preferido que sus ingentes servicios a la sociedad los hubiera hecho un gran líder democrático, pero lo cierto es que no existió. Los demócratas no hicieron oposición seria a Franco, y quienes lo combatimos éramos mucho menos demócratas que él. Los antifranquistas de ahora son también los que ponen en peligro la democracia.

Mentira…

El actual Gobierno español, socialista, ha emprendido una revisión de la guerra civil y del franquismo. ¿Cree usted que estos dos periodos históricos, desde 1936 hasta 1975, guardan todavía secretos para los historiadores?

—En lo esencial no hay secretos, aunque sigue habiendo una multitud de detalles y cabos sueltos aquí y allá. El problema no es lo que se ignora, sino la enorme cantidad de mentira acumulada, unos verdaderos establos de **Augías** de la manipulación. En aclarar la realidad histórica estamos unos cuantos.

Fascismo…

En el contexto de esta revisión, las fuentes gubernamentales españolas hablan de reivindicar la memoria de quienes «lucharon por la libertad contra el fascismo». Usted conoce bien ese periodo de la historia de España. ¿Cree que se trata de un enfoque adecuado?

—Ni había fascismo ni había tales luchadores por la libertad. Las izquierdas luchaban por una dictadura mucho peor que la de Franco. Contra las falacias oficialistas, lo mejor es leer a los propios «luchadores por la libertad». Sus testimonios son sobradamente explícitos.

Falsificación…

Como historiador, ¿cuál es su juicio sobre la «guerra de los callejeros» (cambio de nombres de calles, retirada de monumentos en la vía pública, etc.) desatada nuevamente por la actual mayoría parlamentaria española?

—Tratan de falsificar la memoria histórica, una vez más, enalteciendo a tales «luchadores» por la libertad como los jefes estalinistas y similares. Recuperan el rencor porque creen que les da rentas electorales, lo que en parte ocurre porque la derecha les cede el campo.

Verdad…

Usted ha protagonizado, involuntariamente, una singular polémica al defender posiciones distintas de las mantenidas por una parte de la historiografía española respecto a la guerra civil. Ahora parece que, en ciertos medios, el ataque personal hacia usted va siendo sustituido por la estrategia del silencio. ¿Es posible escribir con objetividad la Historia?

—La verdad absoluta, si existe algo así, es imposible, pero siempre hay aproximaciones a la verdad y alejamientos de ella. Puede decirse que la historiografía española sobre esta época, desde la escuela de **Tuñón de Lara**, se ha alejado sistemáticamente de la verdad. Al mismo tiempo, esas interpretaciones se convirtieron en una verdadera industria o negocio de subvenciones, etc., y de ahí que se resistan con uñas y dientes a una revisión de tales versiones.

República…

¿Qué opinión global le merece, desde la historia, la trayectoria de la II República española?

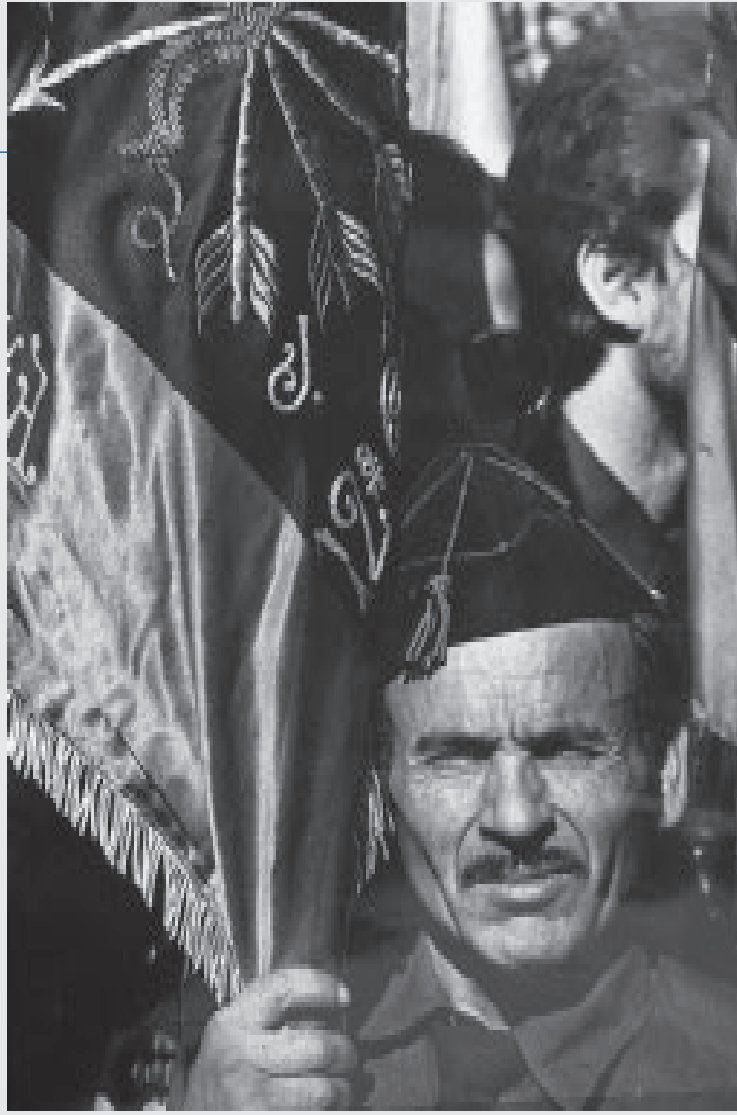
—Uno de los que mejor retratan aquel terrible desastre es **Azaña**. También vale la pena leer los juicios de los «Padres espirituales de la República», **Marañón**, **Ortega** y **Pérez de Ayala**. No precisan comentario.

Franco y la guerra…

¿Y la era de Franco?

—**Franco** no trajo la guerra civil, defendió la legalidad republicana contra el asalto izquierdista en 1934 y luego se alzó contra un nuevo proceso revolucionario y lo venció. Nos evitó la Guerra Mundial y dejó un país próspero y moderado. Fue un dictador, y todos hubiéramos preferido que tales servicios a la so-

«Puede decirse que la historiografía española sobre esta época se ha alejado sistemáticamente de la verdad.»



En España no hubo fascismo (de verdad), afirma nuestro entrevistado.

Cartel electoral de la CEDA, de Gil Robles, en la Puerta del Sol, Madrid.

Tropas nacionales, Año de la Victoria.

ciedad, realmente ingentes, los hubiera hecho un gran líder democrático, pero lo cierto es que existió. Los demócratas no hicieron oposición seria a Franco, y quienes lo combatimos éramos mucho menos demócratas que él. Los antifranquistas de ahora son también los que ponen en peligro la democracia.

Reparación…

¿Es posible hablar de «reparaciones históricas»? ¿Cómo se «repara» la Historia, al margen de las ya conocidas legislaciones sobre crímenes de guerra y otras semejantes?

—Por lo que respecta a España, la única reparación consiste en mantener las libertades y la unidad del país. En defenderlas sin reparos contra quienes las atacan.

Pasado…

Hablando en términos profesionales, ¿cuánto tiempo ha de pasar para que el pasado sea «pasado»?

—Eso va ligado al enfrentamiento actual entre los demócratas y los que intentan la «Segunda Transición» de la democracia a la demagogia y el desmembramiento de España. Si ese enfrentamiento lo solucionamos pronto y favorablemente, el pasado será pronto pasado y los muertos dejarán de matar a los muertos. De otro modo… será el cuento de nunca acabar.

Manipulación…

En la terminología del discurso gubernamental, el concepto de «Historia» es frecuentemente sustituido por el de «Memoria». ¿Qué opinión le merece esta tendencia?

—Intentan sustituir el conocimiento real de la «Historia» por una «Memoria» manipulada y rencorosa. Contra eso hay que luchar sin tregua, porque un pueblo que olvida su pasado es muy fácil que repita lo peor de él.

«Ni había fascismo ni había tales luchadores por la libertad. Las izquierdas luchaban por una dictadura mucho peor que la de Franco.»

El "arte basura"

En Gran Bretaña, el polémico premio Turner para artistas contemporáneos elogia una escultura hecha con excremento de elefante o una cama destendida con sábanas manchadas, rodeada de colillas de cigarrillos y toallas sanitarias usadas como ejemplares del arte conceptual.

En Colombia, hace unos años, un exponente francés del llamado arte «performance» se cortó el dedo meñique frente a un público horrorizado como acto de solidaridad con las víctimas de la violencia en ese país.

El mismo artista, **Pierre Pinoncelli**, cobró cierta fama en París en 1993 al orinarse precisamente en el *Orinal* de Duchamp.

Arte basura para llevar a casa

Para quienes opinan que el arte contemporáneo es «una basura», hay una artista japonesa dispuesta a seguir la frase al pie de la letra.

La artista **Tomoko Takahashi** recogió 7.600 electrodomésticos, juguetes y antigüedades desechadas para su última obra, titulada *Mi Playstation*, y luego invitó a los visitantes a llevárselos.

Takahashi duró tres meses recolectando las piezas en ventas de garaje, basureros y entre sus amigos. Luego, las dispuso en la galería Serpentine, situada en la mitad de Hyde Park, en Londres.

La artista japonesa durmió durante tres días en la galería mientras colocaba todos los objetos. En el último día de la exposición, los visitantes se pudieron llevar partes de la obra.

Orden y desorden

La exposición de Takahashi fue acompañada por un concierto en el que músicos experimentales británicos utilizaron la exposición como fuente de sonido.

La japonesa también hizo una aparición junto con el artista **Simon Faithfull** en la que jugaron con una serie de luces ultravioleta utilizando sombreros blancos, de manera que en la oscuridad se veían como dos puntos blancos que creaban patrones al azar.

Muchos críticos se mostraron escépticos ante la propuesta de Takahashi, quien fue nominada en 2000 al polémico premio Turner.

Sin embargo, la curadora de la galería Serpentine, **Rochelle Steiner**, defendió la exposición afirmando que la idea era darle un nuevo significado a la basura.

«Los juegos traen sus propias reglas, y ella está muy interesada en el orden que traen las reglas, en cómo romper el orden, y en la relación entre el orden y el desorden», explicó Steiner.

Mientras tanto, los visitantes a la exposición pudieron llevarse a casa tesoros como máquinas de coser antiguas, computadoras viejas, pájaros disecados y una mesa de billar en miniatura.

Periodista Digital, 3-6-2005

Memoria e Historia
Una cuestión a debate

Pedro Corral

La misma historia de siempre

Escritor y periodista. Corresponsal de ABC en Roma, miembro del equipo fundador del ABC Cultural. Asesor del ex Presidente del Gobierno, José María Aznar, para temas culturales. Es autor del libro Si me quieres escribir.

Conmueve escuchar a los actuales adalides políticos de la recuperación de la memoria, porque descubre uno en sus proclamas la intención de hacerse perdonar que sus antecesores políticos fueran los primeros en salir de España, dejando atrás a millares de combatientes desnudos, hambrientos y desarmados guardándoles las espaldas.

Reclutamientos forzados…

El actual Gobierno español, socialista, ha emprendido una revisión de la guerra civil y del franquismo. ¿Cree usted que estos dos periodos históricos, desde 1936 hasta 1975, guardan todavía secretos para los historiadores?

—No hablaría tanto de secretos concretos, que también los habrá, como de las nuevas interpretaciones y análisis que están todavía por ver la luz. Creo que hay que hacer aún un formidable esfuerzo para descubrir la realidad histórica de un acontecimiento, como la Guerra Civil, que nos ha llegado en buena parte a través de la interpretación interesada de los grandes protagonistas de los dos bandos, así como de la visión manipulada de los respectivos sistemas de propaganda de las dos zonas.

Cito un ejemplo en particular: la imagen de los voluntarios en armas, subidos a los camiones en su marcha al frente, que dominó los documentales y reportajes de las dos zonas en los primeros compases de la guerra, ha ocultado completamente el hecho de que los dos bandos se vieron obligados a realizar reclutas forzosas a las pocas semanas de comenzada la contienda. El bando republicano tardó doce días en llamar a filas a los primeros reemplazos. El bando franquista los movilizó veinte días después de empezada la guerra. Es decir, no había españoles suficientes para matarse en el campo de batalla y enseguida se tuvieron que reclutar a la fuerza. A pesar de que nuestra guerra ha hecho correr océanos de tinta, seguimos tragando ruedas de molino.

Guerra de Independencia…

En el contexto de esta revisión, las fuentes gubernamentales españolas hablan de reivindicar la memoria de quienes «lucharon por la libertad contra el fascismo». Usted conoce bien ese periodo de la historia de España. ¿Cree que se trata de un enfoque adecuado?

Políticos de la II República. En el centro, Indalecio Prieto,
a su izquierda Largo Caballero, a su derecha, Fernando de los Rios.

—A veces me pregunto por qué razón la izquierda no ha reivindicado la visión de la Guerra Civil como la «segunda guerra de la independencia», que fue el «leit motiv» de la propaganda frentepopulista acuñada sobre todo a partir del Gobierno de **Negrín**. Digo con esto que si el propio Negrín antepuso la visión patriótica de la contienda, como lucha contra el invasor extranjero, es porque ni él mismo se creía ya lo de la lucha por la libertad y la democracia.

Negrín se arrojó a los brazos de **Stalin** porque era el único apoyo sólido de la República, pero no era tan tonto como para obviar que los aviones y tanques rusos que compraba su Gobierno estaban fundidos con metal y carbón extraídos por los millones de esclavos del «Gulag» soviético. En los años treinta, los terribles relatos de supervivientes del sistema de campos de concentración de Stalin circulaban ya abundantemente por Europa, y Negrín era un hombre informado.

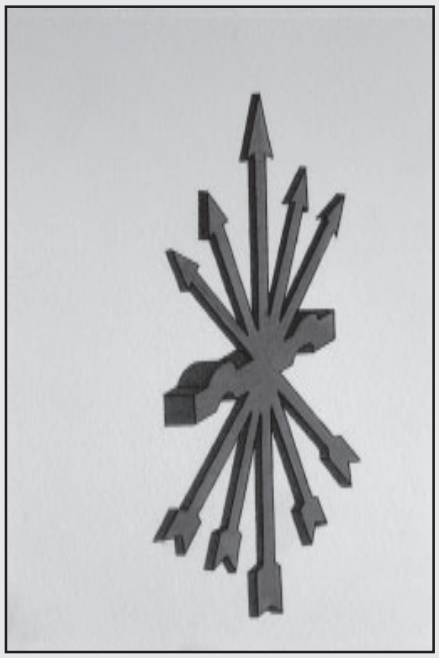
Ni que decir tiene que el hecho de que las bombas incendiarias que arrasaron Guernica fueran fabricadas por felices trabajadores nazis, nunca podrá ocultar que por entonces había también campos de concentración en el país aliado de **Franco**.

Estatuas…

Como historiador, ¿cuál es su juicio sobre la «guerra de los callejeros» (cambio de nombres de calles, retirada de monumentos en la vía pública, etc.) desatada nuevamente por la actual mayoría parlamentaria española?

—En primer lugar, imaginaba que el Gobierno de un país que es la novena potencia económica tenía cosas más importantes de que ocuparse. En segundo lugar, alentar el antifranquismo treinta años después de la muerte del dictador, es lo más cutre que se ha visto en el mundo desde que el arqueólogo **Howard Carter** mutiló los genitales a la momia de **Tutankhamón**.

«No había españoles suficientes para matarse en el campo de batalla y enseguida se tuvieron que reclutar a la fuerza.»



Franco y su primer Gobierno. El yugo y las flechas, símbolo de la Falange.

Es cierto que en Alemania y en Italia no hay estatuas de Hitler o Mussolini, pero en los canales de TV no se dejan de ver ni un solo día un documental, una película o un debate sobre ellos o el periodo histórico que protagonizaron. Si retiramos las estatuas de los dictadores, ¿por qué no suprimimos también los libros, los documentales y las películas que hablan sobre ellos? Supongo que es así como algunos quieren recuperar la «memoria histórica».

Un último apunte: ¿qué hacemos con los nombres de ilustres golpistas y verdugos del bando frentepopulista que hoy tienen calle y monumento en ciudades y pueblos de España, tal y como apuntaba con nombres y apellidos el escritor y periodista **José Javier Esparza** en un reciente artículo?

La República…

¿Qué opinión global le merece, desde la Historia, la trayectoria de la II República española?

—La República pudo ser un instrumento reformista y terminó siendo un instrumento sectario. Y entre todos la mataron y ella sola se murió. Hoy se vende como principal legado de la República lo que no era sino herencia de la Monarquía. Me refiero, por ejemplo, a la Edad de Plata de la cultura y la ciencia. Fue posible gracias a la Junta para Ampliación de Estudios, creada con **Alfonso XIII** y que presidió **Ramón y Cajal**, y en la que estuvieron representadas todas las sensibilidades políticas de entonces. Si ese mismo espíritu de consenso se hubiera extendido a escala nacional, otro gallo habría cantado.

Franco…

¿Y la era de Franco?

—Lo peor, su nula piedad para administrar su victoria. Sometió al país como si todos fueran vencidos, incluidos muchos de los generales que le habían ayudado a ganar la guerra. «El trabajo será la única plasmación de la voluntad popular». Lo dice en uno de sus primeros discursos en No-Do, recién instalado en El Pardo. Los españoles, a trabajar y a callar. A fuer que lo consiguió. Lo demás vino por añadidura. La España del desarrollo fue obra de los españolitos que dieron el callo, aquí y fuera de aquí. Hasta lo reconoció el propio PCE: que en la España del «seiscientos» ya no se daban las condiciones para una revolución.

Como dice **Albert Boadella**, lo que la izquierda no le perdona a Franco es que se muriera en la cama.

Veteranos sin rencor…

Usted se ha especializado en recuperar el testimonio directo de los protagonistas de la guerra civil setenta

«La mayoría de los veteranos que he entrevistado no sienten el rencor que algunos representantes políticos destilan hoy cuando hablan de estos temas.»

Francisco Franco.

años después. ¿Cómo ven ellos hoy aquel tiempo? ¿Sienten la guerra como algo vivo?

—La mayoría de los veteranos que he entrevistado no sienten ni de lejos el rencor que algunos representantes políticos destilan hoy cuando hablan de estos temas. La guerra para ellos es historia, pero sin duda forma parte esencial de su experiencia. Ellos fueron los que se sacrificaron en aquella guerra terrible, mientras que los políticos y generales que les jaleaban tomaban las aguas en los balnearios de retaguardia. La misma historia de siempre.

Conmueve escuchar a los actuales adalides políticos de la recuperación de la memoria, porque descubre uno en sus proclamas la intención de hacerse perdonar que sus antecesores políticos fueran los primeros en salir de España, dejando atrás a millares de combatientes desnudos, hambrientos y desarmados guardándoles las espaldas. Y eso que los almacenes de Barcelona estaban llenos: según el general **Vicente Rojo**, quedaron 200.000 raciones y 150.000 equipos militares abandonados en depósitos, sin que nadie los repartiera.

Hay que recordar que si **Franco** pudo incautarse de los papeles de la Generalitat fue porque quienes debían de conservarlos y transportarlos al otro lado de la frontera no lo hicieron antes de que Barcelona cayera sin apenas lucha. Ésta es una verdad que no debe molestar a nadie. Por el contrario, el Archivo del Nacionalismo Vasco conserva hoy los papeles de la guerra en el País Vasco porque **Aguirre** y los suyos se encargaron de sacarlos de España mientras los «gudaris» aguantaban las embestidas de Franco en el «Cinturón de Hierro».

¿Qué hacía la Esquerra Republicana cuando la batalla del Ebro y la ofensiva de Cataluña? Intentar negociar con Francia y Gran Bretaña la creación de un protectorado catalán; en definitiva, asestar una puñalada traicionera a la República. Tan ocupados como estaban con estas conspiraciones antirrepublicanas, no pudieron pensar en los «papeles» que ahora tanto preocupan a los actuales **Carod** y **Puigcercós**.»

II República, años de guerra; en la foto el presidente Negrín.

«¿Por qué no hay una Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de las Fosas Olvidadas Que Están Llenas de Republicanos y Frentepopulistas Asesinados Por su Propio Bando En Nombre de la Libertad?»

Reparaciones…

¿Es posible hablar de «reparaciones históricas»? ¿Cómo se «repara» la Historia, al margen de las ya conocidas legislaciones sobre crímenes de guerra y otras semejantes?

—Aquí estamos viendo muchas «reparaciones históricas» a la carta, cuyos promotores parecen atender solamente a quienes les interesa o les conviene políticamente. El PSOE tiene su Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, e Izquierda Unida tiene su Foro por la Memoria. Me parece muy bien y me alegro mucho por las familias que se hayan podido beneficiar de sus desvelos. Por experiencia familiar, sé lo que es tener a un deudo desaparecido. Pero creo que no es posible hablar de «reparaciones históricas» cuando no se hace con voluntad de «reparar», sino de «separar» a mis amigos de los que no lo son.

Estoy esperando todavía que algún representante de las asociaciones antes citadas se ponga en contacto con las familias de 46 soldados del Ejército Popular masacrados por su propio bando en el frente de Teruel, para que les ayuden a localizar la fosa común frente a la que fueron ametrallados el 20 de enero de 1938. ¿Por qué no lo han hecho todavía? ¿Son estas víctimas de la guerra menos víctimas que otras? ¿Tampoco son víctimas los combatientes republicanos fusilados en el frente en las purgas alentadas por sus comisarios políticos? ¿Ni siquiera los socialistas, comunistas, anarquistas y poumistas torturados hasta la muerte en las checas por sus propios conmilitones?

¿Por qué no hay una Asociación-para-la-Recuperación-de-la-Memoria-Histórica-de-las-Fosas-Olvidadas-Que-Están-Llenas-de-Republicanos-y-Frentepopulistas-Asesinados-Por-su-Propio-Bando-En Nombre-de-la-Libertad?»

Túnel del tiempo…

Hablando en términos profesionales, ¿cuánto tiempo ha de pasar para que el pasado sea «pasado»?

—En términos profesionales, creo que basta un día. Una noticia es el primer borrador de la historia. A partir de entonces, cabe estudiar, interpretar, analizar y divulgar lo sucedido, con el máximo de datos disponibles. En términos políticos es otra cosa. Se puede meter a un país en el túnel del tiempo y con-

Niceto Alcalá Zamora.

vertir el pasado en una rabiosa expresión de actualidad, como manifestación permanente de fe republicana en la victoria final contra no se sabe quién. ¡España, una unidad de «desatino» en lo universal!

Memorias interesadas…

En la terminología del discurso gubernamental, el concepto de «Historia» es frecuentemente sustituido por el de «Memoria». ¿Qué opinión le merece esta tendencia?

—La «Historia» tiene afán de objetividad y la «Memoria» es subjetiva. La «Historia» es una visión global, la «Memoria» es una visión de parte. La Historia se escribe contra el olvido, la «Memoria» se acuerda de unas cosas y se olvida de otras.

Buenos y malos…

Siempre en un plano general, ¿hasta dónde y hasta cuándo puede un país darle vueltas, con ánimo polémico, a su Historia? ¿No es una forma de convertir en terreno de discordia lo que debería ser propiedad común?

—El debate, la discrepancia y la polémica son consustanciales a la vida en democracia. En todo país avanzado, el debate sobre la historia se circunscribe a los ámbitos científico, universitario y editorial, pero en España este debate se ha llevado al terreno político con el único objetivo de asociar a un partido democrático con la dictadura franquista.

Hay una amenaza real de imposición de un discurso único, de una memoria selectiva, de una nueva división de españoles entre «buenos» y «malos». Hoy se está imponiendo una casta de sumos sacerdotes que deciden qué opiniones están autorizadas y cuáles no para hablar sobre la Guerra Civil. Y lo que es más preocupante, el debate está desbordando los límites de la convivencia. Lo que les sucedió a **Carrillo** en la librería Crisol y a **Pío Moa** en la Carlos III es la prueba. Y todavía más alarmante es que algunos aplaudan estas agresiones.

Manuel Azaña.

Memoria e Historia
Una cuestión a debate

Balbino Katz

Una caja de Pandora

Director de la revista de Historia Aventures de l'Histoire, *Francia.*

«Memoria» e «Historia», también para nuestro cuarto entrevistado, no son lo mismo. La Memoria —nos dice— es un recuerdo del pasado que alimenta un sentimiento colectivo. La Historia busca comprender el pasado a partir de hechos verificados. Son dos posiciones no solamente distintas, sino además, frecuentemente, antagónicas.

Sorpresas…

El actual Gobierno español, socialista, ha emprendido una revisión de la Guerra Civil y del franquismo. ¿Cree usted que eso que Nolte llama la «guerra civil europea», desde 1917 hasta 1945, guarda todavía secretos para los historiadores?

—En general, los vencidos tienen pocos secretos. Los vencedores todavía conservan algunos, para preservar su imagen o sus intereses. La guerra de España no me es lo bastante familiar como para poder expresar un juicio pertinente al respecto. Permítame elegir dos ejemplos que conozco mejor: las circunstancias de la muerte de **Mussolini** y de **Heinrich Himmler**, que durante mucho tiempo han suscitado numerosas preguntas por parte de los historiadores.

Así, desde hace tiempo se ha sospechado que el Special Operations Executive británico organizó la ejecución sumaria de Mussolini y de su amante, **Clara Petacci**, para evitar que se hicieran públicos los contactos entre el líder fascista y **Winston Churchill**. Pero, por el momento, no hay ninguna prueba documental que permita atestiguar que la muerte de Mussolini se produjera exactamente en tales circunstancias. Por el contrario, hace pocos días un investigador acaba de exhumar en el Public Records Office de Kew, cerca de Londres, una serie de cartas entre diferentes servicios británicos que prueban que Heinrich Himmler, el temible jefe de la policía de **Hitler**, no se suicidó el 23 de mayo de 1945, tal y como se cuenta en los manuales de Historia. En esas cartas se lee con turbación que los ingleses se habían lanzado desde el 10 de mayo de 1945 a una intensa cacería para capturar a Himmler. Su objetivo no era detener al sicario de Hitler para hacerle confesar sus crímenes y juzgarle. Lo que querían era reducirle definitivamente al silencio para que no hablara ¡con los americanos! Cuando el Special Operations Executive supo que Himmler había sido interceptado en el norte de Alemania, preparó urgentemente un equipo que «suicidó» a Himler y luego informó a Londres en un mensaje muy explícito. Sin embargo, el pasado 2 de julio el *Daily Telegraph* revelaba que algunos de estos documentos podrían ser falsos. Y, sin embargo, es indudable que provienen de los archivos británicos. ¿Quién colocó un puñado de falsificaciones en medio de documentos auténticos con la única finalidad de engañar a los historiadores? El misterio es total. Mussolini y Himmler ilustran, cada uno a su manera, la dificultad de escribir la historia. En un caso no hay documentos, en el otro serían falsos.

Entre los documentos nunca hallados hasta hoy citemos, igualmente, la estenografía de las conversa-

> “Estamos derrotados nacionalmente por habernos dejado arrastrar por la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido quizá los siglos.»
>
> «Si la guerra se ganara, España sería comunista.”
>
> JULIÁN BESTEIRO

ciones telefónicas entre el presidente **Roosevelt** y **Winston Churchill** durante la Segunda Guerra Mundial o los mensajes japoneses interceptados por los servicios británicos en noviembre y diciembre de 1941, algunos días antes del ataque de Pearl Harbour. De todas formas, no exageremos el impacto de los documentos de archivos sobre los historiadores leídos por el gran público. En 2001 apareció revelado por primera vez, en las prensas de la Universidad de Yale *Spain Betrayed, The Soviet Union in the Spanish Civil War,* el verdadero papel de **Stalin** en la Guerra Civil española. Aparte de **Pío Moa**, el impacto de esta obra innovadora ha sido muy limitado.

Los historiadores que tienen la ambición de vender muchos ejemplares de sus obras, de obtener una buena acogida en los medios y de suscitar la aprobación de sus colegas, deben procurar mantenerse en los límites del consenso y no tomar nunca las certidumbres de la mayoría a contrapelo. Las tribulaciones de **Víctor Farías**, que tiene todos los problemas del mundo para publicar su *Salvador Allende: contra los judíos, los homosexuales y otros degenerados,* ilustra bien esta situación. Y sería falso pensar que esta falta de audacia concierne sólo a los asuntos de historia contemporánea. Conozco a un historiador especializado en el siglo XVIII que no encuentra editor para sus estudios sobre la trata de negros porque contradicen las ideas dominantes sobre la cuestión.

Portada de la Constitución de la II República española, 1931.

Diabolizar…

En el contexto de esta revisión, las fuentes gubernamentales españolas hablan de reivindicar la memoria de quienes «lucharon por la libertad contra el fascismo». Usted conoce bien ese periodo de la Historia, tanto de la española como de la europea. ¿Cree que se trata de un enfoque adecuado?

—No hay peor guerra que la guerra civil. A este respecto, la decisión que se tomó durante la transición democrática en España, echar un manto sobre los crímenes de unos y otros, me parece oportuna. Pero es una actitud profundamente ajena a la izquierda política, que para ser el espejo de las virtudes políticas necesita diabolizar a sus adversarios. En el fondo, era inevitable que una nueva generación de responsables políticos socialistas viniera a servirse

Cartel de propaganda del Gobierno de la República.

> “No saben qué decir, no saben argumentar [los dirigentes de la República]. […] No se ha visto más notable encarnación de la necedad. […] Me entristezco hasta las lágrimas por mi país, por el corto entendimiento de sus directores y por la corrupción de los caracteres. […] Veo muchas torpezas y mucha mezquindad, y ningunos hombres con capacidad y grandeza suficientes para poder confiar en ellos […] ¿Tendremos que resignarnos a que España caiga en una política tabernaria, incompetente, de amigachos, de codicia y botín, sin ninguna idea alta?”
>
> MANUEL AZAÑA

de la Historia como nuevo argumento en las polémicas políticas de hoy. Esas valoraciones del tipo «defensores de la libertad» sirven a los intereses inmediatos de la izquierda en el poder, tanto al Gobierno como a los medios de comunicación, y a la universidad, del mismo modo que la denuncia de los «fascistas» de ayer se usa para deslegitimar al PP y a los intelectuales heterodoxos. Pero el despertar de las pasiones heredadas de la guerra constituye un grave error, porque conduce a la aparición de una fractura suplementaria en la sociedad española y fragiliza la adhesión de la gente a las instituciones. Al revés que en Francia, donde tanto la colaboración como la resistencia no afectaron sino a un número muy limitado de personas, la guerra civil tocó a cada familia española. Yo creo que es esa carga emocional lo que explica que hoy, en varias páginas web españolas, encuentre uno todavía la grabación del último Parte oficial de guerra de 1 de abril de 1939, leído en el micrófono de Radio Nacional por Fernando Fernández de Córdoba, donde figuran estas palabras mágicas: «La guerra ha terminado».

El silencio de los intelectuales de derecha en este debate no significa que toda la población se alinee con las reivindicaciones memoriales de la izquierda. Como ha demostrado la manifestación de las víctimas del terrorismo el pasado 4 de junio, o la del 18 de junio organizada por la Iglesia, la mayoría silenciosa, la que lee a **Payne** o a **De la Cierva**, también puede responder.

¡Ay de los vencidos!

¿Existe o ha existido algo equiparable en los países europeos, una suerte de rehabilitación póstuma tantos años después?

«El despertar de las pasiones heredadas de la guerra constituye un grave error, porque conduce a la aparición de una fractura suplementaria en la sociedad española y fragiliza la adhesión de la gente a las instituciones.»

—Vae Victis! ¡Ay de los vencidos! Es muy difícil corregir años y años de historiografía negativa. Baste leer el notable trabajo de **Philip W. Powell**, *Árbol de odio: la Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre los Estados Unidos y el Mundo Hispánico,* para convencerse de que es arduo remontar la pendiente, incluso cuando han pasado varios siglos. En lo que concierne a la historia contemporánea, es posible rehabilitar, al menos parcialmente, a un personaje histórico si recibe el apoyo de una fuerza política importante. Así, Monseñor **Josef Tiso**, que fue el jefe del gobierno autónomo de la Eslovaquia aliada con la Alemania hitleriana, goza hoy de un comienzo de rehabilitación oficial después de que los eslovacos se hayan separado de los checos. En los países bálticos nuevamente independientes, los ex combatientes que resistieron al Ejército Rojo junto a los vencidos de la Segunda Guerra Mundial han salido del infierno de la diabolización donde habían sido encerrados por la propaganda soviética. En Rusia, las grandes figuras de la historia imperial como **Piotr Stolypin** o **Nicolás II** han recobrado un lugar honorable en la conciencia colectiva rusa. Por el contrario, los vencidos que no sirven a los intereses de una poderosa fuerza política no gozan de una segunda oportunidad historiográfica. Es el caso en Francia, por ejemplo, del mariscal **Pétain** o del almirante **Darlan**.

Rebautizar…

Como historiador, ¿cuál es su juicio sobre la «guerra de los callejeros» (cambio de nombres de calles, retirada de monumentos en la vía pública, etc.) desatada nuevamente por la actual mayoría parlamentaria española?

—Es el símbolo más visible de la evolución de las relaciones de fuerza política e intelectual a la hora de tratar la memoria colectiva. Quienes votan los cambios de nombre son los políticos, pero quienes lo piden son los activistas o los intelectuales. Con frecuencia las autoridades locales conservadoras ceden a esas presiones porque les parece que se trata de concesiones sin importancia. Encontramos aquí, una vez más, la poca atención que prestan la gente de la derecha liberal a las cuestiones culturales. Ahora bien, los historiadores conservadores podrían proponer a su vez que se cambien los nombres de calles que recuerdan a figuras contestables de la izquierda. En Francia se ha comenzado a «desbautizar» algunas avenidas **Stalin**. En España tienen ustedes algunas calles (**Pasionaria**, **Margarita Nelken**, **Belarmino Tomás**) que podrían dar munición a la derecha conservadora si tuviera el deseo de contestar.

Segunda República…

¿Qué opinión global le merece, desde la Historia, la trayectoria de la II República española?

—Es una cuestión difícil para un francés, porque el tema se trata muy poco en mi país. La II República española prácticamente no es objeto de estudios universitarios. Los franceses han estudiado mucho los siglos XVI y XVII, los nombres de **Pierre Chaunu** y **Bartolomé Benassar** son bien conocidos entre los lectores españoles, pero los años treinta no parecen apasionarles. La verdad es que resulta comprensible: ¿Cómo consagrar años de estudio a un régimen que nació en 1931 de la falta de energía vital de una monarquía moribunda, y que desde 1934 ya estaba siendo socavado por quienes decían ser sus más ardientes defensores? Inversamente, la guerra civil es muy popular en las universidades francesas. La obra de **Pío Moa** *Los mitos de la guerra civil* está disponible en no menos de siete bibliotecas universitarias.»

Franco, flanqueado, a su izquierda por el presidente estadounidense Richard Nixon, y a su derecha por el ministro de Asuntos Exteriores, Gregorio López Bravo.

Franco…

¿Y la era de Franco?

—El anterior jefe del Estado goza, si no de la imparcialidad de los historiadores, al menos de su interés. Los estudios son numerosos y aportan una rica mina de informaciones sobre el hombre, su régimen y la evolución de España entre 1939 y 1975. Por otro lado, los millones de franceses que han visitado España durante los años sesenta han contribuido ampliamente a desarmar la beligerancia mediática hacia su figura. A mi juicio, el régimen franquista goza de una relativa indulgencia de los historiadores por tres razones principales: su alineamiento con el campo norteamericano durante la guerra fría, su pragmatismo económico y su conservatismo político. Este último punto es frecuentemente mal percibido por el gran público. Al poner fuera de juego a la Falange desde el fin de la Guerra Civil, **Franco** actuó en militar y prefirió gobernar España de una manera autoritaria, reemplazando la convicción por la sumisión, el movimiento por la disciplina. Pero la religión del orden y la religión propiamente dicha no podían satisfacer a una sociedad que tenía necesidad de un debate público sobre sus aspiraciones colectivas. La transición puso de relieve hasta qué punto el régimen franquista era una suerte de gigantesco pueblo Potemkin a la escala de un país, que detrás de unas instituciones carcomidas ocultaba un país en plena inquietud. La vitalidad de la sociedad española contemporánea, a pesar de las fuerzas centrífugas, del terrorismo y de las veleidades de esa guerra civil en la memoria que está desarrollando la izquierda más sectaria, muestra *a contrario* uno de los aspectos negativos del régimen de Franco: la manera en la que se taponó a buena parte de las fuerzas más dinámicas de la sociedad española.

«Los vencidos que no sirven a los intereses de una poderosa fuerza política no gozan de una segunda oportunidad historiográfica.»

Reparaciones históricas…

¿Es posible hablar de «reparaciones históricas»? ¿Cómo se «repara» la Historia, al margen de las ya conocidas legislaciones sobre crímenes de guerra y otras semejantes?

—La Historia no se repara. La contrición y las reparaciones son concesiones propias de sociedades debilitadas. Y como ocurre con el cambio de nombre de las calles, reflejan la evolución de las relaciones de fuerza. Los turcos no tienen ningún deseo de reparar los sufrimientos que infligieron a los armenios. Los Estados Unidos nunca se excusan por nada. Inversamente, los católicos no dejan de pedir perdón a todo el mundo: a los judíos, a los protestantes, a los musulmanes, a los indios de América y pronto a los marcianos. Para comprar a buen precio su retorno a la sociedad occidental, los alemanes aceptaron pagar importantes reparaciones a sus víctimas y a sus descendientes. No es otra cosa que un peaje, facilitado por el hecho de que las víctimas son tan identificables como el gobierno pagador. Sin embargo, cuando los militantes negros norteamericanos reclaman reparaciones por los sufrimientos padecidos en la época de la esclavitud, las dificultades prácticas son tales que imposibilitan esa reparación. Por ejemplo, ¿cómo definir a un descendiente de esclavo susceptible de indemnización? ¿Hay que excluir a los descendientes de negros libres o a los que tengan una porción de sangre blanca? Y aún más: ¿Deben pagar los Estados Unidos, que condujeron una guerra que, entre otros resultados, desembocó en la abolición de la esclavitud? No tiene sentido obligar a pagar reparaciones a los descendientes de los soldados nordistas muertos por la liberación de los negros. Pero dejemos estos discursos populistas a los políticos. La única reparación que pueden hacer los historiadores es restablecer la verdad de los hechos.

Dolores Ibarruri, *La Pasionaria*, y Santiago Carrillo durante el congreso del Partido Comunista de España, abril 1978.

> “Es mejor matar a cien inocentes antes de que se escape un solo fascista vivo.”
>
> DOLORES IBARRURI, *La Pasionaria*

Cartel alusivo al advenimiento de la República, obra del diseñador Opisso, 1931.

que hoy es reivindicado tanto por los vascos como por los navarros. A este respecto, un historiador como **José Ángel García de Cortázar**, uno de los medievalistas más prestigiosos de España, catedrático de la Universidad de Cantabria, ha escrito unas palabras que resumen bien el papel de la Historia. Dice así: «En buena parte, son las preocupaciones actuales las que orientan nuestras indagaciones en el pasado. En unos casos, por el puro placer intelectual de conocer otros tiempos, otros mundos. En otros, para hallar en aquél algunas de las claves explicativas de nuestro presente. En otros, por fin, para seleccionar los materiales con que elaborar la reconstrucción histórica del futuro que deseamos (citado en http://www.celtiberia.net/articulo.asp?id=1081).

El pasado…

Hablando en términos profesionales, ¿cuánto tiempo ha de pasar para que el pasado sea «pasado»?

—Es posible aportar algunos criterios técnicos. El pasado pertenece a la Historia a partir del momento en que los archivos son accesibles; es el caso, por ejemplo, de las guerras de Argelia o de Vietnam. Otro criterio es que el pasado es pasado cuando los últimos testigos han muerto; pero, en ese caso, la Primera Guerra Mundial aún sería un fenómeno de actualidad, porque el ex combatiente británico más veterano acaba de festejar su 109 aniversario. ¿Sabía usted que **Alberta Martín**, la última viuda de un soldado de la Guerra de Secesión americana, ha muerto el 7 de mayo de 2004? Otro criterio es que el pasado es pasado cuando ya no tiene impacto directo sobre nuestro presente. El papel de los *valets de chambre* de **Luis XIV**, por ejemplo, sería parte de ese pasado que ha pasado. Pero no creo que se pueda decir lo mismo de la biografía del rey **Sancho de Navarra**, que vivió en época aún más remota, pero

Memoria…

En la terminología del discurso gubernamental, el concepto de «Historia» es frecuentemente sustituido por el de «Memoria». ¿Qué opinión le merece esta tendencia?

—La Memoria concierne a los acontecimientos históricos cuyo impacto perdura para las poblaciones actuales. Así, el martirio de los armenios o el de los judíos entran en el marco de la «Memoria» porque juegan un papel determinante en su identidad y son un componente esencial en sus relaciones con los otros pueblos. En otros términos, la «Memoria» designa a la historia que hay que repetir sin cesar para que impregne la conciencia colectiva. En cierto modo, se podría decir lo mismo sobre la «Memoria» nacionalista en el País Vasco o en Cataluña. No olvidemos que Historia y Memoria no son lo mismo. La Memoria es un recuerdo del pasado que alimenta un sentimiento colectivo. La Historia busca comprender el pasado a partir de hechos verificados. Son dos posiciones no solamente distintas, sino también, frecuentemente, antagónicas.

Pensarlo mejor…

Siempre en un plano general, ¿hasta dónde y hasta cuándo puede un país darle vueltas, con ánimo polémico, a su Historia? ¿No es una forma de convertir en terreno de discordia lo que debería ser propiedad común?

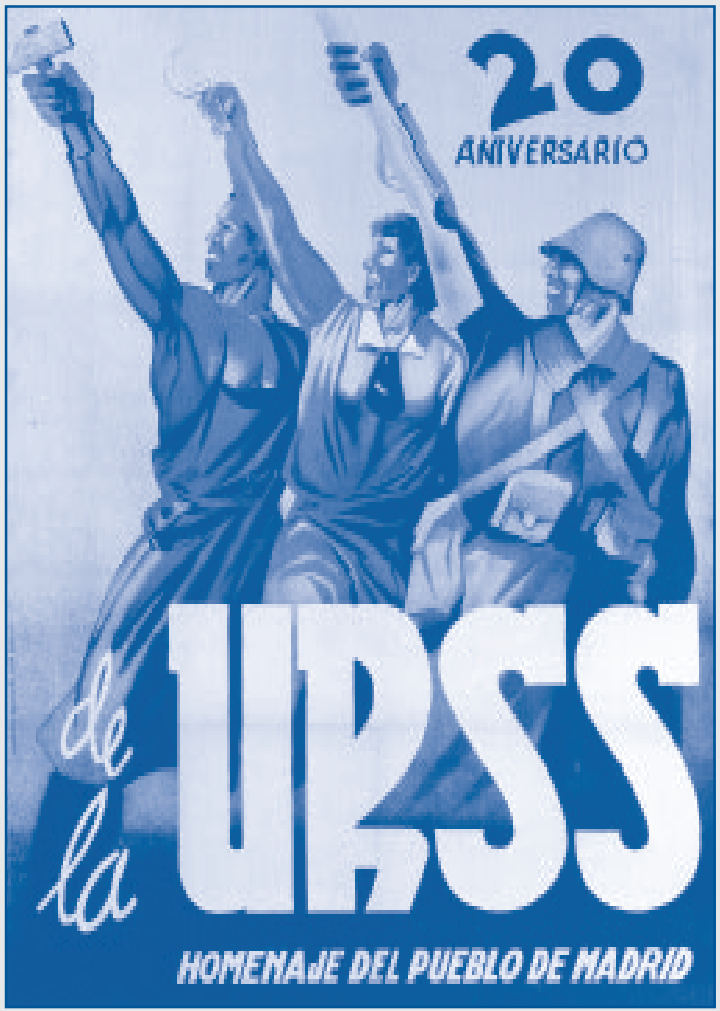
—¿La Historia puede ser herencia común de un país? Quizá sea posible en países muy homogéneos culturalmente que han sabido evitar grandes fracturas sociales, como el Japón. En la mayoría de los demás países no es el caso. Es completamente natural que cada parte de la sociedad se sirva de la Historia como de un útil de combate político. En ese sentido, España ofrece un buen ejemplo de Historia cocinada con todas las salsas. La agresión al historiador **Pío Moa** el 24 de mayo de 2005, durante una conferencia en la universidad Carlos III de Madrid, es muy reveladora sobre la importancia que se concede a la historia en el contexto político español.

Aunque muchos de nuestros lectores no se den cuenta, la historia es verdaderamente uno de los componentes importantes de nuestra vida política. Tomemos dos ejemplos muy diferentes. Japón ha devuelto hace unos días a su calendario oficial la fecha de nacimiento de **Hirohito**, emperador entre 1926 y 1989; la efeméride había sido retirada tras la victoria de los aliados en 1945. Este retorno de la antigua fecha de aniversario ha sido ratificado por el Senado tras haber sido aprobada en mayo por una amplia mayoría de la Cámara de representantes. Es un hecho revelador de una voluntad del Japón de reapropiarse de una identidad aplastada por el vencedor en 1945. Hace algunas semanas, la Corte de casación francesa anulaba la condena dictada contra el revisionista **Vincent Reynouard**, que había señalado a la Resistencia como responsable de ocultar explosivos en una iglesia donde, a causa (según él) del estallido de ese material, perecieron 245 mujeres y 207 niños. La Corte juzgó que el autor había limitado su trabajo a la discusión de un crimen de guerra, lo que no es un delito: sólo la discusión de un crimen contra la humanidad y la apología del crimen de guerra están perseguidas por la ley. Por esa razón la Corte ha sobreseído la causa, sin remitir el sumario a ninguna otra instancia de apelación: la infracción imputada no existía. Si la Historia fuera solamente una disciplina académica, jamás se habría votado leyes que restringen su ejercicio y nunca se habría condenado tal o cual cosa en nombre de una verdad histórica de Estado.

«El pasado pertenece a la Historia a partir del momento en que los archivos son accesibles y se habla o se escribe con libertad de lo sucedido.»

En el caso concreto de España, hay cosas que hacen reflexionar. Con la invasión de Irak, el presidente **Bush** creyó poder triunfar en pocas semanas en una guerra que le permitiría relanzar con poco esfuerzo su imagen. Los acontecimientos demostraron su error. Del mismo modo, la reapertura de los dossieres de la Guerra Civil española y del franquismo puede parecer una victoria al alcance de la mano para el Gobierno socialista. Pero sería sensato que reflexionara dos veces antes de abrir algo que, en realidad, no es sino una Caja de Pandora.

Cartel de la Guerra Civil española, Anónimo, 1937.



El pasado que no pasa

«Es un ejercicio áspero»

José Javier Esparza

Periodista, ensayista y novelista. Fue director de la revista Hespérides. *Ha publicado recientemente la novela* El final de los tiempos. *Entre sus ensayos cabe destacar* Ejercicios de vértigo, Curso general de disidencia e Informe sobre la televisión: el invento del Maligno.

Cuanto más se habla de Memoria, menos se habla de Historia. La Memoria es más agradable: reconforta. La Historia es más áspera: inquieta e incomoda. Pero la Historia es verdad o aspira a serlo, mientras que la Memoria ya no se preocupa por esa cuestión. El debate entre Memoria e Historia, que no es exclusivo de España, está poniendo sobre el tapete una cuestión cultural de primera importancia: la capacidad del mundo (pos)moderno para digerir su propio pasado.

El Gobierno español ha acometido la promulgación de una «Ley de la Memoria». Será la culminación política de un despropósito intelectual único en el mundo. Porque el objetivo de esa ley no es devolver derechos, reparar famas o rehabilitar haciendas de los vencidos de la Guerra Civil —tareas éstas ampliamente satisfechas en el cuarto de siglo precedente, a veces con justicia y a veces no—, sino que la nueva norma, mucho más allá, pretende formular un juicio moral que *rectifique* la Historia: condenar formalmente a la media España que luchó del lado de **Franco** y glorificar a la otra media que lo hizo del lado de la República. Es decir, que aquí no se trata de cerrar la guerra civil, sino de darle la vuelta. Con la misma solvencia que si un Parlamento decidiera que la Tierra es plana y no redonda, así nuestras Cortes se proponen, setenta años después, proclamar como vencedores «morales» a los vencidos políticos y militares. Insólito.

Cadáveres de paseo

En la estela de tan extravagante iniciativa, España ha vivido en los últimos tiempos un espeso debate, rara vez honesto, acerca de la interpretación de la Guerra Civil. No ha sido un debate intelectual, historiográfico, ni siquiera periodístico, sino más bien una especie de «guerra civil fría». Hemos asistido a espectáculos que sobrepasan lo sórdido: historiadores reprobados públicamente desde las alturas del partido gobernante y después agredidos por hordas parauniversitarias, archivos nacionales despedazados por reclamaciones políticas, grandes monumentos amenazados de derribo por su supuesta significación ideológica, homenajes multitudinarios del mandarinato social a viejos combatientes culpables de crímenes en masa, división formal de la sociedad española en «buenos y malos» por un alto cargo gubernamental, desmantelamiento de estatuas, resurrección de fantasmas y, en definitiva, un retroceso generalizado hacia situaciones que creíamos superadas. Cuando ocurren estas cosas siempre existe la tentación de repartir culpas a diestra y siniestra, para tratar de mantener una apariencia de equilibrio. Pero no sería justo: la danza macabra sobre los cadáveres de la guerra civil ha sido cosa exclusiva de la izquierda, que ha recuperado el tremebundo argumento con la finalidad utilitaria de intentar deslegitimar a su oponente político, el centro-derecha, por la poco sutil vía de vincularlo al franquismo. Esa izquierda empezó diciendo que **Aznar** era heredero de los que fusilaron a **García Lorca** y aún no sabemos cómo terminará, pero, de momento, ya nos ha dividido a todos en «buenos» y

«malos» en el mismo acto donde rendía homenaje a **Santiago Carrillo**. Inquietante.

Con todo, el esperpento de este pasado zombi que resucita en negativo fotográfico no deja de presentar relieves notables para una reflexión en profundidad, incluso más allá de la querella guerracivilista que subyace a la polémica. En efecto, es muy interesante advertir que, en el plano conceptual, en realidad no estamos ante una discusión historiográfica, ni tampoco propiamente política, sino ante dos maneras distintas de mirar hacia el pasado. Hasta hoy, la mirada hacia el pasado se ha formulado siempre como *Historia,* con la mayúscula que corresponde a una disciplina científica: la Historia recoge el pasado, lo analiza, lo objetiva y trata de interpretarlo en términos susceptibles de configurar una verdad o, al menos, un «espacio de verdad». Sin embargo, el término que se está empleando en el tenebroso *revival* español no es Historia, sino *Memoria:* hay una Ley de la Memoria como ha habido asociaciones «para la recuperación de la memoria» o «foros de la memoria». Ahora bien, ¿qué se está entendiendo por tal cosa?

En la práctica, las autoridades españolas están entendiendo por Memoria la reconstrucción de vivencias personales en un relato escrito a priori, en un contexto histórico cuyos perfiles se han definido de antemano sin previo examen crítico. Ese contexto es el de la Guerra Civil y la era de **Franco**. Los perfiles que se le adjudican son, muy sumariamente, los de una guerra entre la libertad y el fascismo. Y en el interior de ese marco se procede a la propuesta de iniciativas a cual más estrepitosa: apertura masiva de fosas comunes, revisión general de procesos judiciales militares, rehabilitación colectiva del nombre y la fama de combatientes y guerrilleros («maquis»), etc. Estas armas las suele cargar el demonio de la Historia, que es un diablo cojuelo y burlón: nadie está en condiciones de dictaminar con total certeza la filiación política de todos los enterrados en las fosas; nadie está libre de que la revisión de un juicio destape inesperados crímenes del reo; nadie, en fin, podrá asegurar que tal o cual partida de maquis no fuera en realidad una simple banda de salteadores. Sólo la mirada del historiador, crítica por oficio y distante por método, podría delimitar con exactitud la naturaleza de estas cosas: sería la *versión-historia.* Pero, precisamente, esa es la mirada que la *versión-memoria* considera prescindible.

Para el marco conceptual de la Memoria, lo importante no son los hechos, sino su recuerdo ahormado en el molde del presente. Consecuencia de ello, el criterio de *verdad* pasa a ocupar un lugar secundario. Esto representa un cambio fundamental en el campo del conocimiento, porque trae consigo un aumento del relativismo. Y significa una conmoción de consecuencias imprevisibles en el papel que el estudio de la Historia ha venido jugando en nuestras sociedades: por así decirlo, ahora el pasado es algo que se reactualiza permanentemente en los hábitos sociales.

Un problema sin fronteras

Lo que hace todavía más interesante este debate es que la misma dicotomía Historia/Memoria se ha planteado o se está planteando en otros muchos lugares del mundo, y siempre

en torno a asuntos de fuerte impacto político y de huella aún reciente. Por ejemplo, los debates acerca de la Resistencia y la Colaboración siguen siendo fuente permanente de conflicto en Francia: cada vez que aparecen revelaciones nuevas acerca de la extensión del colaboracionismo con los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, o sobre las flaquezas de la resistencia, se esgrime el argumento de que se atenta contra «la memoria». En Argentina, la bandera de la Memoria la levantan igualmente los herederos del peronismo histórico y las víctimas de la dictadura militar. Y el escenario de la Memoria por antonomasia es el Holocausto, el asesinato masivo de judíos durante la Segunda Guerra Mundial, cuyo recuerdo no en vano se presenta siempre como «deber de memoria». Existen también ejercicios de memoria que apuntan a un pasado mucho más lejano, como los movimientos que tratan de «recuperar» la identidad africana de los negros de América: el último libro de la poetisa uruguaya **Cristina Rodríguez Cabral** se titula *Memoria y resistencia,* y se presenta como un canto a la identidad «afrolatina». En los Estados Unidos es continuo el recurso a la «memoria» por la comunidad afroamericana. En estos últimos ejemplos, la memoria no sólo intenta hacer vivo el pasado, sino que incluso reconstruye éste por entero y edifica *ab integro* una identidad nueva que suple la ausencia de documentación histórica. ¿Quién sabe cómo vivían su identidad los primeros esclavos negros arrancados de su tierra y trasplantados a América? Nadie. Pero eso, para un pasado entendido como Memoria, no es un obstáculo.

«El efecto del recurso a la Memoria es siempre el mismo: se trata de hacer que el pasado no pase, que esté siempre presente, que sea una referencia de permanente actualidad. El objetivo de la Memoria es *no pasar.*»

En todos estos casos, el efecto del recurso a la Memoria es siempre el mismo: se trata de hacer que el pasado no pase, que esté siempre presente, que sea una referencia de permanente actualidad. Mucho más allá de la tarea pedagógica de la Historia (ilustrar a las gentes sobre las glorias y los vicios de sus antepasados), el objetivo de la Memoria es *no pasar.* Por supuesto, nadie podrá discutir que hay sucesos que merecen ser siempre recordados, pero esa tarea ya la cubría la Historia; la pretensión de la Memoria no es tanto que esos sucesos se recuerden siempre como que estén siempre *vivos.* Lo cual, por otro lado, plantea problemas no menores al trabajo de investigación histórica: si el objetivo es que un suceso sea siempre recordado tal y como se ha contado, ¿qué ocurrirá con los nuevos estudios que aporten modificaciones a esa narración original? ¿Han de ser reprobados? ¿Sólo se admitirán las modificaciones que no varíen el sentido establecido, para no «desvirtuar la memoria»?

En torno a estos problemas hubo un amplio e intenso debate, a principios de los años noventa, entre el filósofo **Jürgen Habermas** y el historiador **Ernst Nolte**. Lo que estaba en juego, en el contexto de la reunificación alemana, era saber si sería posible escribir la historia del III Reich como un episodio pasado, que pudiera relatarse cobrando la necesaria distancia o si, por el contrario, la huella de **Hitler** debía seguir determinando la vida colectiva de los alemanes. Nolte clamaba por la posibilidad de historizar, lo cual significaba poner distancia entre aquellos hechos y la Alemania de hoy. Habermas, por el contrario, insistía en la necesidad de que el recuerdo del nazismo estuviera siempre presente. Nolte deploró ese «pasado que no pasa». A la vista de las polémicas actuales, puede decirse que Nolte defendía la Historia y Habermas la Memoria. Ni que decir tiene que la abrumadora mayoría de los medios de comunicación apostaron por Habermas frente a Nolte, el cual fue incluso acusado de querer «revisar» el Holocausto, cosa que no había dicho jamás.

La Memoria no es la Historia

Para abarcar en toda su complejidad este debate es preciso entender de qué hablamos exactamente cuándo decimos Historia y cuando decimos Memoria. Porque se trata, y hay que insistir en ello, de formas distintas —y, al cabo, contradictorias— de entender el pasado. Para empezar, podemos decir que la Memoria es el recuerdo que la gente conserva a partir de las vivencias propias o ajenas, y la Historia, el relato que los historiadores construyen sobre la base de datos y testimonios sometidos a examen. A partir de ahí, podemos comenzar a hacernos preguntas si llega el caso de elucidar cuál ha sido la verdad: es en ese momento cuando el debate presenta implicaciones culturales de primera magnitud.

La Memoria es una fuente de conocimiento muy estimable, pero presenta un problema: la Memoria es creativa, variable, reversible y, por tanto, no es objetiva. La Memoria es creativa porque se enriquece a cada paso (en cada transmisión) con testimonios procedentes de la experiencia o de la fantasía: cada generación añade nuevos matices y nuevos colores, de manera que velozmente se distorsiona el relato original, y no digamos ya el hecho que dio origen al relato. El resultado puede ser muy hermoso, como defenderán los folcloristas, pero no puede someterse a un criterio científico de *verdad.* Asimismo, la Memoria es variable porque sus contenidos varían según el tipo de aportaciones recibidas: por ejemplo, un hecho narrado como épico puede terminar revistiendo acentos religiosos, y no hay más que ver la abundante colección de ejemplares caballeros cristianos que, en el universo céltico, se corresponden con idénticas historias de viejos guerreros paganos. La Memoria también es reversible porque apunta en un sentido o en otros en función de las fuentes: la batalla de Verden, por ejemplo, donde **Carlomagno** aniquiló a los sajones, fue narrada en el mundo carolingio como una gran victoria contra unos salvajes de bárbaros ritos, pero fue mantenida en el folclore germánico como el criminal exterminio de las viejas creencias a manos de los cristianos del oeste, «romanos». Y, al cabo, la Memoria es nulamente objetiva porque no puede cifrarse en hechos bien definidos —en hechos *definitivos—,* sino que depende siempre, indefectiblemente, de la fuente (subjetiva) que la enuncia.

Inversamente, la Historia aspira a todo lo contrario. Aspira a ser no creativa, sino más bien acumulativa, de manera que las nuevas aportaciones, los nuevos descubrimientos, las investigaciones añadidas se mantengan dentro de la coherencia interna del objeto de estudio y se plieguen a él. Quizá sea más aburrido, pero puede imaginarse hasta dónde llegaría el caos historiográfico si cada historiador se propusiera contar un mismo episodio como si se tratara de un episodio distinto cada vez. Asimismo, la Historia aspira a ser no variable, sino estable, de modo que los hechos consolidados puedan ir engarzándose, como las piezas sucesivas de un mosaico, hasta completar una imagen plena de una época o un suceso. Ello no excluye la aparición de nuevas revelaciones que produzcan un giro copernicano en un terreno concreto (por ejemplo, lo que supuso el desciframiento de la escritura lineal B para el helenismo), pero aquí lo importante es que el terreno quede bien circunscrito. Del mismo modo, la Historia aspira a ser no reversible, sino tendencialmente irreversible, en la medida en que, aquí, de lo que se trata es de obtener una explicación de los hechos lo más aproximada posible a la verdad, y no relativizada en función de las fuentes. Por ejemplo, es obvio que el general Waffen SS **Degrelle** no contará el cerco de Tcherkassy de la misma manera que el mando militar soviético, pero, precisamente, lo que el historiador intentará será fijar la fiabilidad de las fuentes contrapuestas (de las memorias di-

«La Memoria es, probablemente, más hermosa que la Historia, porque goza del ingrediente de la imaginación, pero es inútil si lo que uno pretende es saber qué ha pasado realmente en un tiempo y en un lugar.»

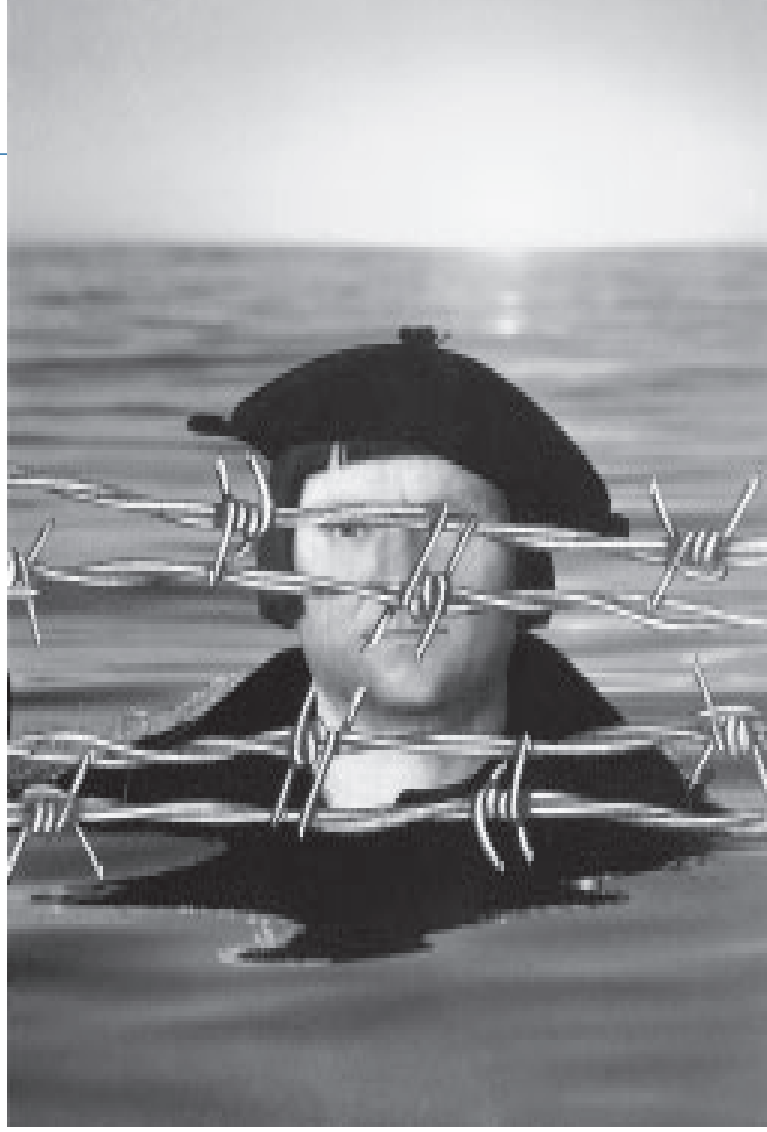
El pasado que no pasa.

vergentes) en función de los hechos contrastados. Por último, y como característica esencial, la Historia aspira a ser objetiva, en la medida en que su propósito es fijar un cuadro real, verídico, cuyos rasgos han sido comprobados y verificados con un mínimo margen de error. Ya sabemos todos que hay historiadores que subrayan unos hechos y silencian otros, pero ésta es una cuestión de probidad profesional que no afecta a la credibilidad de la disciplina, sino a la de quien la ejecuta. También sabemos que las divergencias en la interpretación de los datos pueden ser abismales, pero eso, en principio, no debería conculcar la calidad —objetiva— de la exposición de los hechos.

La Memoria es, probablemente, más hermosa que la Historia, porque goza del ingrediente de la imaginación, pero es inútil si lo que uno pretende es saber qué ha pasado realmente en un tiempo y en un lugar. En etnología se sabe bien que es imposible historizar a los pueblos que construyen su pasado con Memoria: nadie puede trazar la Historia de los pueblos indígenas en la Amazonía o en las selvas centroafricanas por la sencilla razón de que, allí, nadie ha guardado una secuencia periódica de hechos que pueda transmitirse de generación en generación, y mucho menos posible sería contrastar la veracidad de los hechos narrados. Estos pueblos viven en una atmósfera legendaria, mítica, cuyos sucesos y protagonistas pertenecen a un mundo que no es propiamente humano, sino que se nutre de la intervención de espíritus, animales, fenómenos naturales, etc. Al mismo tiempo, la participación de seres humanos en esos relatos adquiere siempre rasgos fabulosos y, por otro lado, de imposible objetivación, pues la personalidad de los supuestos protagonistas, decantada a través de la narración legendaria, varía extraordinariamente según quién cuente el relato.

«La Memoria no es la Historia; puede ser una herramienta a su servicio, pero sólo previo sometimiento a riguroso examen crítico. Por eso hablar de "memoria histórica" resulta una patente contradicción.»

Es posible que aquí, en este cultivo fantástico de la Memoria, haya un cierto secreto de la felicidad, algo así como una forma de eludir lo que **Cioran** llamaba la «caída en el tiempo» con el adanismo del primer hombre, pero no es éste el asunto que aquí nos interesa. Lo relevante, ahora, es que la construcción del pasado a través de la Memoria es incompatible con un criterio elemental de verdad fáctica. Y por cierto que tampoco hace falta marcharse a la Amazonía o al Zaire para descubrirlo: basta con acercarse al escenario de un accidente y preguntar a tres testigos diferentes para obtener tres relatos (tres memorias) distintas y, probablemente, contrapuestas (¡los periodistas lo sabemos bien!); sólo después el hecho se objetivará a través del periódico del día y de los sumarios judiciales. Es muy importante subrayar que, con estas consideraciones, no pretendemos minusvalorar la importancia de la Memoria, sino, simplemente, ponerla en su adecuado lugar: la Memoria no es la Historia; puede ser una herramienta a su servicio, pero sólo previo sometimiento a riguroso examen crítico. Por eso hablar de «memoria histórica» resulta, en este contexto, una patente contradicción.



¿Puede la «Memoria» rodear de alambre de espino a la «Historia»?

La Historia no es la Memoria

La Historia, desde un punto de vista filosófico, representa exactamente lo contrario de la Memoria: es la tentativa de adueñarse del

tiempo, de objetivarlo en secuencias de hechos, de otorgarle un sentido (no necesariamente una dirección) de manera que pueda proveernos, cuando menos, de herramientas pedagógicas para desenvolvernos en nuestra propia circunstancia temporal. Por supuesto que en el nacimiento de la Historia influyen también otros elementos: la vanidad del gran hombre que desea dejar esculpido su paso por el mundo, el deseo de cobrar prestigio a través de un pasado glorioso, etc. En todo caso, el afán de *objetivación* es una constante en el trabajo histórico desde los griegos y aun antes. Por eso la Historia requiere instrumentos que están muy lejos de la fantasía, de la creatividad, de la subjetividad narrativa que caracterizan a la Memoria.

Ese afán de objetivación no ha descartado nunca el recurso a falsificaciones, al contrario. Las innumerables *leyendas negras* corresponden a esa categoría: se trata de versiones adulteradas de la verdad histórica que pretenden suplantar a ésta. Un caso extremo de leyenda negra es aquel que oscurece tanto su objeto que termina haciéndolo opaco, invisible: es el caso de la *damnatio memoriæ,* la memoria maldita, institución que encontramos tanto en el antiguo Egipto como en la vieja Roma —y también en algunos casos mucho más recientes— y que consistía en la proscripción de cualquier recuerdo, en la aniquilación de toda huella dejada por una persona. Pero incluso en la falsificación y hasta en la aniquilación hay un reconocimiento previo de una objetividad determinada: la leyenda negra o la *damnatio memoriæ* no aspiran a proponer una fuente alternativa a la narración ordenada de hechos, sino que pretenden hacerse pasar por tales anulando el objeto o deformándolo de manera que sea verosímil; una y otra permanecen dentro de la lógica de la Historia, esa lógica según la cual el pasado está compuesto por hechos que deben ser comprobables y verosímiles. El destino de las leyendas negras, incluso de las más exitosas, suele ser siempre el descrédito final: algún día llega alguien y pone en claro los hechos, ya se trate de los templarios, de la España habsbúrguica o de Napoleón. Todo lo más, la leyenda negra llega a pervivir en la esfera de la memoria, en la novela histórica o en la historia-ficción, es decir, en una esfera que ya no es la de la Historia. Con todo esto no queremos decir que la Historia sea necesariamente veraz, sino algo un poco más modesto, a saber, que la veracidad, al menos en teoría, forma parte de sus virtudes ideales.

En ese sentido, resulta sumamente sugestiva esa deriva observada en el último medio siglo, sobre todo en el espacio de Occidente, desde la esfera de la Historia hacia la esfera de la Memoria. Este proceso nos está queriendo decir algo. Es como si de repente nuestra civilización, agobiada por el peso de la Historia, por la crudeza de una biografía colectiva rara vez jubilosa, hubiera tratado de refugiarse en los brazos siempre maternales de una Memoria que, al fin y al cabo, puede escribirse siempre en favor del narrador. Los ejemplos son muy abundantes: ahí están, por citar sólo estos, la memoria perdida de los incas (perdida, en efecto, porque nadie la prosiguió), de los celtas *(idem)*, la memoria ancestral del pueblo vasco, y también, en otro plano más realista, la memoria de los republicanos españoles, de los judíos perseguidos por los nazis, de los *pied noirs* franceses en la Argelia de la descolonización… ¿Por qué en estos casos se habla tantas veces de Memoria y tan pocas veces de Historia? Todos estos argumentos, los argumentos «memoriables», tienen la virtud de poder desplegar una poderosa atracción afectiva. Con frecuencia son objeto de narraciones novelescas y cinematográficas cuya relación con cualquier atisbo de veracidad histórica es ya no coincidencia, sino milagro. Y por consiguiente, se adaptan muy bien a las reglas de la comunicación en la sociedad de masas, que precisa de elementos de impacto e, inversamente, huye despavorida de la enojosa rutina científica de la Historia académica. Ahora bien, estos argumentos son recibidos por los lectores o por los espectadores como hechos veraces; no porque se pregunten críticamente acerca de su veracidad, sino porque actúan sobre su ánimo como si realmente hubieran sucedido. Es el ejemplo de *El código Da Vinci* o de *El reino de los cielos*: ningún historiador que desee seguir mirándose al espejo por las mañanas podría avalar estos relatos, pero, para muchos millones de individuos, ambos relatos constituyen fuentes innegables de verdad.

«Es como si nuestra civilización, agobiada por el peso de la Historia, por una biografía colectiva rara vez jubilosa, hubiera tratado de refugiarse en los brazos siempre maternales de una Memoria que, al fin y al cabo, puede escribirse siempre en favor del narrador.»

Por supuesto, las consecuencias de este tipo de suplantaciones son limitadas: durarán lo que dure el impacto comercial del producto, y quizá mañana sean contrarrestadas por invenciones de memoria que circulen en sentido contrario. Pero ¿qué ocurre cuando la Memoria transmitida a través de los medios de comunicación de masas no se circunscribe a argumentos lejanos, remotos, secundarios, sino que afecta a materias que despiertan una viva sensibilidad política y social? ¿Qué ocurre, por ejemplo, cuando la Memoria sustituye a la Historia en asuntos tan palpitantes y lacerantes como una guerra reciente o un exterminio cuyos testigos aún viven? En estos casos ocurre que la dicotomía memoria/historia deja de ser un juego académico-conceptual para convertirse en un asunto de la mayor trascendencia pública; ocurre que los difusores de Memoria (por ejemplo, los medios de comunicación) contraen una responsabilidad que exigiría de ellos un celo absoluto; ocurre que los profesionales de la Historia adquieren tal peso que deberían extremar las cautelas metodológicas para no alimentar pasiones subterráneas, y ocurre que los responsables políticos, tan aficionados a proveerse de legitimaciones históricas, harían bien en mantenerse a prudente distancia si en algo estiman la paz civil.

«Al reactualizar el pasado, al hacer que la Historia ceda ante la Memoria, la guerra vuelve a hacerse presente, si no en la calle, sí en las conciencias.»

La compleja situación que estamos viviendo hoy en España responde a esta lógica: una compleja dinámica de suplantación de la Historia por la Memoria en torno a un suceso tan explosivo como una guerra civil. El proceso se agrava por el hecho de que quien impulsa el conflicto es un poder político, con el objetivo de legitimarse y deslegitimar al rival. De manera que, al reactualizar el pasado, al hacer que la Historia ceda ante la Memoria, la guerra vuelve a hacerse presente, si no en la calle, sí en las conciencias.

Cuando la Historia y la Memoria se hacen la guerra

Volviendo al plano meramente conceptual, esta desplazamiento desde la Historia hacia la Memoria presenta un gaje no menor: como la Memoria no descansa sobre datos o hechos concretos y sujetos a verificación o crítica, sino sobre un determinado relato construido en todas sus piezas, cualquier confrontación de la Memoria con la Historia, esto es, cualquier confrontación del relato con la realidad, adopta un aire de tragedia. Cuando la Memoria y la Historia coinciden en torno a un mismo objeto, el choque se hace inevitable. Los ejemplos son numerosos.

Encontramos una manifestación extraordinariamente gráfica de la divergencia entre Memoria e Historia en la polémica acerca del Valle de los Caídos (polémica, por cierto, un tanto coja, porque las voces que disienten de la versión-memoria son sistemáticamente silenciadas). ¿En qué consiste la divergencia? La versión-memoria dice que el Valle de los Caídos fue construido por el general **Franco** como mausoleo para sí mismo, con el trabajo forzado de 20.000 presos políticos republicanos, de los cuales 14.000 murieron entre grandes sufrimientos. La versión-historia, por el contrario, sostiene que Franco no construyó el Valle para sí, sino que su inhumación fue decidida por el Gobierno vigente en 1975 (por eso está enterrado en un lugar tan inusual como la parte posterior del altar); que no trabajaron 20.000 presos, sino que en los diez años de construcción del monumento hubo 2.000 obreros (es la cifra proporcionada por los arquitectos), de los cuales sólo una parte fueron presos, y no forzados, sino voluntarios reclutados por las empresas constructoras, con salario y redención de pena por trabajo; tampoco, evidentemente, pudo haber 14.000 muertos, sino que los fallecidos en accidente laboral fueron 14 según el jefe de enfermería de la obra y 18 según versiones de otros enfermeros. Se constatará que es difícil encontrar un ejemplo mayor de divergencia entre una versión y otra. En una circunstancia así, lo racional sería aplicarse al estudio de las fuentes originales para elucidar unas cuantas cuestiones fundamentales: ¿Consta en algún lugar que Franco decidiera ser inhumado en el Valle? ¿Quién posee una relación de los obreros que trabajaron en el Valle? ¿Y quién la lista de los presos excarcelados para trabajar allí? ¿Dónde figura el número de muertos en accidente laboral? Curiosamente, son las preguntas que nadie se está haciendo: la mayoría de las voces, desde los medios de comunicación hasta historiadores supuestamente profesionales, se están limitando a repetir la versión más discutible, la menos acorde con los hechos cons-

tatados, que en este caso es la versión-memoria, pero que, eso sí, guarda el paso de la doctrina gubernamental. En tal contexto, el historiador que pretenda aplicar un mínimo espíritu científico se expondrá al riesgo de excomunión. Riesgo que no pocas veces se traduce en agresiones físicas, como hemos visto recientemente.

Como la Memoria es un relato que elude el control del examen crítico, los casos de falsificación son mucho más posibles en las versiones-memoria que en las versiones-historia. El historiador que miente, que falsifica o, simplemente, que se equivoca, tarde o temprano termina cayendo en algún cepo. Por el contrario, un cultivador de Memoria poco escrupuloso podría seguir manteniendo indefinidamente una ficción sin que nadie se hiciera la menor pregunta; sólo el trabajo de los historiadores —esto es, del enemigo metodológico— podría arrebatarle la careta. Eso es lo que ha ocurrido en el patético caso del presidente de la Amical de Mauthausen, **Enric Marco**.

El caso de Enric Marco es un buen ejemplo de cómo la exaltación de la Memoria puede conducir a la degeneración de la Historia. Este hombre, Marco, ha sido durante casi treinta años uno de los testigos oficiales del Holocausto: el relato de sus sufrimientos en el campo de concentración de Mauthausen ha llegado a todas partes, desde los colegios a los que acudía para contar su vida con subvención oficial hasta el mismísimo Congreso de los Diputados. ¿Cómo dudar de la perversidad del régimen nazi después de un testimonio como el de Enric Marco? Hasta que se ha descubierto que Enric Marco, en realidad, jamás estuvo en Mauthausen ni en ningún otro campo de concentración: todo ha sido una fabulación, una mixtificación formidable de un vivales que durante treinta años ha explotado en beneficio propio la tragedia del Holocausto. «El sueño de la memoria produce comediantes», ha escrito **Horacio Vázquez Rial**. Este caballero, Marco, ha estado viviendo de la Memoria. En este caso, el rigor de la Historia ha sido más fuerte. No así en otros.

¿Qué consecuencias tiene el hallazgo de «estafas de la memoria» como ésta o como otras muchas desveladas en el último medio siglo en torno a la tragedia de los campos de concentración alemanes? ¿Acaso el régimen nazi va a ser menos condenable por esa picaresca? Evidentemente, no. Pero, objetivamente, la existencia de testimonios imaginarios resta credibilidad al conjunto de la explicación histórica vigente sobre el nazismo. Ocurre que la interpretación vigente del nacionalsocialismo no es propiamente histórica, sino que incorpora numerosos elementos de carácter afectivo, sentimental. Esos elementos se sustentan sobre el testimonio personal de las víctimas. Y además —y esto es lo decisivo—, la función del discurso sobre el nazismo no es interpretar un hecho histórico, sino hacer permanentemente actual ese hecho (el «pasado que no pasa», como decía Nolte), del mismo modo que el objetivo de la incesante evocación de la *Shoah* no es medir objetivamente su alcance, sino convertirla en el acontecimiento por antonomasia. En este contexto, ¿cuál es el efecto del caso Marco? Letal: he aquí que, durante treinta años, un caballero ha estado encabezando una asociación de víctimas de Mauthausen… sin haber estado en Mauthausen. Pregunta inevitable: ¿es que ninguno de los verdaderos supervivientes había reparado en que nunca antes se cruzó con ese señor? Y eso por no entrar en preguntas más molestas.

II Guerra Mundial. Entrada de los aliados en París, 25 de agosto de 1944.

Ejemplo supremo: el Holocausto

En efecto, el «caso Marco» no pasaría de ser la triste fábula de un mitómano si no fuera porque ha surgido en el contexto del Holocausto, que, por otro lado, es el ejemplo más espinoso de las polémicas relaciones entre Memoria e Historia. ¿Por qué es espinoso? Por una sola razón: el veto de hecho —en ciertos lugares, *de iure*— para replantear no sólo las conclusiones del tribunal de Nuremberg, sino también otros elementos como la extensión de las cámaras de gas y los hornos crematorios o la cifra de seis millones de muertos. El asunto es extraordinariamente complejo. Por un lado, tenemos una versión-historia oficializada que arranca del juicio de Nuremberg. Por otro, tenemos una versión-memoria que arranca de los años de la guerra y que ha ido enriqueciéndose con testimonios y con relatos posteriores. Ambas versiones han confluido en la construcción de un corpus narrativo intrincado, a veces contradictorio, cuyos rasgos básicos nadie podría poner cabalmente en discusión si no fuera, precisamente, porque los hechos constatados se han cruzado con aportaciones subjetivas. También influye especialmente el hecho de que el relato del Holocausto (la *Shoah*) se haya convertido en argumento fundacional no sólo del Estado de Israel, sino también de buena parte del orden mundial nacido en 1945. Semejante presión sobre el acontecimiento-memoria hace que el menor roce con la versión-historia se perciba como una amenaza de incalculables consecuencias.

«Como la Memoria es un relato que elude el control del examen crítico, los casos de falsificación son mucho más posibles en las versiones-memoria que en las versiones-historia.»

En este punto es forzoso decir algo sobre el revisionismo histórico en torno a la Segunda Guerra Mundial, por más que este tipo de exploraciones suelan conducir con frecuencia a arenas movedizas. Básicamente, el *revisionismo* consiste en someter a examen crítico determinadas certidumbres relativas a los sucesos ocurridos entre 1939 y 1945 y, en particular, concernientes a la deportación y exterminio de judíos y otras minorías en los campos de concentración alemanes. Este revisionismo se apoya en diferentes pruebas de hecho o, mejor dicho, en la ausencia de determinadas pruebas: no hay un documento firmado por **Hitler** donde se ordene ejecutar el Holocausto, no existe constancia suficiente de la extensión de cámaras de gas y hornos crematorios, no hay certidumbre total sobre la cifra de internados y asesinados en los campos, etc. En este contexto hay revisionismos de diversos grados, según el punto del relato que toquen. Por supuesto, tampoco faltan versiones-historia del Holocausto que someten los datos a examen crítico y concuerdan con lo esencial de la versión-memoria. Una versión «fuerte» del revisionismo es el «negacionismo», que directamente niega la existencia del Holocausto. Por razones que en realidad no tienen nada que ver con la veracidad de los hechos (porque la realidad de las deportaciones, internamientos y muertes en masa es un hecho innegable), las teorías de revisionistas y negacionistas han sido metidas en el mismo saco, aun cuando se trata de posiciones distintas. Y, después, ese saco se ha arrojado al fuego so acusación de alimentar el antisemitismo y el nazismo, lo cual tampoco tendría por qué ser forzosamente así.

El hecho es que, hoy, los datos relativos al Holocausto judío no pueden ser sometidos a examen crítico, mientras que, desde diversas instancias, el relato se hace presente todos los días. Así la *Shoah* se ha convertido en Memoria en estado puro. Y el resultado es contraproducente: la hiperprotección de una Memoria tabú no sólo alimenta casos como el de Marco —que son numerosos, como recientemente recordaba **Jon Juaristi**—, sino también una turbia explotación industrial y comercial del exterminio como la que hace pocos años denunciaba **Norman Finkelstein**. Paradójicamente, la transformación del acontecimiento en Memoria, la huida de la Historia, no proporciona una mayor solidez, sino una mayor vulnerabilidad.

Como la Memoria tiene alergia al examen histórico, la mera hipótesis de que la una pueda someterse al otro termina derivando en una cierta «histeria de la Memoria» que es, sin duda, la consecuencia más preocupante de toda esta problemática. Hace pocos meses, el profesor francés **Bruno Gollnisch**, de la Universidad Jean Moulin (Lyon-III), era excluido por cinco años de toda función docente e investigadora por haber sugerido que los historiadores especializados pudieran interrogarse con toda libertad sobre los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial. El «caso Gollnisch» ha sido especialmente interesante por lo que tiene de pro-

ceso sobre lo no dicho. En una entrevista le preguntaron acerca del Holocausto. Él, especialista en Extremo Oriente, contestó que podía opinar con conocimiento de causa sobre Midway, Pearl Harbor u otros hechos significativos de la guerra en el Pacífico, pero que no era competente sobre «el drama concentracionario, los crímenes de guerra y los crímenes contra la humanidad cometidos en el Oeste», y «deseaba que los historiadores especializados pudieran interrogarse en toda libertad». En otro momento, Gollnisch reprobaba la conducta de los jueces de Nuremberg al dar por buena la versión soviética sobre la matanza de Katyn, atribuida entonces a los alemanes y que, como es sabido, fue finalmente asumida por **Gorbachov** como un crimen de guerra cometido por el Ejército Rojo. El conjunto de esas declaraciones, convenientemente trastocadas, arrojaba un saldo letal: Gollnisch ponía en duda el Holocausto. Cosa que, en realidad, nunca hizo, pero que fue el motivo de que, finalmente, un tribunal le condenara a esos cinco años de exclusión de la docencia. Bruno Gollnisch, por otro lado, es un destacado nombre del Frente Nacional de **Le Pen**. Al llegar aquí, el lector habrá pensado: «Ah, claro: eso lo explica todo». Bien: ahora podemos sugerir que se reflexione sobre ello.

Se mire como se mire, y a fecha de hoy, es forzoso concluir que la aportación de la versión-memoria ha fragilizado la versión-historia del Holocausto: éste ha dejado de ser un acontecimiento datable, verificable y descriptible, para convertirse en una suerte de verdad religiosa con rasgos de tabú. Y eso ha menguado de manera innecesaria su valor histórico.

¿Están condenadas, pues, Memoria e Historia a hacerse incompatibles? No necesariamente. En ocasiones la vigencia de una versión-memoria puede servir para que la Historia termine reconociendo oficialmente unos hechos sistemáticamente obliterados. Es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con el oscuro asunto de los presos de guerra alemanes muertos en los campos de concentración aliados después de 1945. Al contrario que en otros frentes de guerra, donde todos los bandos violaron sistemáticamente la Convención de Ginebra, en el frente occidental sí se dispensó a los presos de guerra un trato, por lo menos, legal, y ello por ambas partes. Hasta que la derrota del III Reich inundó literalmente de presos alemanes los campos de Francia, con frecuencia bajo administración americana. Muchos de ellos no volverían jamás. Eso alimentó la versión-memoria de que americanos y franceses dejaron morir de hambre y enfermedad a cientos de miles de soldados alemanes. ¿Qué había de verdad en ello? Este caso generó y sigue generando una fuerte polémica. Según los trabajos de **James Bacque**, en los campos de concentración occidentales habrían muerto entre ochocientos y novecientos mil prisioneros de guerra alemanes a causa del hambre y el abandono, y el responsable habría sido el propio **Eisenhower**. Los contradictores de esta tesis oponen el argumento de que la cifra de presos alemanes era muy inferior a la que Bacque esgrime: no cinco millones doscientos mil, sino tres millones ochocientos mil; de esa reducción se deduce inmediatamente un descenso en la cifra de muertos en prisión. Pero, por el camino, se descubre que entre los muertos había desde ancianos de más de ochenta años (un tal **Karl Schröder**) hasta niños de dos años (un tal **Camille Fuchs**). ¿Qué hacían esas personas en un campo de prisione-

Juicio de Nuremberg. Los aliados juzgan a los vencidos. En el dibujo jerarcas alemanes del III Reich en los banquillos de los acusados.

ros de guerra? ¿Qué más había allí, además de soldados derrotados? Estos interrogantes obligan a hacer muchas preguntas nuevas, y todas ellas sólo pueden responderse mediante una investigación más profunda del sistema concentracionario aliado tras la segunda guerra mundial. Es decir, que la polémica sobre la Memoria va a generar conocimientos nuevos en el plano de la Historia.

El caso de los presos de Eisenhower está dando lugar a una concienzuda revisión de cifras y datos en fuentes oficiales. La Historia, como disciplina, ganará con ello. Conviene tomar las polémicas historiográficas como lo que son: cuando se trabaja de buena fe, se trata de puntos oscuros que sólo pueden ser resueltos a fuerza de investigación. Mientras tanto, habrá discusiones, pero éstas servirán para esclarecer mejor el objetivo. Uno, naturalmente, puede optar por tal o cual vía de investigación y por tal o cual interpretación, e incluso defenderlas con ardor jacobino, pero sería frívolo deducir de ahí filosofías políticas con carácter general: un hecho histórico sólo es un hecho histórico. Claro que esto despoja al hecho del aura casi mágica que caracteriza a la Memoria.

La maldición de la Historia

Si hemos traído aquí estos casos no es para entrar en disquisiciones acerca de quién tiene o deja de tener razón, sino para ilustrar las diferencias entre Memoria e Historia, el roce —a veces, colisión— inevitable entre una y otra, y las consecuencias que todo ello tiene en el plano del conocimiento y en la idea que nuestras sociedades se hacen de sí mismas. El choque entre Memoria e Historia, en efecto, nos está queriendo decir algo.

Seguramente las pasiones que hoy se despiertan en torno a la interpretación de la Historia tienen que ver con una asfixiante necesidad colectiva de saber dónde estamos exactamente. Es una necesidad, por otro lado, muy específicamente moderna. Sabemos que en la edad antigua los grandes hombres gustaban de inscribirse en un pasado brillante para proyectar su propia figura. A partir del siglo XIX, es como si esa tentación se trasladara desde el individuo egregio a los pueblos, a las naciones, que buscarían en la historia una fuente nueva de legitimidad colectiva. Los grandes impulsos de la Historia como disciplina científica arrancan de esas fechas. Pero son también las fechas en las que comienzan las grandes manipulaciones de la Historia. La pretensión de describir el devenir histórico como un corpus provisto de una dirección determinada es muy antigua: arranca con el cristianismo, que fija expresamente un final de los tiempos identificado con el Apocalipsis y la Redención. Puede

Liberados de un campo de concentración alemán con el alambre de espino en sus manos.

evaluarse fácilmente el impacto de esta visión en un mundo que, hasta entonces, o bien carecía de sentido de la Historia, o bien le confería un final ineludiblemente catastrófico, como en aquella creencia popular griega que vaticinaba la extinción del mundo después de 72.000 años solares. De manera que la fe cristiana aporta un elemento nuevo en la idea que el hombre se hace de su posición en la tierra. Ahora bien, conviene subrayar que se trata de una idea exclusivamente religiosa, metafísica: la finalidad única del devenir humano es el Juicio Final y la Redención, es decir, una finalidad exterior al propio devenir, ajena a los movimientos de los hombres. De ahí a imaginar que la Historia posee un sentido en sí misma hay un gran trecho. Y ese trecho no se cubre hasta el siglo XVIII, cuando los ilustrados secularizan las viejas convicciones religiosas y las convierten en esperanzas materiales, y la felicidad del Paraíso celestial se transmuta en utopía del paraíso en la Tierra, como explicó **Louis Rougier**. A partir de ahí, todas las grandes ideologías modernas, religiones de un mundo sin religión, convierten la Historia en terreno de su propia epifanía. La Historia, para el hombre moderno, no ha sido sólo una narración; con frecuencia ha actuado como una *revelación*.

Fue **Karl Löwith** quien dijo que tratar de buscar el sentido de la Historia en la Historia misma era como agarrarse a las olas al naufragar. En cierto modo, el gran pecado de la modernidad ha sido esa desmesura del horizonte histórico, esa excesiva presunción de hallarse en la cresta de la ola de la Historia, de ser Historia misma: la perpetua vanguardia, la novedad permanente, la última palabra, el último grito. Hasta que el último grito se transformó, a caballo de los horrores del siglo XX, en último aullido, en alarido mortal. Y a partir de ese momento ha habido una especie de retracción de la Historia, de congelamiento de la modernidad. Nunca hemos tenido tantos museos como hoy, nunca —ni siquiera en el romanticismo— se ha escrito tanta novela histórica como hoy, nunca ha estado tan presente el pasado como hoy lo está a través de los relatos de la televisión o el cine. Pero, simultáneamente, nunca como en los tiempos actuales, los tiempos posmodernos, ha habido una conciencia tan precaria de la propia situación en el curso histórico, tanta incertidumbre en torno a qué pintamos aquí. En cierto modo, la posmodernidad consiste precisamente en eso: se pierde la seguridad de hallarse en la cresta de la ola —las olas responden con su fluida inconsistencia al anhelo desesperado del náufrago de Löwith.

Frente a eso, la Memoria otorga una certidumbre: un relato que reconforta, que aporta un sentido *aquí y ahora.* La Memoria, al ser un relato creado e interpretado desde el presente, permite al hombre encontrarse un sitio en el decurso histórico. El problema es que la Memoria, por definición, *no es verdad*.

Por su parte, la Historia enseña siempre frustraciones: el dolor, la ambición o el fracaso son la cobertura inevitable de la felicidad, la abnegación o el heroísmo. Ahora bien, esas son las mismas cosas que enseñaba ya el mito. **Sísifo** levanta perpetuamente una roca hasta la cima de un monte para que desde allí vuelva a caer, del mismo modo que los hombres construyen imperios que serán devastados para renacer de sus cenizas y volver a perecer. **Prometeo** roba audazmente el fuego a los dioses y sufre castigo eterno por ello, del mismo modo que cada nueva conquista de los hombres —desde la silla de montar hasta la energía nuclear— se traduce en guerras más cruentas y nuevas calamidades. **Tántalo**, condenado a padecer hambre y sed, sufre la agonía de vivir rodeado de manjares y licores que nunca puede alcanzar, del mismo modo que los grandes proyectos humanos, concebidos en nombre de la felicidad y el bien, sufren el tormento de la frustración perpetua. El genio mítico es inagotable. Pero lo que nos interesa subrayar aquí es más bien esto otro: el mito demuestra que la naturaleza humana, por encima y por debajo de los tiempos, se ha mostrado inalterable. La Memoria puede acabar bien —es un relato. La Historia nunca acaba bien —es la condición humana.

Con el fin de la modernidad ha concluido el ciclo redentor de la Historia. Ya nadie puede esperar que un amanecer radiante salude nuestro camino, ni siquiera en las versiones blandas del «fin de la Historia» hegeliano. Hoy nos encontramos, colectivamente, ante la obligación de mirar a nuestra propia Historia con severidad. Es un ejercicio áspero. El refugio en la Memoria resulta mucho más llevadero. Pero eso no es sino una reacción de defensa, frecuentemente torpe, como esconder la cabeza debajo del ala. Lo que hoy nos haría falta sería, más bien, serenidad y distancia. Ambas cosas se han convertido en lujos muy poco asequibles. ■

La palabra como medio de paz

Los fundamentos de la oratoria política

Isidro-Juan Palacios

Ha intervenido en la fundación de varias revistas culturales: Graal, *en 1976;* Punto y Coma, *en 1983;* Cuestión de Fondo, *en 1984 y* Veintiuno, *en 1989, y ha sido director del mensual* Próximo Milenio entre 1994 y 1997. *Ha sido contertulio habitual de los programas culturales de Televisión Española:* El Mundo por Montera, El Sol de Medianoche *y* La Tabla Redonda. *En la actualidad es profesor de retórica.*

Muy poco se sabe que la oratoria, como arte de influir en los demás, la inventan los guerreros griegos con el fin proseguir la defensa de sus causas, luchas y pendencias por otros medios, por medios necesariamente pacíficos. La palabra puede ser de verdad una espada para quien la detenta, pero una espada, a fin y al cabo, incruenta, olímpica, que no mate a nadie, y que, al mismo tiempo y por ello, permita el triunfo a quien la usa conforme a sus reglas. Se cree erróneamente que es la democracia la que hace a la oratoria, cuando en realidad es a la inversa: ha sido el orador quien ha fundado la *polis,* estableciendo en ella la democracia. De modo que —concluyendo— el eclipse del orador acarrea, inexorable, la decadencia y hundimiento de la democracia.

Desde hace, más o menos doce mil años, desde que la humanidad concibe el mundo como un objeto de apropiación y dominio, venimos tratando de influirnos mutuamente de dos maneras distintas: mediante el «recurso a la fuerza» o bien valiéndonos de «instrumentos pacíficos». En el recurso a la fuerza todas las armas valen; es el caso de la guerra y de toda forma de violencia, ya sea ésta física o psicológica. En cuanto a las relaciones pacíficas, nada mejor que «la palabra» para llevar a cabo sus propósitos; no obstante, caben aquí también dos opciones, porque se puede influir mediante la palabra callada o encubierta, secreta en suma —contemplamos aquí toda forma de manipulación, maniobra o conspiración—, o bien a través de la palabra que se confiesa o se exhibe a la vista de todos, esto es, de la palabra pública. Sobre ella se funda la oratoria.

Las ideas son desiguales

Nos influimos para llevar adelante una idea, sacar a la luz un proyecto, una intención, un deseo, y tratar de ponerlos en práctica. Da igual que se trate de modificar o cambiar el mundo, iniciar una mina de explotación de cobre o plata, lanzarnos hacia una aventura cualquiera, entablar un debate, dialogar de forma elemental o conversar y los problemas comienzan aquí, con esta acción, porque las ideas son dispares, pueden ser incluso afines; pero en todo caso son siempre desiguales. Ello necesariamente ha provocado y provoca entre los seres humanos una diversidad de comportamientos, desde la adhesión más fiel o leal a la indiferencia más fría, pasando por toda suerte de enfrentamientos.

Semejante desigualdad o distinción en la variedad genera inevitablemente competitividad, y la competitividad produce más pronto que tarde conflictos. A la mayoría de

Miguel de Unamuno en un mitin en la Plaza de Toros de Madrid.

los hombres les ha gustado desde antiguo y les sigue gustando esta forma de vivir en sociedad; sin embargo, al mismo tiempo, ¿quién no desea vivir en paz? La cuestión es paradójica.

Por consiguiente, el tema que se plantea es el siguiente: ¿cómo es posible la paz en el seno de una sociedad que compite y que, de vez en cuando, lucha entre sí?, en suma, ¿cómo vivir con cierto sosiego en un orbe de fricción que choca y se despedaza? Son algunas las formas políticas que aceptan el reto, una de ellas, ésta que de forma más clara ha llegado hasta nosotros, la inventaron los griegos. A este sistema de convivencia lo seguimos llamando Democracia.[1] Dentro de él, cada cual podía (y puede) seguir peleando por lo suyo, hacer valer su ideología o su causa, triunfar, no renunciar a la victoria, compitiendo o disputando; aunque, eso sí, con una condición: (y tiene) tenía que hacerlo de principio a fin, ¡pacíficamente!, esto es, de un modo incruento y público.

[1] La palabra *Demokratía* (Democracia) designa en Atenas oficialmente el gobierno de la *polis* en tiempos del Pericles (499-429 a.C.). No obstante, su espíritu venía de más lejos, era inherente a la esencia misma del ser indoeuropeo.

La democracia según los griegos

Un grupo, un *demos* es tanto o más democrático cuantas menos sean sus imposiciones violentas y más sus imposiciones consentidas (las leyes). Y una comunidad es tanto o más democrática cuantos más sean los asuntos que la constituyen o conforman sujetos a discusión o controversia. En este sentido, salvo excepciones raras, que ni siquiera se dieron durante las tiranías,[2] los griegos sometían a discusión o a acuerdos prácticamente todo, excepto la esencia misma de la tribu o *fratria*, el *demos*, la ciudad o la *polis*. En tiempos de **Aristóteles** todavía se consideraba esencial la persuasión para

[2] La *tiranía* no se definía en Grecia como régimen arbitrario y contrario al pueblo o *demos*, como ha venido siendo la acepción de esta palabra en la historia cercana y reciente, sino como una política que asumía el poder mediante el «recurso a la fuerza», generalmente contra el dominio y las intrigas oligárquicas, quienes, a su vez, eran por lo común las que volvían a derribar a las tiranías cuando éstas caían en desgracia. Solían ser en extremo populares, favorecedoras del *demos*. No debe olvidarse que fue el tirano Pisistrato (600-527 a.C.) quien consolidó las instituciones democráticas originadas en las reformas del poeta Solón (640-558 a.C.) y culminadas por Clístines en 508 a.C.

Acrópolis de Atenas.

civilización, fundadas y queridas por él, un caso único en el mundo de entonces (y también en el de ahora). Para poder hablar e intervenir como miembro soberano en la *polis*, libremente, era imprescindible la igualdad de palabra (*isegoría)*, la igualdad en el derecho de acción política (*isonomía*) y la identidad de ciudadano. Se entiende que no hay libertad de expresión si fallan ambas igualdades. Cualquiera, así, podía tomar la palabra en la asamblea, defenderse a sí mismo e, incluso, desempeñar los más altos cargos de responsabilidad política. En cuanto al ciudadano o miembro de la *polis*, el *politai*, hay que decir que aquella democracia griega era participativa y no representativa, como las democracias actuales, lo cual le implicaba al ciudadano no sólo en cuanto a los derechos que detentaba sino también, y sobre todo, en cuanto a sus obligaciones. Entre ellas, la obligación de participar, intervenir, tomar partido en todo momento. De ahí que no le estuviera permitido al ciudadano marginarse, ya que de su participación dependía la suerte de la *polis* y su supervivencia. «En efecto, somos los únicos —dijo **Pericles** en uno de sus discursos— que a quien no toma parte en estos asuntos (*politeía*) lo consideramos no un despreocupado, sino un inútil».[4] El ciudadano no era tampoco el «individuo moderno», el *idiotes*, cuyo esbozo comienza con la filosofía sofista (siglo V a.C.) y hasta cierto punto con **Sócrates** (468-399 a.C.). A semejante «individuo aislado», que no ciudadano, se le tenía por peligroso y disolvente. El ciudadano, en cambio, era un hombre definido por la lealtad y fidelidad al grupo con vínculo de hierro, en cuya pertenencia tenía la vida, la identidad, la seguridad y la ética. Como individuo no era nada, lo era todo como *politai*. De forma que perder la condición de ciudadano (*atimía*) venía a ser el peor y más grave de los baldones y, a la inversa, el más alto, común

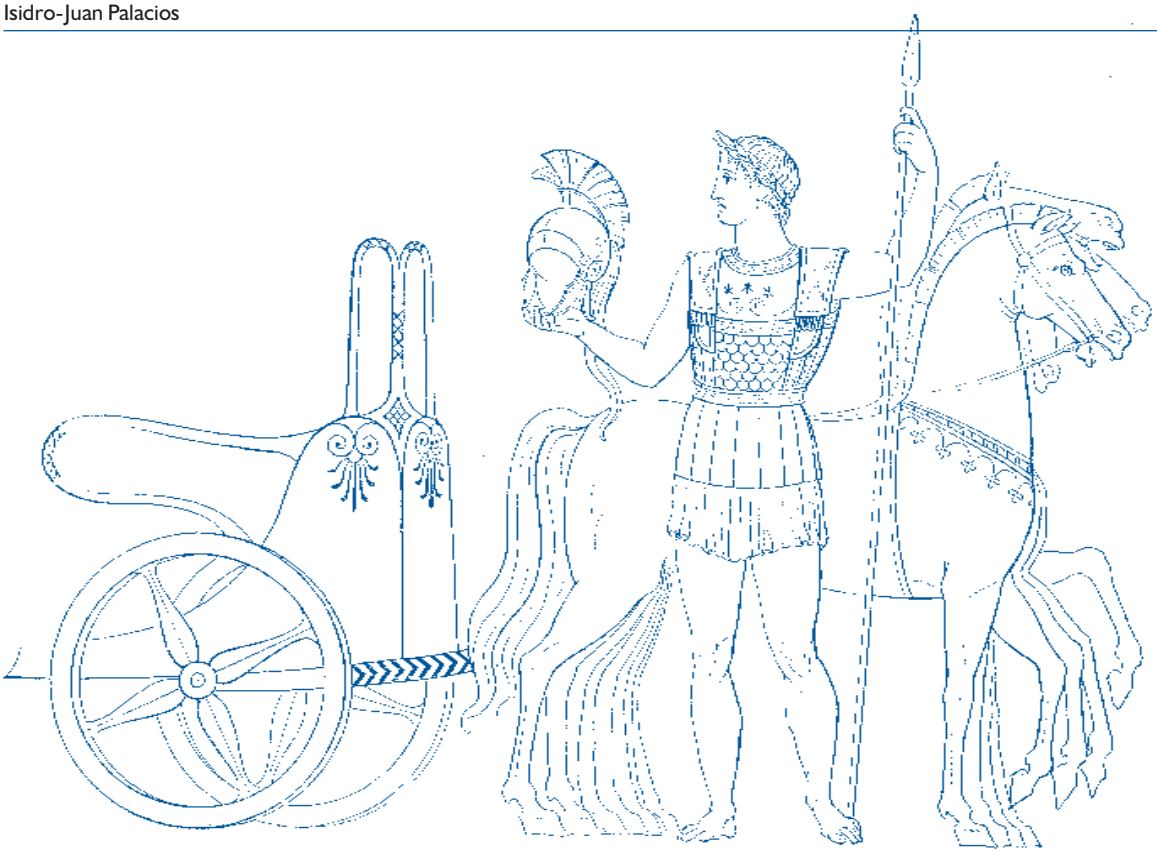
zanjar cualquier tipo de polémica o litigio, no sólo sobre los temas constitucionales, administrativos o judiciales, sino sobre los suscitados por los filósofos, los médicos o los físicos. En esta época, por ejemplo, a un médico no le bastaba con la prescripción de un remedio para que el enfermo lo siguiera sin más en el tratamiento de su enfermedad; tenía que «persuadirlo»: convencerlo para que el enfermo le hiciera caso y siguiera los consejos de su médico. «A nosotros podría sorprendernos —escribe **Lloyd**— que una cuestión aparentemente técnica, como la teoría de los elementos, fuese objeto de un debate en el que una serie de oradores expusieran sus tesis para que después fuese el público quien decidiese quién era el vencedor».[3]

«Dos formas tienen de influirse los seres humanos: por el recurso a la fuerza o bien pacíficamente. En la primera, la violencia es inapelable como arma; en la segunda, la palabra lleva hacia el argumento.»

Para que esta sociedad pudiera ser viable, efectiva, tres requisitos eran indispensables. Una doble igualdad y la noción de ciudadano. Las tres virtualidades juntas, sin exclusión alguna, predicaban la libertad real de la que era poseedor el *politai* griego, haciendo de esta cultura y

[3] G. E. R. Lloyd, *Democracia, el viaje inacabado (508 a.C.-1993 d.C.)*, «Democracia, filosofía y ciencia en la antigua Grecia», obra colectiva dirigida por John Dunn; Tusquets Editores, Barcelona, 1995, página 63.

[4] Discurso fúnebre de elogio en honor a los atenienses caídos en una de las batallas contra Megara, en las Guerras del Peloponeso (431-404 a.C.), citado por S. B. Pomeroy, S. M. Burstein, W. Donlan, y J. T. Roberts, en *La antigua Grecia*, Crítica, Barcelona, 2001, página 319.



En el héroe homérico, la elocuencia era una de las cuatro virtudes que hacían la bondad (*agathós*) del hombre.

y extendido de los títulos políticos. Tal concepción griega la suscribirá después Roma, donde todavía en el siglo I d.C. «hombre bueno» era el ciudadano que con devoción servía a la ciudad estado del imperio romano (**Quintiliano**, 30-90 d.C.).

La retórica hace la democracia

No obstante, esta noción de ciudadano político tenía para nosotros un inconveniente. Excluía de su consideración, de sus derechos y obligaciones, de sus libertades, a las *mujeres*, a los *esclavos* y a los *extranjeros*. Alguna razón habría en una sociedad que se reputaba tan razonable. ¿Por qué esta exclusión? Los libros de historia y manuales de cultura clásica se limitan a mencionar el dato sin aportar o arriesgar mayores explicaciones. Para nosotros, sin embargo, el saber, intuir o apuntar la causa es crucial para —como veremos— entender tanto el origen y ejercicio de la democracia como el uso de la retórica u oratoria, único instrumento que la hace posible. Por consiguiente, insistimos, ¿por qué esta flagrante excepción al derecho de ciudadanía a las mujeres, a los esclavos y a los extranjeros? En mi opinión, porque *la democracia griega la inventan los guerreros*.

Respecto a la mujer, porque los griegos de aquellos tiempos, desde mucho antes de la Edad Oscura, desde siempre, diferenciaban el espacio en dos dimensiones: uno era el espacio interior, íntimo, que pertenecía al misterio y a la oscura vida privada, y otro era el espacio exterior, público, que pertenecía a lo declarado y al espectáculo. Aquél era el círculo tranquilo, seguro, donde reinaba la paz, donde echaban sus raíces el hogar y la casa, el *oikos*, donde encontraba su asiento y legitimación la existencia familiar. El espacio exterior, en cambio, era el lugar intranquilo, inseguro, donde se discutía, se negociaba o se medían las fuerzas; la zona donde todo podía suceder —lo previsto y lo imprevisto—, donde se citaban los guerreros y se establecía la asamblea para esclarecer los hechos —no lo olvidemos— a la vista de todos. En definitiva: si el espacio interior era el «espacio preservado», el exterior era el «espacio peligroso». Por todo ello, y dado que los griegos consideraban a la mujer un ser de paz y no de guerra, un ser más dotado para la relación con las fuerzas invisibles o con los dioses; dado que la madre era la reina del *oikos*, a salvo de toda posible ingerencia foránea, y que con su maternidad tocaba lo primordial, estaba claro a qué lugar pertenecían las propias mujeres. Ajenas a todo belicismo, tanto al cruel o sanguinario de los frentes de combate como a las inquietantes zozobras de las asambleas políticas, no podían

ostentar la condición de ciudadanas de las *polis*, al fin y al cabo fundadas en los «espacios exteriores» y, por definición, «peligrosos», más acordes con los modos de vida reñideros, violentos, activistas, duros y arriesgados de los varones. En definitiva, y desde el neolítico, conforme a estos criterios, los griegos acabaron consecuentemente repartiendo la identidad del espacio privado para la mujer y el espacio público para el varón.[5]

«La democracia griega es inventada por los guerreros que, sin renunciar a sus cuestiones y pendencias, quieren, no obstante, resolverlo todo pacíficamente. Para ello nada mejor que la palabra como instrumento.»

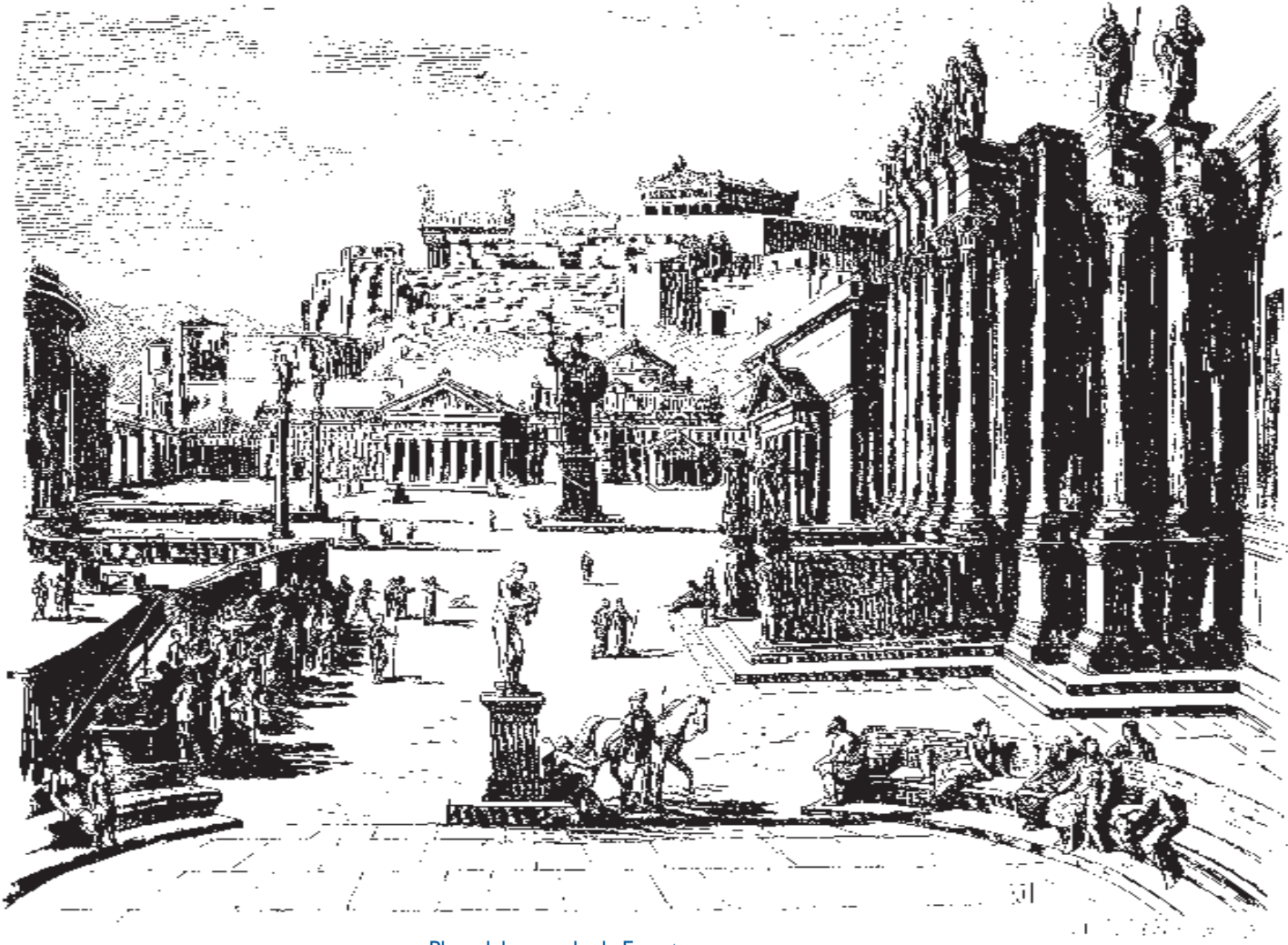
Mantenían igualmente fuera de los derechos y obligaciones, igualdades y libertades de la ciudad a los esclavos porque éstos habían sido enemigos antes o porque, en todo caso, eran extraños a la comunidad prístina, manteniendo un origen desconocido e ilegítimo. Y a los extranjeros —*metecos*— porque éstos siempre eran gentes de otras *polis* o de otras etnias bárbaras, extraños e inasimilables al estrecho mundo común de los hombres libres, de las hordas, las tribus, los *demos* primigenios. Llama la atención el hecho de que tales prejuicios se hayan mantenido prácticamente intactos hasta bien entrado el mundo moderno y su restauración democrática. Una muestra más de hasta qué punto la cultura y civilización occidentales *son* griegas. Y lo han seguido siendo con sus necesarias correcciones, ampliando, como no podría ser de otra manera, el perfil ciudadano. Como la abolición de la esclavitud, la matización del término extranjería y la incorporación de la mujer a las asambleas políticas y a todas las esferas de la vida pública. En este contexto, qué duda cabe que la asunción de la mujer a lo político ha sido no un inconveniente, sino algo favorable para el propio sistema, ya que, por definición y ser, la mujer introduce con su presencia una mayor dosis de contrastes pacificadores allí donde rige la brusquedad varonil o los torneos, lizas, cercos o refriegas de todo tipo, de mano áspera o de guante blanco.

Como hemos dicho, la democracia la inventan los guerreros, pero incluso éstos, a los que les gusta más guerrear que hacer el amor, estiman que la contienda no debe ser permanente. Cansa, agota, sacia y duele. Es un estado ideal para ellos que, sin embargo, no es aconsejable mantener para siempre, pues de lo contrario, y aparte de los demasiados inconvenientes que tiene, destruye al pueblo y se lleva a los mejores. No puede ni debe ser constante. La guerra, además, es un hecho cultural enfermizo intrínsecamente malvado, éticamente desahuciable, y en absoluto connatural al ser humano. De ahí la causa de que a los guerreros, sin tener por ello que renunciar a su modo de ser competitivo, belicoso y ardiente, les agrade y quieran también resolver sus asuntos pacíficamente. La *polis*, así como la asamblea que la origina y constituye, y otras formas de convivencia, como la diplomacia, la cortesía o la buena educación son distintas formas de paz, interregnos entre guerras, atenuaciones o ritualizaciones de la confrontación de intereses en medio de las sociedades que quieren seguir viviendo en competición y conflicto, en el centro del cisco y de la polémica, en el seno de las batallas incruentas, que eran o pretendían ser aquellas ciudades-estado, como así mismo lo quieren ser las urbes modernas.

Con la *polis* griega no se hacía otra cosa que alargar el reflejo de la idea olímpica, que en este caso quería estable.[6] Los mismos que habían estado matándose o hiriéndose en el campo

[5] A propósito, cuanto aquí se ha dicho sobre la mujer y el varón en relación con los espacios ha de comprenderse en su doble sentido, en el literal y en el ontológico. Al respecto de este último, donde se lee «mujer» debe entenderse por extenso «femenino», y donde está escrito «varón» puede asociársele, aplicando la regla, «lo masculino». Hago esta puntualización porque, como ya es sabido, cada ser humano no es una cosa u otra, sino ambas a la vez, aunque en diferente proporción (para entendernos). De otro modo: somos a la vez «dos en uno». Esto explica que tanto pueda haber seres de hogar, místicos amantes e interiorizados entre los varones, como seres de guerra, activistas calculadores y extrovertidos compulsivos entre las mujeres. Por otra parte, ya que estamos en ello, permítasenos otra indicación. La erradicación de la mujer de lo público griego era en todo el Egeo desigual. Más extrema y radical en Atenas, estaba más atenuada, teniendo un mayor grado de libertad pública, en la dura Esparta, pues no en vano, ya entre sus ascendientes, los dorios, de las primeras oleadas que llegan a Micenas —desde 1200 a.C.—, las mujeres participaban y competían en los juegos atléticos al aire libre en igualdad con los jóvenes del sexo contrario, detalle que, no obstante, vemos en regresión en las Olimpiadas posteriores, cuyo inicio histórico oficial data del siglo VIII a.C.

[6] Las Olimpiadas, celebradas cada cuatro años en agosto y en honor de Zeus, eran uno de los varios juegos



Plaza del mercado de Esparta.

de batalla establecían ahora treguas de paz cada cierto tiempo para seguir midiéndose en las acciones bélicas —en ese momento constituidas en verdaderos juegos, en auténticas actividades sin cruel objeto. No se negaban a la pugna, al choque o a la prueba, no desistían del triunfo y de la victoria, podían seguir siendo enemigos o adversarios; pero ahora lo hacían de manera «suave» y «amistosa», conforme a ciertas reglas del juego agonal.

Si así era en los estadios, ¿cómo sería en las plazas de la ciudad, en sus reuniones?, ¿por qué medio podía cada cual hacer valer sus ideas, sus reclamaciones, demandas de justicia o incriminaciones en la *polis*?, ¿de qué modo ganarlos para la causa que se defendía, atraerlos, «influir» en los demás «pública» y «pacíficamente»? Era indudable: con la PALABRA. No había, no querían otra respuesta.

De igual forma que lo dicho para los juegos, el empleo de la palabra pública con el objeto de ensalzar, dirimir, enardecer, resolver diferencias, negociar, someter o enjuiciar propuestas entre los miembros de los *demos* o de los grupos configurados en asambleas se pierde en la noche de los tiempos. La RETÓRICA, por consiguiente, hace a la *polis* y hace a la democracia, de forma que ésta no sería nada sin aquélla, es más, enfermaría y moriría sin ella.[7]

panhelénicos que se celebraban con el espíritu descrito. Natural la idea al ser cultural de los griegos, los juegos atléticos entre ellos eran mucho más antiguos que lo que delatan las fechas históricas oficiales, que dan fe de sus diversas institucionalizaciones, no de sus verdaderos nacimientos. Los primeros Juegos Olímpicos se convocan en Olimpia, al norte de Esparta, en el Peloponeso, en el año 776 a.C.

[7] La palabra *retórica*, homónima de la latina *oratoria*, proviene del griego *rhétor*, «orador público» capaz de hacer *rhétras*, en el idioma jonio de Homero y en el dialecto chipriota de Edalión: «pacto verbal», mientras que en el dialecto dorio significaba «propuesta de ley» presentada por un orador (o retórico) público en los encuentros de las asambleas. Esta *retórica* política, asumiendo que para los griegos «política» era un concepto mucho más amplio que lo es actualmente para nosotros, ya que para ellos, «política» era todo lo público, desde la economía a la ciencia, desde la ley a la fiesta, desde la forma de vida a la religión oficial; como decimos, esta *retórica* política hundía sus orígenes en la «oralidad» antiquísima de todas las culturas, no sólo de la griega, y especialmente en el modo de ser que los griegos antiguos tenían de utilizarla, prácticamente para todo, pues no había aspecto de la vida común que no tuviera que ser mediado por la elocuencia de la palabra. Un ejemplo harto descriptivo es la *Ilíada*, que, siendo un poema épico por antonomasia, cantado y luego escrito en el siglo VIII antes de nuestra era, tres cuartas

José Ortega y Gasset habla en el Cine de la Ópera, en Madrid.

Y mediante la palabra no había otra forma de ganar (en paz) que **ARGUMENTANDO, CONVENCIENDO** y **PERSUADIENDO.** Tales eran las normas de esta nueva disciplina *olímpica*: las condiciones sustanciales de lo que yo me arriesgo a llamar *Arte Marcial de Occidente*. Porque, en efecto, la oratoria es un verdadero *arte marcial* al mostrarnos la práctica de cómo se puede llevar adelante algo de manera pacífica, de ganar o de defendernos de un modo no violento, en forma de «arte» o de «técnica» (energía o espíritu), en el sentido que le doy a la palabra «técnica» como agente realizador del ser de las cosas. El *arte marcial* se caracteriza por ser un acto que, sin sofocar o adulterar las propias cualidades guerreras del héroe, exhibe y desarrolla dichas cualidades pacíficamente, reconvirtiéndolas en sosiego, haciendo del héroe un ser dominado, y transformándolo en una persona no violenta, cortés, educada, agradable por su poderosa fuerza apacible y benigna, arrolladoramente atractiva, admirada y adherente. Tal es la trascendencia del *agathós* del héroe homérico, «que dirige al pueblo en la guerra y en la paz».[8]

El discurso: virtualidad heroica y pacífica

El caudillo de la Época Oscura (1150-700 a.C.) y de los tiempos homéricos (siglo VIII a.C.) centraba su soberanía en dos requisitos: ser *gran guerrero* y *diestro orador*, conforme a una misma ética igualmente válida para los tiempos de guerra y de paz. El *basileus* de entonces y los demás componentes de los *demos*, fieles a este doble y a la vez unitario criterio, debían de ser valerosos y persuasivos, pues era necesario poseer «ánimo» y «palabra»: fuego capaz de enardecer y de contagiar energía, o lo que es lo mismo, entusiasmar; estar en posesión de un carisma especial. De lo contrario, ni los caudillos griegos, ni los hombres en la acción de su influencia en la defensa de sus pretensiones, conseguirían ser escuchados, seguidos o amparados, pues todos eran libres e iguales para seguirlos o para abandonarlos a sus suertes, para absolverlos o para condenarlos. La *bondad* (*agathós)* del griego de entonces se ceñía, por eso, a cuatro virtudes técnicas, artes o acciones

partes de su contenido son discursos, diálogos y conversaciones de los héroes. En esa obra homérica dice el ayo Fénix de su pupilo, el joven Aquiles «de los pies ligeros»: «Por eso me mandó (tu padre) para enseñarte / a realizar esas acciones todas: / a ser buen orador de los discursos / y buen ejecutor de las hazañas» (Homero, *Ilíada*, 442-3) . Lo mismo cabría aplicarles a Odiseo o a su hijo y a tantos otros nombres. Lejos de ser Aquiles, Ulises o Telémaco excepciones, configuraban, entre otros, el timbre común del ideal griego: ser «buen hacedor» y «buen decidor». En definitiva, la *retórica* ya era y operaba cuando todavía no existía la *polis*, cuyos primeros balbuceos europeos datan del siglo VIII a.C., ni se había aún instaurado en ella la democracia, en el VI a.C.

[8] *La antigua Grecia*, *op. cit.*, páginas 83 / 4.

capaces de realizar el ser de este tipo humano, luego en tantos aspectos arquetipo del europeo. Como decimos, tales virtudes, que a continuación enunciaremos brevemente, valían tanto para el ejercicio bélico como para la paz. Son las mismas, lo cual explica que la trasposición de la exaltación de las cualidades heroicas al terreno pacífico fue lo que hizo, por ejemplo, de la retórica —repetimos— un verdadero *arte marcial*. Basta observar la puesta en escena del discurso, su estructuraba y desarrollo, y cómo el legado griego señala que debía pronunciarse para confirmar este singular detalle. Lo confirmaremos al aportar nuestra definición del discurso.

Dirijamos ahora con rapidez nuestra mirada a los factores que hacían posible el *agathós*, la bondad griega en oposición al *kakós* (maldad). Bien entendido que el *kakós* se definía, según vemos nosotros, por una ausencia o carencia, por un «no-ser» del *agathós*, la clave aquí está en señalar su «ser», postura por otra parte muy europea también y más occidental que oriental. Los cuatro pilares de esta vida, antes vista —insisto— como «técnica», «arte» o «espíritu» (chispa, poder, fuerza o semilla, que desenvuelve el ser de las cosas, en este caso, de las personas) que como «moral», son: DESTREZA en el manejo de las armas, VALOR O AUDACIA en el frente, AGILIDAD atlética (corporal y mentalmente) y HABILIDAD con la palabra. Había otros principios importantes,[9] pero ninguno tan básico como los mencionados, y de los que dimanaban otros igualmente esenciales. Virtudes guerreras, orientadas a su aplicación en la batalla, y evidentemente propicias al encumbramiento de la juventud, adquirían sin embargo una mayor amplitud al transferirse a todo el pueblo, matizando todas las actividades, ocupaciones y trabajos, y acogiendo en ellas a toda la comunidad en un bloque irrompible sin límite de edad. La *destreza*, la *valentía*, la *agilidad* y la *habilidad* hacían al buen guerrero, pero igualmente al buen propietario de tierras, al campesino, al artesano, al hombre del mar, al pensador, al atleta o al orador. Eran cualidades del espíritu que engrandecían al ser humano al volcarse en cada uno de ellos, y que cada cual ponía en práctica en todos los instantes de su vida, ora en la batalla, en el ágora, en la enseñanza, en la arena o en la asamblea. Todos intervenían en todo. Por eso habla el también poeta **Hesiodo**, contemporáneo de **Homero** (siglo VIII a.C.), de cómo el trabajo de la tierra nada tiene que envidiar al heroísmo de los soldados. «El esfuerzo constante en los campos de labor se convierte en virtud equivalente a las grandes hazañas realizadas en el campo de batalla» —viene a sostener en su obra *Los trabajos y los días*.[10] Y así, un orador tenía que mostrar en el momento de su discurso que era un extraordinario conocedor de las artes retóricas; que aguantaba el tipo a pie firme delante de todos los oyentes como el hoplita lo hacía en el campo ante la envestida del adversario; que se mantenía erguido y despierto corporalmente, lúcido e inteligente al objeto de que se le «viera», «oyera» y «entendiera»; y particularmente elocuente en el uso de la palabra. El mismo término «discurso», corazón de la expresión oral, que nosotros hemos heredado del latín, y que a su vez incorporaba en su etimología este legado griego, es una síntesis perfecta de los cuatro pilares del *agathós*. La acción de razonar, de «discurrir»; el «curso», la «carrera» y el «camino que se hace» ante los demás mediante el empleo de la palabra tiene la virtualidad de evocar en una, la pericia intelectual, la elegancia y flexibilidad del juego atlético, el acto público y el coraje para pronunciarlo disolviendo la tensión, superando los traicioneros nervios y venciendo el miedo escénico. De aquí que una definición provisional del *discurso* tenga necesariamente que contemplar la dimensión pacífica del acto heroico, reuniendo en ella el *experto discernimiento del atleta en el estadio*, como más adelante tendremos oportunidad de confirmar.

«En la democracia ateniense todo pretendía ser objeto de discusión, de ahí que la oratoria pública, sin secretismos ni manipulaciones, fuera la clave para que el sistema político no enfermara y muriera.»

Los cuatro fundamentos —los *agathoi*— proporcionaban inmediatamente en quien los encarnaba un inequívoco carisma a los ojos del *demos* y de los dioses. Sus consecuencias inmediatas o sus frutos eran *energía (o fuerza), her-*

[9] La honra a los dioses, el mantenimiento de las promesas, la lealtad a los amigos y compañeros de armas, la hospitalidad, la salvaguarda de las mujeres y ancianos, la misericordia con los mendigos y suplicantes extranjeros, el respeto con el caído y la no deshonra del enemigo muerto, la cortesía en la medida de lo posible... (*La antigua Grecia*, *op. cit.*, página 89).

[10] *La antigua Grecia*, *op. cit.*, página 131.

Demóstenes y Esquines.

mosura, *gloria* y *fortuna*.[11] De aquí brotaba el ideal de la BELLEZA humana y, sobre todo, la FAMA. Eran timbres de gloria que no se hacían esperar, distribuyéndose con generosidad entre los jóvenes. **Aquiles** o **Héctor** venía a ser prototipos, aunque igualmente **Ulises** y los viejos, ¿por qué no? Era natural que la asunción de la bondad griega se centrara particularmente en la juventud, que se manifestaba al aire libre. Las prácticas de la *destreza, valor, agilidad* y *habilidad* lo hacían posible entre ellos, acarreando *dominio de sí* y *distinción*, cualidades que se acrecentaban a medida que se actuaban en todos los momentos de la vida y ¡en el transcurso del tiempo! La *belleza*, por tanto, era física, por supuesto, mas no se desvanecía con los años a medida que la juventud dejaba paso a la madurez y a la ancianidad. Crecía con esos años,

[11] Hesiodo afirma en *Los trabajos y los días*: «trabajando serás mucho más querido de los Inmortales (dioses) y de los mortales» y serás bendecido por la riqueza. «Si tú trabajas, pronto te envidiará el ocioso en tu riqueza; a la riqueza acompaña siempre excelsitud y gloria... Vergüenza —y no buena— se lleva al hombre indigente... Tal vergüenza va a la desventura; la audacia, en cambio, al bienestar» (edición de Antonio González Laso, Aguilar, Madrid, 1973, página 48). Lo mismo que para el trabajador vale decir para el guerrero o para cualquier otra actividad en las que todos los miembros de la comunidad intercambiaban sus papeles, como hemos señalado. Ahora bien, es oportuno aquí aclarar algo para evitar equívocos. La riqueza, las «cabañas henchidas», los hogares de «buenas cosechas» no son el resultado de la codicia o del afán de riqueza, que para el héroe homérico, lo mismo que para el labrador o el marino hesiódico, son correlatos, añadidos o destilaciones del cultivo del *agathós* esencial. Para el héroe homérico, ser llamado «codicioso» es tan ofensivo como recibir el insulto de «cobarde». La riqueza, pues, no era un objeto de búsqueda, una finalidad en sí hacia el «tener», ni siquiera un medio para otros fines, sino una secuela o corolario de la aplicación del «ser» del *agathós*. Vigente esta concepción de la riqueza durante toda la Edad Oscura (1150-700 a.C.), comienza su alteración con el triunfo de las oligarquías contra el caudillaje del *basileus* y los *demos* en la Era Arcaica (700-500 a.C.), consolidándose su proceso degenerativo en la Clásica, en los tiempos de Pericles, desde los 500 años en adelante.

y *a la vista de todos*, públicamente. La *belleza* no excluía la hermosura de **Paris**, claro que no, podía, eso sí, destruirla en su juventud su cobardía, que no pertenecía al *agathós*, sino al *kakós*; pero la *distinción* y el *dominio de sí* que proporcionaban la realización de aquel espíritu griego hacían que la *belleza* no se ajara con la pérdida de la juventud, sino que, antes a la inversa, sobrevivía y aumentaba con la edad.

La *fama* era la verdadera cima del *agathós*. Era la joya que relucía, no se guardaba, no podía hacerse; brillaba para las mujeres y varones griegos públicamente. Como las altas crestas de las montañas que se ven desde lejos. Conforme a estos principios, no era la riqueza ni su ostentación, ni aún menos la nauseabunda «codicia», que por demás se arriesgaban y se sometían constantemente a juicio social con la vivencia de aquellos mismos principios del *agathós*. No, no era eso lo que producía la *buena fama,* sino el pulimento de la piedra básica, el refinamiento de nuestra materia (cuerpo y mente), de nuestro espíritu (corazón) a través del trabajo, del arte, propios de aquellas cuatro «técnicas» en ejercicio permanente. No era con las letras sino con la «gimnasia» del oficio, el arrojo, la vivacidad y la maestría del *agathós* con que se labraba la *fama*. Aquí se centraba la educación y la vivencia de la vida.[12] Adquirir FAMA y conservarla era el resultado de esta ética. No se transmitía de padres a hijos sin más, con la generación o la herencia de nombres, posición y posesiones, sino que se lograba y mantenía en la propia acción, en sus hechos y sus palabras. Ganar *fama* no era otra cosa que ganar *timé*, la cual se obtenía en la imitación de los mayores y en los retos de la propia existencia. *Timé* era, por un lado, la *honra* y el *respeto*, el HONOR, y, por el otro, el *reconocimiento público*, la REPUTACIÓN, que proveían de la «propia valía y de los propios actos».[13] Era el resultado probado, que cada cual tenía que demostrar a la vista de todos, como el atleta en el estadio, el labrador en sus campos, el guerrero en el choque, el marino en su nave o el orador de viva voz. En tal competición pública destacaban los MEJORES (*aristos*). La aristocracia, por tanto, era una condición que se sostenía sobre lo probado, no sobre la «familia» o sobre sus «riquezas».[14]

Sobre la *fama*, sobre el honor y su público reconocimiento, se levantaba la AUTORIDAD de la PERSONA, una acepción que Roma hará también suya con la *auctoritas*.

La persona es el mensaje

Nos damos cuenta de que la PERSONA ES EL MENSAJE, no las ideas propiamente dichas. El orador se presenta al servicio de sus ideas, de su causa, es cierto; mas éstas nada son si no quedan avaladas por el prestigio, el valor o la altura eminente de quien las enuncia y defiende. Dicho de otro modo, se dan a conocer los propios pensamientos a través de la persona. Sin ésta, las proposiciones son espectros, insignificancias, que el orador levanta, alimenta y engrandece poniendo al servicio de las mismas sus cualidades. Lo más grande e importante al servicio de lo más pequeño, porque la idea por sí solo no se vale; tiene que ser sostenida, y la sostiene la persona. Por consiguiente, si hemos de ver la propuesta, hemos de ver a la persona que nos la propone. De aquí se deduce que no es la verdad en sentido «absoluto», sino *mi verdad* lo que se da a conocer. Y «mi verdad» es —repito— «mi persona», con lo que es la persona y sus inquietudes lo que se dan a conocer realmente. Se concluye, por tanto, que lo que vale aquí es la autenticidad del hombre: el grado de sacrificio que está dispuesto a ofrecer por su razón o por su historia. De modo que los oyentes

«El argumento es la honestidad de la vida pública, porque la gente se convence con argumentos públicos, no con artimañas calladas o maniobras inconfesadas, que pretenden llevar a las personas hacia donde ellos no saben.»

[12] Aprender a leer y a escribir no fue tarea educativa generalizada entre la juventud desde los tiempos homéricos; su extensión comenzó en el periodo clásico. Pese a que la escritura y su lectura fue cobrando cada más relieve, siempre fue más importante entre los griegos saber «hacer» y «decir».

[13] *La antigua Grecia*, *op. cit.*, página 89.

[14] Un cambio de mentalidad, que degrada esta concepción asentada sobre la idea de «nobleza» extendida a todo el pueblo, todavía vigente en la Edad Oscura griega (1150-700), surge con la toma del poder de ciertas oligarquías terratenientes contra los *basileus* (caudillos) y los *demos* en la Era Arcaica (700-500 a.C.), las cuales situaban sus *timés*, sus *famas* y sus *glorias,* en la malsana codicia de riquezas, que llega a establecer entre los griegos, entre los campesinos en tiempos de paz, hoplitas durante la guerra, la esclavitud por deudas. Vejación que el reformador Solón (640-558 a.C.), uno de los Siete Sabios de Gracia, consigue abolir con sus reformas democráticas («liberación de la carga»).

«¡Pega, pero escucha!» —dijo el ateniense Temístocles al espartano Euribíades, cuando éste irrumpió en una asamblea de jefes militares con agresiones físicas. Busto de Temístocles.

«Somos los únicos —dijo Pericles en uno de sus discursos— que a quien no toma parte en los asuntos de la polis lo consideramos no un despreocupado, sino un inútil.» Busto del político griego.

terminen diciendo: «*de esta persona me fío; es ella la que me convence*».

De todo lo expuesto se deduce que la «verdad» en la que creían los griegos o los romanos y, por ello, la retórica, no era una verdad absoluta; no en una verdad rígida y única, sino la Verdad de las múltiples «verdades posibles». El mundo del orador es, así, dialógico, no dogmático o incontestable. Las verdades en el orden retórico, todas, podían y debían ser discutidas. Es más, la oratoria intervenía allí donde lo verdadero o lo falso no estaban nada claros. Esta era una concepción de la verdad basada en la polémica, en el debate, en la controversia. La verdad surgía de la confrontación y de la lucha, y como éstas —según lo acordado entre todos— no podían ser violentas, tenían que ser pacíficas. La verdad dialógica requería siempre ARGUMENTACIÓN.

«En la oratoria griega o romana la clave es la persona no el mensaje; de hecho el "mensaje es la persona". Porque la idea por sí sola no se vale, ni es nada; tiene que ser sostenida, y la sostiene una persona.»

El argumento

La acción oratoria se desplaza enseguida hacia el argumento. «¡Pega, pero escucha!» —dijo el ateniense **Temístocles** al espartano **Euribíades**, cuando éste irrumpió en una asamblea de jefes militares con agresiones físicas.[15] El argumento, que se vale de la palabra, es un instrumento de paz. Y es tanto más convincente, sólido, poderoso y eficaz cuanto más clarificador sea; y es tanto más honesto cuanto más público y abierto sea. Para **Cicerón**, el argumento convierte en creíble algo dudoso. La clarificación argumental es el esclarecimiento de las cosas. Y el argumento es la honestidad de la vida pública, de la *polis*. ¿Por qué? La gente se convence con argumentos públicos, no con artimañas calladas. Lo contrario es manipulación: llevar a otros hacia no saben qué. Podemos ensayar, entonces, una definición de argumento: *Dirigirse a otro con expresivo razonamiento esperando su aquiescencia, su adhesión, su rechazo o indiferencia; con lo cual requiere libertad e igualdad (soberanía) de quien habla y de quien escucha.* Tal es la honestidad de la vida pública, la cual implica actuar a cuerpo limpio sin esconder nada, sin anteponer el secreto; manifiesta, por tanto, una conciencia limpia, sin engaños. Cuando eso sucede y las personas pueden ser vistas a las claras, con sus argumentos, afirmamos encontrarnos en

[15] Ángela Sierra, *Los orígenes de la ciencia de gobierno en la Atenas clásica*, Lerna, Barcelona, 1989, página 5.

el seno de una sociedad política verdaderamente honesta, sin doblez, auténtica y pacífica.

Hemos alcanzado la altura de poder aportar una definición del DISCURSO, el corazón de la expresión oral, como dijimos más arriba. Adicionando todos los ingredientes que han ido apareciendo, podremos decir: *Discurso es la exhibición personal e incruenta de un ejercicio intelectivo expresado mediante el gesto y la palabra con la franca intención de mostrar, convencer, deleitar, entusiasmar y persuadir a un público con eficacia.* ■

Conclusión

La oratoria decae o se eclipsa —y con ella la democracia— cuando su arte es sepultado debido a tres motivos indistintamente, que tanto pueden operar juntos como por separado:

- Por el recurso a la fuerza, a la violencia o a la guerra.
- Cuando quien detenta algún poder de influencia en los demás no confiesa abierta y públicamente sus intenciones.
- Cuando se quiere imponer una verdad dialógica (discutible), una versión de las cosas sobre las demás, a las que no se les deja el recurso de la libre expresión.

HABILIDADES SOCIALES

ARTE DE HABLAR EN PÚBLICO
BIEN Y SIN MIEDO

NEGOCIACIÓN PERSUASIVA

LIDERAZGO

ESCUELA DE ORATORIA

Cursos teórico-prácticos dirigidos a todas las personas independientemente de su formación cultural, actividad profesional o relación social.

OBJETIVOS

- Superar los **nervios** y enseñar a hablar en público **sin miedo**.
- Estimular la **autoconfianza**.
- Perfeccionar el **autodominio**.
- Contagiar **entusiasmo**.
- Enseñar y negociar **persuadiendo**.
- Aprender a **convencer con** argumentos.
- Mejorar nuestra **imagen personal** y pulir nuestra **comunicación no verbal**.
- Adquirir **temple y dominio** ante cualquier situación.
- Conseguir **claridad**, **rigor**, **amenidad** y **deleite** en nuestras expresiones públicas.
- Dotar de **ánimo** y **seguridad a nuestras relaciones** humanas.
- **Vencernos a nosotros mismos** y ser capaces de **superar los momentos difíciles**.
- **Decir** siempre **la verdad**. Descubrir cuándo nos mienten o manipulan.
- Aprender a ser **líderes de nuestro tiempo.**

INFORMACIÓN: retorica@vodafone.es

a fondo

Raíces para una democracia europea

Josep Carles Laínez

Escritor. Jefe de redación de la revista Debats. *Premio de Poesía Ciutat de València. Entre sus poemarios, ha publicado* Bel Diya, Música junto al río o Anxia. *Tiene también en su haber el Premio de Teatro de la Academia de la Llingua Asturiana.* Elsa metálico o Berlin *son dos de sus obras de arte dramático. Ha publicado igualmente un libro de aforismos,* In Hoc Signo Vinces. *Entre los últimos, el ensayo,* Ene Marginalia; *y, a punto de aparecer,* Breviario pagano.

La inicial distinción entre «pueblo», «sociedad» y «gentío» lleva al autor de este artículo, siguiendo la enseñanza de Polibio, a reflexionar sobre el estado de salud de nuestra democracia actual y, a la vista de su precaria situación, a diagnosticar un futuro no demasiado halagüeño para nuestro sistema político europeo. La situación debería de hacernos meditar en la nueva edad oscura cuya aproximación se intuye. Que así sea.

No es democracia aquella en la que el pueblo hace cuanto le apetece y se le antoja, sino en la que prevalecen las costumbres de venerar a los dioses dioses, respetar a los padres, reverenciar a los ancianos y obedecer las leyes.

POLIBIO

Polibio, en la cita introductoria de este artículo, da una definición de democracia con la cual, hoy, pocos estarán de acuerdo. Nos está hablando de una democracia interna, de un pueblo cuyo poder —el primer poder, el básico, el enraizado en las costumbres— lo ejerce en un ámbito alejado de la política modernamente entendida, no porque sea dispar o antitético, sino porque la trasciende. Tal pueblo no necesita de proyecciones teóricas para creerse libre y dueño de un sistema concreto: según las premisas del historiador grecorromano, le basta con aplicar unas pautas fundamentadas, al fin y al cabo, en la tradición y el recto juicio. Éstos son democráticos, por cuanto se revelan de obligado cumplimiento para la vida en común y no requieren de explicaciones añadidas. He aquí la verdadera democracia para **Polibio**, la de quien ve en el pueblo no un conjunto determinado de gentes (la sociedad en un sentido global), sino un bloque (matizo más: no una masa) cuyo estilo de vida y comportamiento aseguran la continuidad de unos rasgos precisos e identificativos, es decir, de una nación. Diferencio aquí, por tanto, «pueblo» y «sociedad», al igual que distingo entre «pueblo» y «gentío».

Pueblo, sociedad, gentío

Defino «sociedad» como el conjunto de individuos que habita en un país en un momento dado, con independencia de sus derechos políticos, su nacionalidad y su origen. El pueblo, por el contrario, es el grupo humano que ha hecho posible ese país y lo gobierna. Un ejemplo concreto: a la sociedad en Europa pertenecen todos los individuos que residen en ella; al pueblo europeo sólo pertenecemos los europeos. Y éste el pueblo ni se pacta, ni se compra, ni se consigue, ni se legisla: se hereda. Con toda evidencia, el estado (y el Estado) ideal es aquel donde el pueblo es toda la sociedad, es decir, donde no hay sociedad ajena al pueblo.

Por otra parte, el gentío es la excrecencia del pueblo, cuantitativamente cada vez mayor en épocas decadentes. El gentío se menosprecia a

sí mismo y sólo busca la pérdida de los referentes y de los rasgos que lo conforman. Surge siempre con buenas palabras, con talante dialogador, pactista, sumiso. Pero lleva en sí un virus mortal.

Partamos, pues, de Polibio para intentar acomodar la plantilla de su definición a la Europa de hoy día. El pueblo, con otras palabras, es la parte de la sociedad cuyas características comunitarias están cohesionadas, donde el reconocimiento se da entre iguales y la pertenencia a él se rige por el *ius sanguinis*. Más allá de estas particularidades imprescindibles, se abre paso la sociedad, compuesta por miembros de diferentes pueblos con otros rasgos identificativos concretos, aunque éstos sólo tendrán validez, y valor, en sus respectivos territorios, donde, es natural, constituirán un pueblo rector, a su vez, de otro conjunto humano llamado sociedad.

Democracia según Polibio

La democracia, por tanto, en la mente de Polibio, se ejercerá en el seno del pueblo, de los individuos libres y comprometidos con una actitud de vida determinada. Todo pueblo tiene su territorio y en él ha de ejercer sus derechos democráticos. Ahora bien, resultaría increíble a la luz de Polibio que la sociedad se arrogara los derechos del pueblo para actuar por él, sobre él y, lo peor, contra él (por supuesto, con el resentimiento del suplantador). En términos cuantitativos, el pueblo siempre será inferior a la sociedad sobre la cual actúa; en términos cualitativos, por el contrario, la estructura siempre habrá de tener forma de pirámide: el pueblo por encima de la sociedad. Al fin y al cabo, es ésta la beneficiaria íntegra de las virtudes del pueblo, de su idiosincrasia, de sus progresos o sus bendiciones. Pero este «por encima» se produce desde un punto de vista estructurante: no quiere decir opresión, tiranía o desvalimiento de quien no se encuentre «en su interior», sino tan sólo que tal conjunto humano ostenta la *auctoritas* sobre la sociedad. Los individuos presentes en ella, y no pertenecientes al pueblo (éste no se puede elegir, a éste se pertenece a través de la sangre) se hallan ahí por voluntad propia (no entro ahora en las vicisitudes concretas del momento de la escritura de la *Historia* de **Polibio**, me centro en nuestro presente tan sólo, es decir, obvío la esclavitud). Esos individuos han acudido a morar junto a un pueblo porque la *auctoritas* ha irradiado su poder, al menos, de atracción. De la sociedad, por tanto, partirá, siempre, un intento de emulación, de un querer ser «como el pueblo» donde el extranjero se acoge. Se imitarán comportamientos externos, lenguas, costumbres, pero nunca se llegará a ser pueblo distinto al pueblo de donde se procede, pues un intento así llevaría a la desaparición de las particularidades de los emuladores (extrañas al pueblo) y, con el tiempo, del emulado (el pueblo), cada vez menos distinguibles en la copia burda de quien imita o falsea. La explicación no es otra que se tendería a igualar hacia abajo, a allanar las desemejanzas tapando con la tierra de las cumbres el vacío de los hondos. Dice un proverbio saharaui que cuando un cuervo intenta imitar el vuelo de un águila, nunca lo logra y acaba por olvidar su propio modo de volar.

«La democracia, en la mente de Polibio, se ejercerá en el seno del pueblo, de los individuos libres y comprometidos con una actitud de vida determinada.»

Dioses, padres, ancianos, leyes… La sucesión de **Polibio** puede ser arbitraria, pero yo la percibo como una unión de la democracia con la teocracia: nuestro pueblo (antes con el nombre de Roma, ahora con el de Europa) funda-

Grupo de San Ildefonso

Hipno.

mentado en nuestros dioses; los padres y los ancianos en el centro de esa tetrarquía esencial. Hay un requerimiento, así, de la palabra fundante, del vínculo cotidiano con los preceptos que nos configuran como somos: de quien nos dio la vida, de quien nos transmitió nuestra herencia cultural y espiritual, de quien instituyó los códigos de esa donación y, cómo no, de los inmortales a quienes tendemos en una emulación digna y siempre mutable. Si algo de esto se pierde, la democracia dejará de funcionar. Es decir: se perderá el gobierno del pueblo por y para el pueblo como entidad abarcadora de leyes, ancianos, padres y dioses. No hay nadie externo al pueblo, al ser éste su propio dador y receptor a la par. Un elemento cohesionado, por tanto, un espacio donde vivir y ejercer la libertad que impone la necesidad de ser eslabón de esa cadena que a sí misma se forma y se reforma. La democracia, por tanto, no es anarquía ni ágape asambleario. Puede adoptar estos ropajes si sus piedras angulares son sólidas y es sentida como perdurable. Sin embargo, va más allá, pues se incardina en los vectores radicales de la existencia de quien la vehicula. Tampoco estoy afirmando a la ligera la bondad de nuestro sistema político de hace más de dos mil años. Admitía matices y fue transformándose. A esto tampoco era ajeno **Polibio**, quien ya, en el periodo en que la historia de nuestra nación daba sus primeros balbuceos, pensaba en un retorno cíclico de las seis formas de gobierno identificadas por él.

«Para Polibio, la democracia deja de funcionar sin la constante referencia a los dioses, a los padres y ancianos y a las leyes. Ahí se encuentran vida, identidad y cultura.»

Desvirtuación de la democracia

Cabría meditar en nuestros días, cuando los dioses gracias a quienes fuimos lo que aún somos se han visto relegados por un dios tribal ajeno y la tradición es denostada en provecho de la aculturación, cuando se recluye a los ancianos en prisiones acondicionadas y los padres dejaron de ser educadores y primera pantalla a través de la cual acercarse al mundo, dónde quedó aquel antiguo ardor de ser y de ser siempre, de instituir la continuidad con los valores candentes de la Roma eterna transmutada ahora en una Europa aturdida.

Diadumeno.

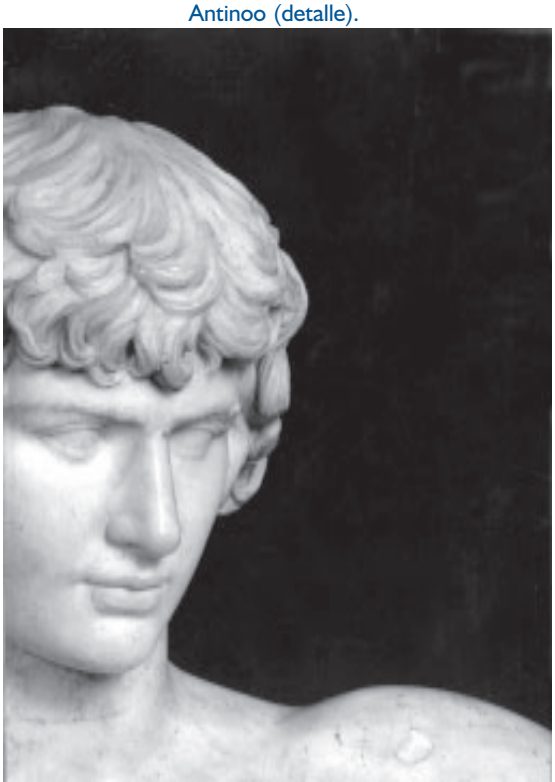
Todo indica una paulatina desvirtuación de la democracia. Algunos rasgos del mundo contemporáneo lo sancionan. Si se han perdido los valores que la hicieron posible, la democracia, por fuerza, claudica. No sólo porque el pueblo deja de serlo, sino porque ya no atiende a esa correa de transmisión imprescindible para seguir siéndolo. En el momento en que se confunde la humanidad con el humanitarismo, la fuerza con la violencia o el valor con la arrogancia, ha de advenir necesariamente un estado donde la Europa de hoy (el Imperio de antaño) adopte formas del todo irreconocibles. Y en esta situación, por desgracia, nos encontramos ahora. El pueblo comienza a tener fisuras en su armazón, éstas, tanto gracias a elementos externos a él, como a individuos nacidos en su seno, abren una vía de salida o de entrada hacia la esfera contigua, la «social». La confusión del pueblo demócrata con la sociedad polícrata es ya un signo del desconcierto. Con una diferencia: ésta no se va a mostrar cohesionada y unida, no va a disponer de un programa de puntos para desarrollar y mantener, no va a tratar de igual a igual, no va a sentir respeto por nada valioso, pero ajeno. No, asistirá al desmoronamiento de una estructura vital que desea destruir. Y empezará a hacerlo al ver elementos del pueblo iniciando la tarea. Es entonces cuando el pueblo excreta por esos conductos a quienes sirven de unión entre la sociedad y él mismo, convertido, cada vez de forma más rápida, en «gentío». La democracia está des-

apareciendo gracias a dos fuerzas sólo en apariencia contrarias: la de los resentidos y la de los traidores. Con toda lógica, los elementos de la sociedad con influencia creciente en el pueblo, y que no pueden acceder a la democracia, desearán la instauración de un nuevo régimen. ¿Cuál?

Nuevo régimen

En el esquema de **Polibio**, la democracia no estaba seguida por la tiranía (al menos, no como consecuencia directa), sino por la oclocracia, es decir, por el gobierno del populacho. Los miembros de la sociedad, que, no lo olvidemos, siguen perteneciendo a otros pueblos cohesionados y potentes, habitantes de sus territorios respectivos, ven cómo la *auctoritas* del pueblo anfitrión es denigrada por algunos de sus voceros, cómo, de manera asombrosa, se menosprecia todo cuanto lo conforma como ente político-cultural diferenciado, cómo se ceden derechos del pueblo a quien no es pueblo. Se produce, por tanto, junto a la oclocracia, un proceso de colonización al principio imperceptible. Y si un pueblo deja de respetarse a sí mismo (o, aún peor, se considera la encarnación de todos los males) no puede, de ningún modo, exigir que se le trate con respeto, que se le juzgue, casi vencido, por igual. Aquí, la emulación procedente de la sociedad deja de existir y se tiende, sin pausa alguna, a la sustitución, a la imposición de patrones ajenos sobre el pueblo acogedor. De inmediato, se olvidan los dioses vencidos por otro dios, las leyes se consideran intransigentes porque es imposible adecuarlas a la idiosincrasia de otras culturas, y el valor de los padres y los ancianos es, de forma lógica, menospreciado, pues son justamente se ha de huir de sus principios, dado que ellos, dirán los nuevos profetas, nos convierten en intolerantes, en exaltados, en peligrosos. El pueblo, entonces, se dividirá en clanes e instaurada ya la oclocracia como ordenación fundamentante, ésta adoptará la forma de gobierno partidocrático en su mostración pública y política.

Antinoo (detalle).



En Europa, queda muy poco para tal consumación. Sin embargo, nos quieren seguir haciendo creer que vivimos en la democracia de nuestros antepasados o, como mínimo, en esa forma ideal en la que un pueblo concreto se gobernaba a sí mismo. Bien o mal, pero a sí mismo.

El valor de la democracia para **Polibio**, intelectual heleno subyugado por el empuje romano, habría de hacernos meditar en la nueva edad oscura cuya lobreguez se intuye. Imperceptiblemente, van cayendo los cuatro puntos rectores de aquel historiador que quiso indagar en el porqué de la gloria de Roma, es decir, de nuestra gloria, y de la suya también. Han ido difuminándose uno tras otro. Y corren de nuevo las voces que gritan por **Aquiles** a las puertas de Troya, por **Leónidas** en las Termópilas, por **Alejandro** en la ciudad que lleva su nombre, por **Juliano** en Ctesifonte. Y si su memoria se apaga, de qué servirán nuestras venas abiertas, de qué el tiempo consumido en la premura de sus nombres. Ellos se hallaban más allá de regímenes políticos decadentes, por encima del populacho que ignora quién es porque se ve, *o tempora, o mores*, ridículo, vulgar, aburrido, anodino…

«Los dioses han sido relegados, los ancianos viven sus últimos días en jaulas de oro, los padres han dejado de ser educadores… En esta Europa aturdida, todo indica que la democracia se desvirtúa.»

Se trata, por consiguiente, de instaurar la democracia verdadera mientras aguardamos el designio de los dioses: apuntalar lo aún no perdido, retomar lo ahora minoritario, imponer la voz que sea voz nuestra, sin nada ajeno. Y no ceder a ninguna presión de buenas intenciones, a ningún fantasmagórico diálogo de convivencia. La historia demuestra la falsedad de tales requerimientos y bien sabemos que los caballos de Troya acaban en destrucción. En Europa, tan sólo deseamos ser lo que nos corresponde: ciudadanos de una nación que encuentre en el anochecer de cada día la promesa de un alba luminosa. ■

La opresión de las costumbres en la sociedad moderna

Rodolfo Vargas Rubio

Historiador y teólogo. Presidente de la asociación cultural religiosa Roma Æterna. *Autor de* ¿El último Papa? Benedicto XVI y su tiempo.

La Revolución Francesa estalla en el país galo, y pronto se extiende vertiginosamente contagiando a Europa entera gracias a la presencia beligerante de Napoleón Bonaparte. El resultado no se hace esperar. Un gran cambio sobreviene. Al contrario de lo que podría haberse esperado, las costumbres se hacen más rígidas y agobiantes, se pierde en frescura y vida alegre, se extiende el control social y la existencia se radicaliza. Salvo excepciones a la regla, el continente europeo inaugura una época no demasiado luminosa.

La tesis de mi artículo anterior en el n.º 1 de esta revista —artículo del cual es continuación el presente— descansaba sobre la consideración de cómo, a pesar de una normatividad restrictiva de la conducta individual y social (basada en la moral cristiana), de hecho las autoridades se mostraban más o menos tolerantes y, a veces, francamente permisivas, sobre todo a partir del Renacimiento y durante los siglos XVII y XVIII, en los que prácticamente toda Europa tuvo por punto de referencia obligado a la Francia clásica y, de modo particular, a la corte de Versalles.

A finales del siglo XVIII, se produjo el gran asalto al poder político por parte de la burguesía, que ya era potente en lo económico. El ambiente se hallaba suficientemente caldeado por las novedosas ideas de «libertad individual», de «ciudadanía», de «derechos del hombre», que, importadas del otro lado del Canal de la Mancha,[1] se habían puesto de moda entre la joven generación aristocrática, que había luchado con los patriotas de la Revolución norteamericana de 1776, quienes los enarbolaron, paradójicamente, contra el dominio del país que había sido su cuna.

El mito de la Revolución Francesa

Un mito que hay que disipar consiste en que la Revolución Francesa fue un movimiento del pueblo, levantado en armas contra un régimen anquilosado, causante de un supuesto estado de retraso y pobreza en el que se habría hallado Francia al abrirse los Estados Generales de 1789. Como muy bien ha demostrado **Pierre Gaxotte** en sus ya clásicos ensayos sobre la época de **Luis XV** y la Revolución,[2] la Francia del siglo XVIII era, contrariamente a lo que suele pensarse, un país próspero y desarrollado, con el mayor potencial humano y de recursos de Europa (por encima de Inglaterra). En Francia convivían, además, los principios de la tradición del Antiguo Régimen con elemen-

[1] La *Glorious Revolution* de 1688, que había destronado al último Estuardo, Jacobo II, había tenido un gran teórico en John Locke, adalid de las libertades individuales, por oposición a Thomas Hobbes, postulador de la monarquía de derecho divino encarnada en Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia (1603-1625). Locke y otros filósofos políticos ingleses como Bolingbroke y Shaftesbury, fascinaron a los intelectuales franceses de la Ilustración. Voltaire se convirtió en el gran difusor de sus ideas en Francia al publicar sus *Lettres philosophiques* en 1734, lo que contribuyó a una poderosa ola de anglomanía. De Inglaterra habían venido también: la gran contribución de Newton al progreso científico y las teorías sobre el liberalismo económico de Adam Smith.

[2] Cfr.: *La Révolution française* y *Le Siècle de Louis XV* , ambas obras publicadas originalmente por Fayard y, a pesar del tiempo transcurrido desde su aparición, todavía no superadas.

tos impuestos por el desarrollo social y económico. La sociedad era aún de carácter estamentario, dividida en la clásica tripartición de estados u órdenes: nobleza, clero y estado llano. Existían, sin embargo, ciertos factores no desdeñables que permitían una movilidad social. La posesión y ejercicio de ciertos cargos de la administración regia implicaban el ennoblecimiento. El nuevo poder financiero representado por los *fermiers* se introdujo en el primer orden formando la tercera nobleza, al lado de la *noblesse d'épée* (feudal) y la *noblesse de robe* (parlamentaria). Las ciudades, especialmente París, eran los centros del desarrollo de la burguesía —que escapaba así a la estratificación tradicional y contribuyó poderosamente al dinamismo social—, al tiempo que constituían los lugares en los que el pueblo, libre de las servidumbres feudales, vivía en una relativa libertad y desenfado, bajo la protección regia.

El alto relieve de la imagen, titulado *La Marsellesa*, evoca la Revolución Francesa, en uno de los laterales del Arco de Triunfo, en París.

Fueron precisamente el bienestar, el desahogo y la relativa independencia de la burguesía los que hicieron que ésta reflexionara y se preguntara por qué no podía tener, además de todo aquello, también el poder, y la respuesta fue su asalto implacable. La Revolución, como todo el mundo sabe, tuvo tres etapas: la monárquica (1789-1792), la republicana (1792-1804) y la imperial (1804-1815). La primera puede ser considerada de desmantelamiento del Antiguo Régimen; la segunda, de implantación de los principios jacobinos; la tercera, en fin, de difusión a escala europea de esos principios a través de las guerras napoleónicas. A cada una puede asignársele un personaje representativo y esto nos ayudará a comprender el cambio en las mentalidades e instituciones que se opera en la sociedad en aquél paso del siglo XVIII al XIX: **Mirabeau**, **Robespierre** y **Bonaparte**. Vale la pena esbozar sus perfiles respectivos.

Dicen que el rostro es el espejo del alma: **Gabriel-Honoré de Riqueti**, conde de **Mirabeau** (1749-1791), tenía el suyo picado de viruelas, como queriendo mostrar al mundo su corrupción moral, ese cínico libertinaje puesto de moda en la época de la Regencia y al que **Luis XV** —que murió curiosamente (todo un símbolo) de la temible enfermedad— diera expresión con su célebre frase *«après Nous le déluge»*, que hace evocar aquella otra que trae la Biblia: *«comamos y bebamos que mañana moriremos»* (I Corintios, XV, 32). Mirabeau es la expresión más acabada del aristócrata de fines del Antiguo Régimen: aventurero, licencioso, irresponsable, dispendioso, amoral, irreverente y descarado. Una especie que nació hacia finales del reinado de **Luis XIV**, y que halló en el Regente —hijo de *Monsieur*—[3] su máximo exponente, que daría la tónica al siglo de Luis XV el Bienamado. El tipo fue magistralmente caracterizado por **Choderlos de Laclos**, secretario del duque de **Chartres** (futuro **Felipe Igualdad**) en su celebérrima novela epistolar *Les liaisons dangereuses,* y acabó penetrando la púdica corte del cándido **Luis XVI** a través de la permisividad reinante en el séquito de **María Antonieta**.[4] Mirabeau era un caso perdido de

[3] *Monsieur*: el primogénito de los hermanos del Rey.

[4] Quizás el símbolo más lamentable de la miopía de la nobleza francesa en este período lo constituya el éxito que entre ella cosecharon: *Le mariage de Figaro* y *Le*

vida licenciosa incluso para su propio padre, el austero marqués economista, que tuvo que pedir para él una *lettre de cachet*, mediante la que le hizo encerrar en prisión en la isla de Ré en el Atlántico, de la cual salió para participar en la conquista de Córcega. Después de casarse con una rica heredera provenzal y haber dilapidado su fortuna y la de su mujer, volvió a la prisión (esta vez en el castillo de la isla de If en el Mediterráneo), a la que le envió su padre mediante una nueva *lettre de cachet* para salvarle de sus acreedores. En los años sucesivos se vio envuelto en el rapto de una doncella a la que había seducido, lo que le valió la pena de muerte (que se ejecutó en efigie).[5] Después de una carrera caracterizada por múltiples altibajos (incluyendo una misión secreta a Prusia, que le fue confiada por el ministro **Calonne**), logró hacerse elegir diputado del Tercer Estado por Aix y Marsella para asistir a los Estados Generales de 1789.[6] Es conocida la respuesta dada al enviado del Rey, el marqués de **Dreux-Brézé**, en nombre de todos los diputados reunidos en el *Jeu de Paume*: «Id a decir a vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo y no saldremos sino con la fuerza de las bayonetas», palabras grandilocuentes que hicieron fortuna y que disimularon el doble juego de Mirabeau, que coqueteaba con la corte mientras tronaba en las tribunas revolucionarias contra el «despotismo». En honor a la verdad, pese a su doblez, el díscolo conde y su elocuencia arrebatadora eran la única garantía que tenían el Rey y la familia real en unos momentos en que la situación se precipitaba velozmente. De ahí que, cuando murió inopinadamente el 2 de abril de 1791, **Luis XVI** decidiera que no había otra salida para él y los suyos que la huida. Pero **Varennes** es otra historia.

«Que la Revolución Francesa fue un movimiento del pueblo, levantado en armas contra un régimen anquilosado, es otro de los mitos que hay que deshacer. Fue, en realidad, una revuelta por el poder, protagonizada por la gente acomodada.»

Maximilien de Robespierre (1758-1794), abogado de profesión, era el polo opuesto de Mirabeau, como buen representante que era de la pequeña burguesía emergente a fínales del siglo XVIII, imbuida de las ideas nuevas que habían contribuido a difundir los autores de la Ilustración y los Enciclopedistas. Entre éstos, **Rousseau** era, por así decirlo, el profeta que había revelado al joven Robespierre la flamante religión del naturalismo. De acuerdo con esta concepción —diametralmente opuesta al dogma católico del pecado original—, el ser humano nace en estado de inocencia (el mito del *bon sauvage*), siendo la vida en sociedad la que lo corrompe, debido al choque de intereses de las múltiples individualidades, que propicia el

barbier de Séville, comedias corrosivas y subversivas de Beaumarchais, en las que alegremente se hace escarnio de todo lo que conformaba los cimientos de la sociedad tradicional. Se cuenta que, después de haber leído la primera, Luis XVI sentenció: *«Esto nunca será representado. […] Ese hombre hace irrisión de todo lo que en un gobierno debe respetarse»*. Y la obra fue prohibida por la censura real, suspendiéndose en el último momento la primera puesta en escena en el *Théâtre des Menus Plaisirs* el 13 de junio de 1783. Sin embargo, la pieza subió de todos modos al proscenio de manera clandestina en casa del Conde de Vaudreuil en Genevilliers. Nada resulta más dramáticamente sarcástico que imaginarse a esos aristócratas inconscientes riendo a cada frase que, como un golpe de ariete, atacaba sus antiguos y aún vigentes privilegios. El colmo de la ceguedad de tan irresponsable sociedad lo constituye la representación en la Corte de la ópera de Paisiello *Le barbier de Séville*, inspirada en la pieza de Beaumarchais, el 19 de junio de 1785, en la cual la propia María Antonieta cometió la inaudita imprudencia de interpretar a Rosina. La apoteosis del autor llegó el 19 de agosto de 1787, cuando fue invitado a Versalles para una nueva puesta en escena de *Le barbier de Séville*, durante la cual fue aplaudido y festejado por aquellos mismos en quienes su pluma se cebaba acremente. El prestigio del comediógrafo y hombre de negocios se elevaba en dirección inversamente proporcional al de la Reina y su círculo, gravemente afectado por el Asunto del Collar, que había estallado públicamente el 15 de agosto de 1785. Cabe decir sin temor a exagerar que fueron este lamentable episodio y el insensato apoyo a las comedias de Beaumarchais lo que perdieron a la que el pueblo ya empezaba a llamar desdeñosamente *l'Autrichienne* («la austriaca»).

[5] La majestad de la Ley exigía su cumplimiento formal aun en ausencia del condenado; de ahí las ejecuciones «en efigie», en las que se cumplía la sentencia (decapitación, hoguera, azotes, etc.) sobre un muñeco o simulacro del reo. El simbolismo del acto impresionaba a los espectadores. No podemos no evocar, en el caso de España, el famoso destronamiento en efigie de Enrique IV de Castilla por los nobles que apoyaban al infante don Alfonso (hermano menor de la futura Isabel la Católica), al que llegaron a aclamar, después de la pantomima, como Alfonso XII, aunque no llegó a reinar.

[6] Lo cual no ha de reputarse a amor por el estado llano, sino a puro oportunismo, pues el estamento nobiliario, al que pertenecía por el nacimiento, rechazó su representación por la Provenza debido a que, viviendo su padre, no poseía feudo personal.

que los que tienen más fuerza triunfen sobre los más débiles y los sometan (en lo cual se halla el principio del despotismo y de la tiranía). Rousseau afirma que no siempre fue así y recurre entonces a un segundo mito: el de un «pacto social» primigenio (que nunca se dio históricamente) para explicar que, usando la razón, cada uno de los miembros de la primera comunidad humana renunció a una parcela de su libertad individual en aras del bien común, constituyéndose así la primera democracia, que el paso del tiempo y el fuego de las pasiones contribuyeron a destruir. De lo que se trata, pues, es de volver a ella mediante la abolición de las tiranías y la instauración del sufragio universal para elegir un gobierno que sea árbitro y administrador del bien común. Pero como los grandes conglomerados humanos no permiten que todos sean elegibles y elegidos, la mayoría de individuos delega su representación en los que cree más capaces (base del sistema de partidos, que hace ilusoria la democracia entendida a la manera clásica). Aunque personalmente Rousseau distó mucho de ser un hombre virtuoso y se acomodó a las costumbres de su siglo, no por ello dejó de predicar la vida morigerada y austera, ideal que le venía de sus raíces calvinistas, profundamente imbuidas de puritanismo. Recordemos que tema recurrente en los escritos de los autores contemporáneos era el de las virtudes de los romanos de la República. El mismo **Montesquieu** había publicado un ensayo titulado *Considérations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence*, en el que abundaba sobre el tema de la pérdida de los valores republicanos (que él atribuía a la difusión del epicureísmo, la pérdida del sentido religioso y la vida lujosa propiciada por la opulencia que la expansión romana produjo a finales de la República). Se admiraba a los dos **Brutos**: el que acabó con la monarquía de los Tarquinos en el siglo VI a. de J.C. y el asesino de César, a quien se veneraba como tiranicida. Robespierre bebió en estas fuentes hasta la saciedad y, sinceramente convencido de ser el regenerador de Francia, inició una carrera meteórica, que le llevó en poco más de tres años a la cumbre del poder. Sus convicciones eran sólidas y tenían la inexorabilidad de los dogmas de fe; sus costumbres, intachables hasta el punto de ser conocido como *el Incorruptible*, lo cual, en medio de la vorágine de desenfreno sin límites que se desencadenó en los turbulentos años revolucionarios,[7] es ya notable. Robespierre era un puro, un cátaro de la política: mucho más temible, por tanto, que un mortal sujeto a las comunes pasiones humanas. El que se siente intachable, que ha llegado a la ataraxia moral, es incapaz de transigir con la debilidad ajena y corta por lo sano. Por

«Muchos y profundos fueron los efectos de la Revolución, pero ninguno de tan amplio alcance como las reformas acometidas en el plano de la justicia y sus aplicaciones. Más tolerante y personalizada en el Antiguo Régimen, la nueva justicia se tornaba más rígida, extensa, impersonal e implacable.»

[7] Y que Restif de la Bretonne pinta tan bien en *Les nuits révolutionnaires*.

Rebeldes de la Vendée francesa contra la Revolución.

Napoleón en la batalla de Somosierra, en Madrid, 1808.

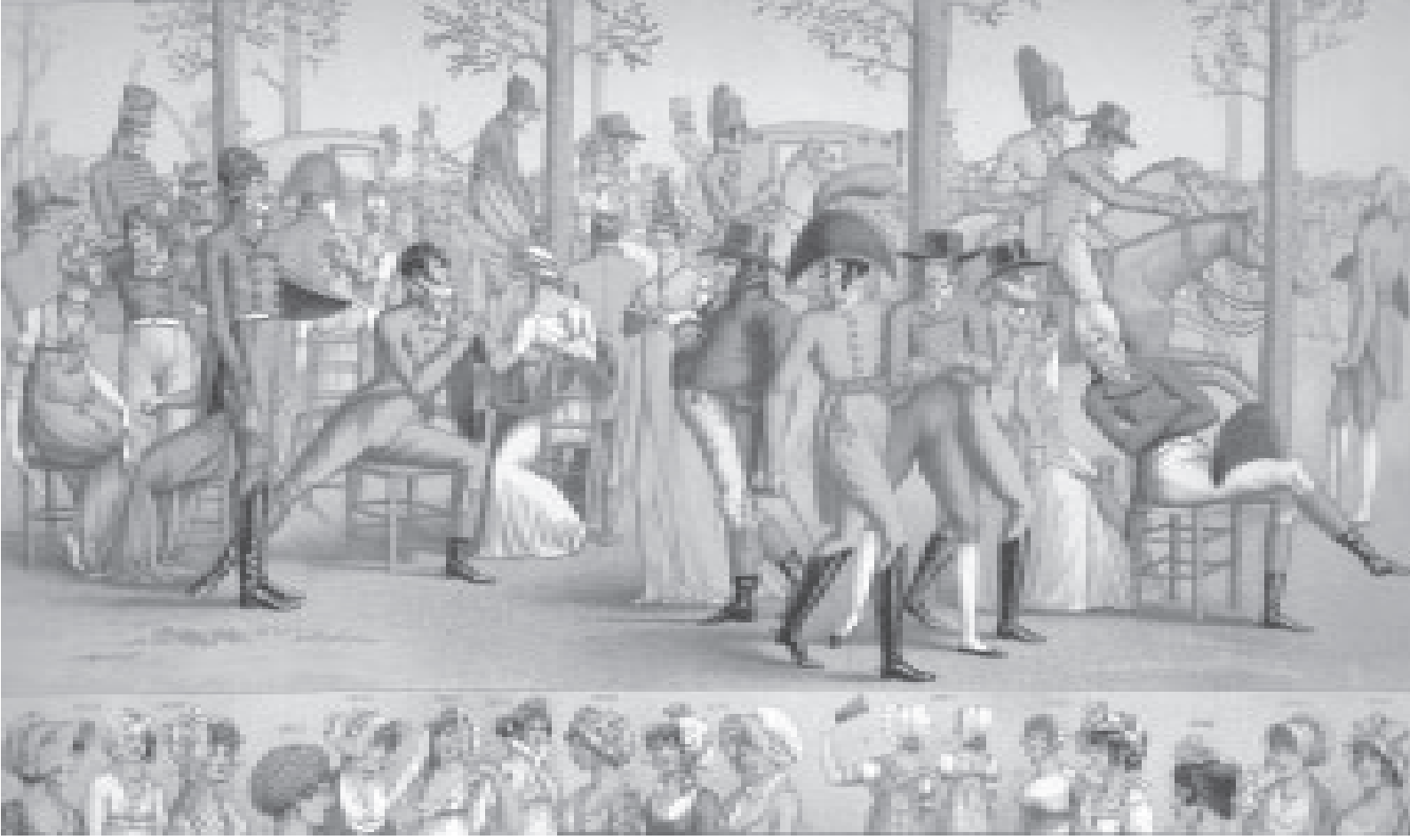
eso no es extraño que, con este género de personas en el poder, se hayan dado regímenes de una extraordinaria crueldad: no es casualidad que **Pol Pot** y sus *Khmers Rouges* se consideraran exentos de la «corrupción burguesa» y en nombre de una pretendida regeneración de Camboya, hicieran tabla rasa de toda la tradición y eliminaran en el intento a, por lo menos, la cuarta parte de la población total del país.[8] Ya se sabe lo que para Francia significó la dictadura del *Incorruptible*: un baño de sangre sin precedentes y que no tendría igual en lo sucesivo. El 9 de Termidor (27 de julio de 1794) le puso fin, pero no a la Revolución como toma burguesa del poder; por eso **Trotski** pudo decir: «Termidor fue la reacción que actuaba sobre los fundamentos sociales de la Revolución».[9]

«La Revolución Francesa produjo y consolidó, en sus tres etapas, el cambio de una sociedad tradicional, jerárquica y relativamente permisiva hacia otra moderna, burguesa y puritana.»

Nuestro tercer personaje clave es **Napoleón Bonaparte** (1769-1821), a cuyo apellido debemos el término «bonapartismo», aplicado a la institucionalización de los procesos revolucionarios. No otra cosa fue su gobierno, desarrollado en dos etapas bien precisas: Consulado e Imperio. Bonaparte asaltó el poder mediante un golpe de estado: el del 18 de Brumario (9 de noviembre de 1799). Habiéndose hecho nombrar cónsul y entregar amplios poderes en virtud de una nueva constitución (la del año VIII), emprendió una serie de reformas decisivas, que se hallan en la base del cambio efectivo en las instituciones y en las costumbres. El principio fundamental que rigió toda la obra de Bonaparte fue el refuerzo del poder de la burguesía, dado que la estructura de la sociedad debía estar basada en la riqueza: es lo que se llamó el «régimen censitario». Para Napoleón, todo talento que no estuviera acompañado de riqueza podía constituir un fermento de sedición, por lo cual desconfiaba profundamente de los intelectuales y se enajenó a muchos de ellos (Mme **de Stael**, **Chateaubriand**, Mme **Récamier**). Es ésta una mentalidad típicamente capitalista, por lo que no es de extrañar que, durante la época napoleónica, se procediera a liquidar todo vestigio de la antigua sociedad tradicional estamentaria y feudal que hubiera sobrevivido a la Revolución. En lo social, ya no existía la sociedad por

[8] Otros cálculos hablan de 2 millones y medio de muertos para una población de 7 millones…

[9] En «El estado obrero, Termidor y bonapartismo», *The New International*, julio de 1935.



Un paseo en el Bois de Boulogne. Los hombres habían comenzado a abandonar ya sus lucidos atavíos de colores, dejando solas a las mujeres para lucir sus figuras con sus vistosos vestidos y colores.

estamentos; en lo económico, habían sido abolidos los gremios; en lo político-administrativo, habían desaparecido las antiguas provincias (circunscripciones que eran fruto de la natural evolución histórica de Francia), substituyéndolas por departamentos (demarcaciones arbitrarias y sin tradición, fácilmente plegables al poder central); faltaba sólo dar un soporte jurídico a estos cambios revolucionarios, que fue precisamente lo que hizo Bonaparte. Su acción en este sentido fue determinante: la substitución del sistema jurídico tradicional por un sistema jurídico legal. Francia había sido durante siglos un reino de sistema plural: coexistía el derecho consuetudinario y jurisprudencial (en el Norte) con el Romano (en el Sur). Cada provincia, además, era celosa de sus propias tradiciones jurídicas y de sus usos, privilegios y exenciones. Tenía, además, sus propios parlamentos.[10] Todo ello se acabó merced a la legiferante labor napoleónica, que produjo los cuatro códigos fundamentales del sistema legal: el Civil (1804), el de Procedimiento Civil (1806), el de Procedimiento Criminal (1808) y el Penal (1810). De ahora en adelante, la ley escrita se convertía en fuente prácticamente exclusiva del derecho, lo cual iba a tener repercusiones importantísimas en la conducta de las personas. La ley, en efecto, no cae en desuso jamás y velar por su estricto cumplimiento es la labor de los poderes públicos, debiendo caer con todo rigor el brazo de la Justicia sobre sus infractores. Ya no había lugar para la tolerancia de hecho de las conductas juzgadas ilegales, como era de uso durante el Antiguo Régimen. Nunca se calibrará lo sufi-

[10] La institución francesa de los Parlamentos no ha de confundirse con la inglesa ni con la contemporánea. En Inglaterra nació el Parlamento como la reunión de los notables del reino convocada por el Rey para pedir subsidios extraordinarios y, poco a poco, se fue convirtiendo en un cuerpo legislativo, hasta que se sintió con la fuerza suficiente para enfrentarse con el poder regio, lo cual hizo en la Revolución de 1648, capitaneada por Cromwell. La Revolución Gloriosa de 1688 sentó las bases del actual sistema político británico, con predominio del Parlamento sobre el Rey, reducido este último a una mera figura simbólica (un *primus inter pares*), que reina pero no gobierna. Sobre este modelo se basa el moderno parlamentarismo: sea unicameral o bicameral, el Parlamento encarna el poder legislativo. En el caso de Francia, los Parlamentos son, sobre todo, los administradores de justicia, la magistratura, aunque también tienen la función de registrar las leyes y los decretos reales. Fue precisamente la tentación del poder a la inglesa lo que hizo de los parlamentos en Francia una institución rebelde, que apoyó la Fronda y el Jansenismo y se opuso sistemáticamente al gobierno de Luis XV. Bajo el reinado de este último, el ministro Maupeou acabó por suprimir los parlamentos (que Luis XVI tuvo la debilidad de restablecer algunos años más tarde). La Revolución, aleccionada por la Historia, acabó definitivamente con ellos.

ciente la importancia de este cambio en el sistema jurídico francés, que, además, fue adoptado por prácticamente todos los países de Europa.[11] Pero Bonaparte fue más allá aún: convertido en **Napoleón I**, emperador de los franceses desde 1804, recuperó los viejos fastos monárquicos para vestir mejor al nuevo régimen advenedizo y hacerlo aceptable a una sociedad que, después de todo, continuaba fuertemente vinculada a las tradiciones del pasado (no de otro modo se explica la posterior vuelta de los Borbones en 1814 y 1815). No se liquidan mil años de Historia sin que queden poderosos vestigios y atavismos.

Una sociedad más rígida, puritana y capitalista

Así pues, la Revolución, en sus tres etapas, produjo y consolidó el cambio de una sociedad tradicional, jerárquica y relativamente permisiva en otra moderna, burguesa y puritana. El cambio político y social fue propiciado por el cambio de mentalidad que se dio con el de la modificación de las relaciones económicas. Como muy bien expuso **Max Weber** en su célebre ensayo *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, hay que buscar en el puritanismo calvinista el impulso de la burguesía capitalista emergente. La doctrina de la predestinación, según la cual la elección divina para la salvación se visibiliza a través de la posesión de riquezas, se halla ínsita en las bases de la economía de tipo capitalista, caracterizada por una división del trabajo predominantemente patriarcal: el varón es el agente principal del trabajo (ya se trate del patrono o del obrero); a la mujer le toca desempeñar el papel de reproductora de la fuerza de trabajo dando a luz a la prole, nutriéndola y educándola para que sea útil para sí misma y para la sociedad el día de mañana. El lugar del varón, pues, es la empresa y la calle; el de la mujer, el hogar, del cual ha de cuidar como buena ama de su casa. Es éste el esquema que se impone y triunfa en lugar del más libre del Antiguo Régimen, en el cual los vínculos eran ciertamente sagrados, pero muy elásticos en la práctica. Las costumbres sexuales se hacen rígidas: la virginidad y la fidelidad conyugal se revalorizan; el fin del matrimonio es exclusivamente la procreación, a la cual debe subordinarse todo lo demás; la mujer no puede desviar su atención de este fin reproductor, por lo que se destierra la idea de que pueda procurarse placer sexual de las relaciones íntimas con su marido (en otras palabras, no puede comportarse como una meretriz); se predica la modestia y el pudor, lo que lleva al destierro de los escotes y de cualquier desnudez provocativa. Se alza todo un andamiaje moral para preservar el matrimonio como institución que sirve al desarrollo del capitalismo.

El ejemplo viene, además, desde arriba: en Francia con **Luis Felipe I** (1830-1848), el *Roi citoyen*, cuya imagen en redingote y con paraguas (muy al gusto inglés) se hace popular; en Gran Bretaña, con la reina **Victoria** (1838-1901), que impone una insoportable pudibun-

[11] Salvo la Gran Bretaña, en donde rige el sistema jurídico jurisprudencial, lo que, no obstante, no impidió la estricta aplicación de la rígida moral burguesa victoriana.

Bajo la opresión de las costumbres que se instaura con la Revolución, desaparece la maliciosa picardía que, en otros tiempos, envolvía al erotismo. La sustituirán la imagen vulgarmente procaz, o la melindrosamente pudibunda.

dez a la corte. La moda en los palacios reales ya no es el adulterio público, sino una apacible y rutinaria vida conyugal. Y lo que es norma en ellos debe reflejarse en todos y cada uno de los hogares de los súbditos, por modestos que sean. Los pocos que se salen de la norma son objeto de la implacable censura pública: **Luis I de Baviera** (1825-1848) es destronado por la Revolución burguesa de 1848 debido a sus amores con la aventurera **Lola Montes** (¡hubiera sido impensable que se obligase a abdicar a **Luis XV** por tomar como amante a la **Du Barry**!); **Isabel II de España** (1833-1868) se comporta como **Isabel Petrovna** o **Catalina la Grande**…, pero lo hace equivocándose de siglo (no se le perdonan sus devaneos, que se consideran un público escarnio a su ambiguo marido), y acaba siendo obligada a marchar al exilio;[12] **Francisco II de las dos Sicilias** (1859-1861) pierde el trono por ser un rey caballero al viejo estilo, que forma con su reina **María Sofía** un *ménage* nada convencional, hecho de tácitos pactos y sobreentendidos. Pero el personaje que más contrasta con el ideal de los nuevos tiempos y que es como el paradigma de todos los héroes a contracorriente es, sin duda, **Luis II de Baviera** (1864-1886), el atormentado, contradictorio y sublime **Ludwig**, amigo, protector y benefactor de **Wagner** y constructor de un mundo de ensueño dominado por fantásticos castillos que evocan una época ya remota. Merece la pena detenerse en esta personalidad fascinante.

Luis II de Baviera nació en 1845 del entonces príncipe heredero **Maximiliano de Wittelsbach** y su esposa **María de Prusia**, que formaban una pareja de lo más convencional. El futuro Maximiliano II era serio y formal, hijo de su tiempo, en nada parecido a su padre el rey Luis I (hubiera podido ser un Orleáns, uno de los tantos vástagos que tuvo Luis Felipe I de los Franceses). Sometió a su hijo a una educación espartana como futuro sucesor que era y de acuerdo con los cánones de la época. El amor burgués por la tranquilidad familiar de su padre le permitió a Ludwig pasar mucho tiempo en el castillo de Hohenschangau, que Maximiliano había hecho decorar muy al gusto romántico (con evocaciones medievales y legendarias de la tradición germánica). Aquí fue donde comenzó a forjarse ese rico mundo interior, en el que más tarde —a medida que se iba desengañando del poder y, sobre todo, cuando arreció la sorda persecución y la abierta conjura— pudo refugiarse. Cuando Luis II subió al trono en 1864, la primera providencia que tomó fue la de ordenar buscar a Wagner e invitarle a ir a Baviera, donde le ofreció su munífica protección, lo que evidentemente chocó a sus serios y adustos ministros. A partir de ahí comprendieron que se las habían con un monarca fuera de lo normal, al que habría que controlar antes de que él los controlara.

«El personaje que más contrasta con el ideal de los nuevos tiempos inaugurados de rigidez, puritanismo y capitalismo burgués es, sin duda, Luis II de Baviera, un paradigma de añoranzas bellas y caballerescas.»

Uno de los castillos de Luis II de Baviera, inspirado en los dramas musicales de corte medieval de Richard Wagner.

[12] En efecto, habiendo podido todavía trastocar el curso de la Revolución de 1868, se le impidió viajar a Madrid porque se había empeñado en hacerlo con su amante Marfori.

La relación Ludwig-Wagner fue un idilio platónico, en el mejor y más tradicional de los sentidos: el de iniciación. Wagner introdujo al joven y hermoso Rey en un mundo que él ya había intuido y amaba. En compensación, Luis le libraba de preocupaciones materiales para que pudiera dedicarse a continuar creando para él ese mundo tan lejano de la realidad trivial hecha de guerras, presupuestos, decretos que firmar. Contra lo que pudiera suponerse, no hubo nada carnal en esta relación: Ludwig amaba al artista, al hierofante que le había revelado una maravillosa mitología (que él mezclaba con su sincera devoción católica). Wagner, por su parte, sentía un enorme afecto por ese muchacho sincero y entusiasta que le conmovía con su incondicional devoción. Lástima que el maestro fuera en el fondo un hombre demasiado apegado a todo lo que podía constituir la felicidad burguesa —riqueza y bienestar— y quisiera aprovecharse de su privilegiada situación. La presión de la corte contra el que llamaban burlonamente «Lolus» (por alusión a Lola Montes, la amante de Luis I) hizo mella en el ánimo del Rey, que tuvo que reconocer que Wagner era mezquino y había abusado de su confianza. Pero, aunque le pidió abandonar Münich, nunca le retiró su apoyo ni su devota amistad amorosa: así pudo hacerse realidad el Teatro de Bayreuth, el que Wagner había concebido para su *Gesamtkunstwerk* (Obra de arte total).

«Luis II fue pacifista en un siglo bélico; creía en la preeminencia del espíritu y las artes; fue un ser único y excepcional en una época de burguesa mediocridad; se comportó como los reyes de antaño; fue mecenas al estilo de los grandes de otra época; fue un marginal en un tiempo cruel…»

La Guerra del Schleswig-Holstein (1864), la Guerra Austro-Prusiana (1866) y la Guerra Franco-Prusiana (1870) marcaron, como trágicos hitos, los comienzos de su reinado y le convencieron definitivamente de algo que había comprendido muy pronto: que no era él un príncipe como los demás. Su ideal consistía en proteger las Artes y las Letras, en ser padre de su pueblo, en embellecer el reino. Con Wagner había comenzado a cumplir con esta triple misión; se sabía amado por sus súbditos, especialmente, la gente sencilla, e iba a emprender una serie de proyectos que harían de Baviera el país del ensueño. Herremchiemsee, Linderhof, Neuschwanstein…, nombres que evocan castillos inverosímiles construidos en pleno siglo de la locomotora y de la mecanización, en cuyos corredores vagaban como genios tutelares **Luis XIV**, **Luis XV**, la **Montespan**, la **Pompadour**, **María Antonieta**, **Sigfrido**, **Lohengrin**, **Elsa**, **Parsifal**…, es decir, los amigos incondicionales del solitario en el que se había convertido Ludwig, aquellos que seguramente no le traicionarían ni le iban a abandonar.

Pero la marginalidad del Rey no se limitaba a estas que sus contemporáneos juzgaban como mínimo excentricidades: Ludwig era lo que en aquella época se llamaba *antiphysique*, o sea «homosexual» (según el término de clasificación psiquiátrica de las llamadas desviaciones sexuales que acuñó el Dr. **Ulrichs**).[13] Su caso es un ejemplo claro de la evolución de la actitud social hacia las costumbres. Definitivamente, ya no era el tiempo en que Monsieur, *frère de Louis XIV*, daba público espectáculo en una divertida corte, ni en el que **Federico II de Prusia** mantenía un cenáculo exclusivamente masculino sin temor a las habladurías. No. Los sodomitas ya no sólo eran pecadores, sino infractores del orden (del orden burgués, se entiende). ¿Cómo era eso? Ellos no se casan ni procrean; no contribuyen, por tanto, a la renovación de la sociedad, no dando nuevos súbditos al Estado ni nuevos y enérgicos brazos para el trabajo que crea riqueza: son, pues, improductivos y malos patriotas. No es casualidad que precisamente en el auge del nuevo estado burgués se introduzca en el Código Penal prusiano (que se extendería a toda Alemania) el famoso artículo 175, que criminalizaba las prácticas homoeróticas. Puede comprenderse que Ludwig fuera presa de graves escrúpulos de conciencia y terribles angustias, que atestigua su *Diario*. No habiendo podido amar abiertamente a sus iguales (como el bello príncipe **Paul von Thurn und Taxis**, que fue su entrañable amigo de juventud), se entregó a furtivos amores ancilares, escogiendo sus amantes entre la servidumbre de palacio. El complejo de culpa reaparecía una y otra vez para atormentarlo y por eso abandonó

[13] El término «homosexual» es un híbrido entre griego y latín, como queriendo poner de relieve la anormalidad de esta tendencia. Ulrichs no era homófono: simplemente quería que se despenalizara la conducta homoerótica medicalizándola para tratar a los homosexuales no como delincuentes sino como enfermos (lo cual fue, claro, contraproducente).

el cuidado de su persona: del apuesto mancebo que había un día ceñido la vieja corona de los Wittelsbach en medio del orgullo de un pueblo que se gloriaba de su hermoso príncipe, no quedaba sino una caricatura.

Luis II de Baviera fue declarado «loco» por una comisión de médicos formada por el gobierno bávaro: era el paso previo necesario a su deposición, exigido por el príncipe **Luitpoldo**, hermano de **Maximiliano II** y tío de Ludwig, antes de aceptar la regencia.[14] Capturado dramáticamente en su nido de águila de Neuschwanstein, fue recluido en el castillo de Berg, a orillas del lago de Starnberg, siendo puesto bajo la vigilancia del psiquiatra Dr. **Von Gudden**. Cuando se creía que el destronado monarca había recobrado la calma, el médico autorizó un paseo a orillas del lago, en el que le acompañaría: para Ludwig fue ver el cielo abierto. Nadie sabe lo que pasó exactamente, pero lo cierto es que los cadáveres de ambos aparecieron ahogados después de una intensa búsqueda. Contentémonos con pensar que este nuevo Lohengrin se fue como vino: bogando dulcemente sobre el cisne de sus ensueños. La Historia tiene una deuda con Ludwig: fue declarado oficialmente insano de mente; pero alguien tan sensato y convencional como **Bismarck** —que le apreciaba sinceramente— nunca creyó en este veredicto. Se le achacó el dispendio irresponsable del erario público en proyectos delirantes…, y hoy la visita a los castillos del Rey Loco es una importante fuente de ingresos para el *Land* de Baviera. El Teatro de Bayreuth, que tanto dio que hablar a los enfurecidos ministros, es ya un símbolo imperecedero y un lugar de peregrinaje obligado para todos los wagnerianos del mundo. Luis II fue pacifista en un siglo bélico; se elevó por sobre el delirio nacionalista predicando la pertenencia a una república universal: la del espíritu, la de las Artes; fue un ser único y excepcional en una época de burguesa mediocridad; se comportó como los reyes de antaño cuando las testas coronadas se resignaban a recluirse en una hogareña privacidad; fue mecenas al estilo de los grandes de otra época; fue un marginal en un tiempo cruel y despiadado para los que se salían de la norma… No podemos sino transcribir lo que otro célebre marginal le dedicó como fruto de su exquisito estro: el soneto *À Louis II de Bavière* de **Paul Verlaine**. He aquí, encerrado en catorce versos que rezuman devoción y admiración, lo que significó Ludwig:

¡Oh, Rey, de este siglo el solo Rey, salud, Señor,
Vos que quisisteis morir vengando vuestra razón
de las políticas cosas y del pérfido desamor
de esta Ciencia intrusa en medio del corazón,

De esta Ciencia asesina de la Oración,
y del Canto, y del Arte, y del Amor!
A Vos, que con simple orgullo en floración
matasteis muriendo, a Vos, ¡bravo, oh Rey, Señor!

Poeta fuisteis, y soldado, el único Rey
de este siglo en que caídos los reyes son:
mártir fuisteis de la Razón de nuestra grey.

Reine de Joie, 1892. Cartel de Toulouse-Lautrec.

[14] Pues el heredero natural de Ludwig, su hermano Otón, se hallaba incapacitado por demencia (heredada de su sangre Hohenzollern) y vivía recluido en el castillo de Fürstenried.

La Goulue entrando en el Moulin Rouge, 1891 – 1892. Óleo sobre cartón de Toulouse-Lautrec.

¡Salud a vuestra muy única celebración!
Vaya vuestra alma en su altivo cortejo, oro y hierro,
entonando del gran Wagner la más sublime canción.[15]

Cambian las costumbres radicalmente

Otra manifestación del cambio de mentalidad y de costumbres en la época moderna la hallamos en la literatura. Los motivos licenciosos y picantes no gozan ya del favor del público lector, encorsetado en los ideales de virtud doméstica de la burguesía dominante. La novela refleja los dramas y las encrucijadas de una sociedad convencional. Basta repasar la monumental *Comédie humaine* de **Balzac** para percatarse de hasta qué punto las preocupaciones de la nueva sociedad distan de ser las del Antiguo Régimen. Situaciones como el adulterio, las relaciones sexuales no matrimoniales o la sodomía son vistas desde un ángulo distinto de la despreocupada y desinhibida naturalidad de los siglos clásicos. Los contraventores del nuevo orden están invariablemente abocados a la desgracia y a la punición. Recuérdese el revuelo causado por *Madame Bovary*. **Flaubert** no hizo sino pintar la vida de una mujer de provincias aburrida y contar la historia de su adulterio desde el punto de vista de ella. Sin embargo, no le ahorró el castigo: se suicida con arsénico. No podía ser de otro modo. La pequeña narración balzaciana sobre la ambigüedad sexual, *Sarrasine*, acaba también trágicamente. La sanción social está presente en los temas escabrosos de la literatura. En música es igual: la *Traviata*, *La Bohème*, *Manon Lescaut*, óperas en las que las heroínas sufren invariablemente el veredicto condenatorio de su conducta irregular. Incluso en lo que se refiere a las técnicas compositivas e interpretativas, se abandona todo lo que se pueda prestar a la mínima confusión. Así, los *castrati* caen en descrédito y ya sólo les quedan los coros de las capillas católicas, en los que el acceso de las mujeres continúa vedado. En el siglo XVIII habían sido los reyes de una sociedad que se disputaba sus favores; ahora, en pleno triunfo de la moral burguesa, eran considerados poco menos que «capones» (como los llamó desdeñosamente **Carlos III** cuando despidió a **Farinelli** de la corte de Madrid).

[15] Roi, le seul vrai roi de ce siècle, salut, Sire, / Qui voulûtes mourir vengeant votre raison / Des choses de la politique, et du délire / De cette Science intruse dans la maison, // De cette Science assassin de l'Oraison / Et du Chant, et de l'Art, et de toute la Lyre, / Et simplement et plein d'orgueil en floraison / Tuâtes en mourant, salut, Roi, bravo, Sire! // Vous fûtes un poète, un soldat, le seul Roi / De ce siècle où les rois se font si peu de chose, / Et le martyr de la Raison selon la Foi. // Salut à votre très unique apothéose, / Et que votre âme ait son fier cortège, or et fer, / Sur un air magnifique et joyeux de Wagner.

Un indicio nada desdeñable del cambio en las costumbres, particularmente importante por su visibilidad, es la manera de vestir. El atuendo masculino es radicalmente simplificado: fuera tejidos preciosos, brocados, encajes, galones, perlas, cintas, plumas y pedrería; adiós a los colores vivos y alegres. La nueva actitud de austeridad y dedicación al trabajo del hombre burgués (descrito tan bien por **Werner Sombart** en su ensayo homónimo), exigen la máxima sencillez: el redingote oscuro y sin ornamentos. El traje masculino se hace estereotípico y no evolucionará en lo esencial hasta bien entrado el siglo XX. En cuanto a la mujer, la fantasía es permitida porque, con ella, de lo que se trata es de agradar y atraer al marido. Sin embargo, se la cubre con metros y metros de tela y de volantes y no se le deja libre sino la cabeza, para evitar la provocación. El extremo encorsetamiento a base de ballenas, crinolinas, polisones y miriñaques es expresión del encorsetamiento moral al que están sometidas las representantes del bello sexo: se las aparta de la vida pública, se las recluye en casa, en la que tienen oportunidad de demostrar sus talentos sentadas al piano, en el salón de lectura o en el gabinete de labores, actividades que, no en vano, llaman los franceses *arts d'agrément*. En esta perspectiva está claro que el travestismo es mirado con horror, como signo inequívoco de una grave desviación y no como gusto por la ambigüedad (cual era percibido en el Antiguo Régimen). En su afán de distinguirse de la corrupción aristocrática del Antiguo Régimen, los burgueses visten a sus lacayos con libreas copiadas de las vestimentas de los señores (peluca empolvada, calzón corto, calzado de tacón con hebilla incluidos).

En cuanto a las reuniones de sociedad, se instaura todo un código aburrido y ceremonioso, según el cual quedan desterradas las expresiones y palabras equívocas o atrevidas, que habían hecho las delicias de los antiguos. Las conversaciones se tornan sumamente monótonas y formales. Las fórmulas de cortesía son ridículas e irrisorias. Las relaciones interpersonales pierden con ello en naturalidad y desenfado. La lágrima fácil —que hubiera horrorizado a las damas de la época de **Luis XV**— está a la orden del día y es el mejor ornamento de una señorita *comme il faut*. Los discursos de los caballeros son grandilocuentes y vacuos, sin la grandeza ni la elegancia alcanzadas por el lenguaje dieciochesco, lleno de *esprit*.

Conclusión: el mundo perdía brillo

En suma, la Revolución consumó un cambio que significó todo menos la tan mentada libertad. Las normas de control social comenzaron a cumplirse a rajatabla y éste se hizo más opresivo que nunca en manos de un poder centralizado y fiscalizador. No es de extrañar que se pusieran en boga las policías de costumbres, buen exponente de las cuales lo constituyen las *Mémoires* de Canler (1797-1865), que fuera Jefe del Servicio de Seguridad de París en plena época de auge del sistema de burguesía censitaria que caracterizaría el reinado de **Luis Felipe I**. Al hacer estas breves consideraciones, no puede por menos de surgir espontáneamente la consideración de lo relativos que son los juicios sobre los avatares históricos, juicios llenos de prevenciones y de ideas adquiridas que no se compadecen con la realidad. También nos viene a la mente aquello que decía ese gran señor de antaño que fue **Talleyrand**: «Quien no conoció el Antiguo Régimen no puede saber lo que era la dulzura de vivir». ■

La rigidez burguesa en las costumbres nunca impidió que las mujeres mostraran sus encantos.

Contra El Quijote

(Leyendo a Vicente Risco)

***por* Antonio Ruiz Vega**

***Escritor, periodista y fotógrafo. Actualmente es asesor literario del programa* Noches Blancas *de Telemadrid. Ha dirigido o colaborado en diversas revistas y es autor, entre otros, de* Diccionario de la España Mágica *en colaboración con Fernando Sánchez Dragó,* Los hijos de Túbal *y* La isla suspendida.**

«Pido asilo espiritual en Broceliande, me acojo al sagrado de Glastonbury, quiero que mis restos sean inhumados en Westminster, cremados en lo alto del Mac Dui o si lo merezco, entregados a las aves en Stonehenge… Sólo pido no morir español.»

Me temo que poca gente lee ahora a Risco. Motivos de interés no faltarían, aunque las inevitables contradicciones de su larga vida es posible que le hagan políticamente incorrecto para tirios y troyanos.

Nacionalista gallego y vanguardista literario en su juventud, nietzscheano de la hora, basculó luego como tantos otros (pienso en Álvaro Cunqueiro) hacia lo conservador y clerical, *dejándose querer* por la España franquista ¡Qué remedio! A la fuerza ahorcan…

Es el drama del escritor. Un pintor, un ingeniero, no digamos un médico, un músico también (y sobre todo) puede abrirse camino en otro país. Pero un escritor es un galeote de la lengua. No conozco más que un caso de transterración en el que un poeta cambia de idioma. Y aún así

> **«La más triste de todas las historias. Un gran libro que mató a todo un gran pueblo.»**
>
> **Lord Byron**

sucede con respecto a otro hermanado por el común origen latino. Me refiero al caso del rumano Aron Cotrus, que escribe parte de su obra en castellano. No es frecuente.

Mitología cristiana

Y si a Risco se le lee poco, todavía menos —supongo— libros suyos que aparecieron *camuflados* bajo el franquismo, como ese *Mitología Cristiana*, publicado en la oficialista Editora Nacional nada menos que en 1963[1] y con una portada absolutamente… *paulina*.

Me imagino que sólo lo leerían beatas y seminaristas. Y aún ésos sólo hasta que se dieran cuenta de que el título no respondía, sino remotamente, al contenido.

Porque *Mitología Cristiana* es un libro profundo, denso. Uno de esos libros en los que cada nueva lectura apunta algo nuevo, pues está lleno de ideas.

Y, por mucho que lo quiera justificar en el prólogo, este libro tiene poco de cristiano y viene a ser pura exaltación pagana. De él extraje la cita inaugural de mi ensayo de Mitología Ibérica *(Los Hijos de Túbal)*, que decía así:

> Se los confina en despoblado. Por eso los seres mitológicos pueden reaparecer cuando un hombre se pierde en la floresta, cuando el caminante solitario escala las cumbres de las sierras o cuando atraviesa campos de ruinas abandonadas. Reaparecen en las sepulturas de los gentiles, en los lugares en que hubo cultos primitivos, en las piedras milenarias, bajo las arboledas sombrías y temerosas.

Habla Risco de Broceliande y Arturo, de Merlín y Ginebra, de Hamlet, Wagner o del rey portugués Sebastián, cuya desaparición en Alcazarquivir dio pie a la leyenda inmortal y arquetípicamente céltica del sebastianismo. Poco, como se verá, de cristiano.

Conspiración cervantina

Y habla Risco de Cervantes y el Quijote, exaltados por el españolismo de la hora, como

Otra imagen de la caballería andante, distante y distinta de la reflejada en *Don Quijote de la Mancha*.

por todos los españolismos de todas las horas. Y se las arregla, posibilista, para lanzar la piedra y esconder la mano, denunciando la terrible conspiración que supuso Cervantes y lo cervantino contra todo asomo de idealismo o altruismo.

> **«Sólo en la tierra parda se escupe al alma heroica con salivazo tan grosero».**
>
> **Isaac Muñoz**

Ponía el gallego el dedo en la llaga dejando caer, como quien no quiere la cosa, el antagonismo entre dos empresas literarias separadas por un siglo. La de Sir Thomas de Mallory, encomiando la gesta artúrica en *La Mort d'Arthur*, donde proponía nada menos que el renacimiento del espíritu de la Caballería, y la de Miguel de Cervantes que hacía irrisión de lo mismo en su *Don Quijote*.

Ambos, señala Risco, estaban en la cárcel cuando concibieron (Cervantes) o escribieron (Sir

[1] **Dedicado a don Manuel Fraga Iribarne.**

Thomas) sus libros. Y también anota una más que curiosa paradoja, que siendo Mallory no celta sino anglonormando,[2] asumió e interiorizó el ideario céltico, y que siendo (probablemente) de sangre celta Cervantes, trazó una saga de regusto mediterráneo y renacentista, judeocristiana.

Seguro que sueña Risco cuando se abandona a delirios celtistas y hasta se reclama sin citarla de la gesta de Breno,[3] que tomó primero Roma, llegó luego hasta el mismísimo oráculo de Delfos, y sólo se asustó ante el Ónfalo que allí señalaba el Centro del Mundo, cuando una tormenta amenazó con derribar el cielo sobre su cabeza. Y desbarra imaginando un Imperio Celta en lugar de uno Romano. A ese juego, ¡ay!, hemos jugado muchos.

«Es el libro de la decadencia de España.»
Ramiro de Maeztu

Más que lo que dice Risco —que también— me interesan los datos que su erudición aporta sobre el Quijote.

Cita a:

Heine: *La rechifla de todo entusiasmo.*

Lord Byron: *La más triste de todas las historias. Un gran libro que mató a todo un gran pueblo.*

Rousseau: *Inmola al ridículo toda clase de generosos instintos.*

Barbey d'Aureville: *Fue el primer silbido que retumbó distintamente contra el entusiasmo de la guerra, la caridad cristiana y en armas de la andante caballería.*

León Gautier: *La caballería fue herida en el corazón por las burlas de este caballero.*

«Fue el primer silbido [...] contra el entusiasmo de la guerra, la caridad cristiana y en armas de la andante caballería.»
Barbey d'Aureville

Ramiro de Maeztu: *Es el libro de la decadencia de España.*

Isaac Muñoz: *Sólo en la tierra parda se escupe al alma heroica con salivazo tan grosero.*

«La caballería fue herida en el corazón por las burlas de este caballero.»
León Gautier

Repasa luego a quienes, como Unamuno o Giménez Caballero, intentaron «dar la vuelta» al Quijote y proponerlo como exaltación «al revés» de lo que execra.

Pero tiene que rendirse a la evidencia. *Vanos esfuerzos; por más que queramos, no logramos convencernos.*

Retengamos lo dicho por Byron: *Un gran libro que mató a todo un gran pueblo.*

Vanos intentos

Tras *inmolar al ridículo toda clase de generosos instintos*, ¿qué puede hacer un país? ¿Cuál puede ser su proyecto histórico?

Ya se ve y ya se vio. El medro personal a la sombra del poder, la difusión del amiguismo, el encaje de bolillos del intercambio de favores con el norte de vivir sin trabajar: la picaresca institucionalizada. Como explicaba meridianamente Josep Pla, quien no sepa cómo funciona España o pretenda funcionar de otro modo, le espera la más amarga de las suertes.

Por los mismos años que en Inglaterra se estaba creando el Imperio y la juventud se incendiaba con las soflamas socialistas y utópicas de Ruskin, aquí atizábamos el brasero de cisco del noventayochismo.

Arqueología, casinería, tresillería: la España que, hecha arquetipo en la ciudad de Soria, denunciaba el joven Gerardo Diego.

Desde entonces no hemos hecho otra cosa que lanzar los mismos naipes sobre la mesa y ahora, por mor de la pura efemérides, tendremos que soportar todo un año de Cervantismo, de Quijotismo de ocasión. El panorama puede entenebrecer el alma del más pintado. Reposición de películas y series de televisión. Fernando Rey, Alfredo Landa. Siglo de Oro al canto. Plato del Día: Duelos y Quebrantos. Aldonzas y Dulcineas, posadas y Miramamolines, vuelos en Clavileño, palizas a mano airada de yangüeses, bodas de Camacho…

¡Socorro!

Pido asilo espiritual en Broceliande, me acojo al sagrado de Glastonbury, quiero que mis restos sean inhumados en Westminster, cremados en lo alto del Mac Dui o si lo merezco, entregados a las aves en Stonehenge… Sólo pido no morir español.

---

[2] No capto la diferencia fundamental que advierte Risco entre celtas y anglonormandos. Al fin y al cabo son ambos ramas del tronco indoeuropeo y, como ya demostró Dumezil, su estructura mitológica es idéntica.

[3] Según la Británica, en realidad hubo dos Brenos separados por más de un siglo. El primero, sí, fue el conquistador de Roma y sería el segundo quien pudo llegar a Delfos, aunque, herido en su toma, terminó suicidándose en la huida antes de ser hecho prisionero. Al primer Breno, el conquistador de Roma, se le atribuye la famosa frase *Vae Victis*, (¡Ay de los vencidos!), que lanzó a los patricios romanos cuando éstos le regateaban la fuerte indemnización que pidió para dejarles en libertad. El segundo Breno, según la Espasa, no fue herido en la toma de Delfos, pero aun así se suicidó avergonzado por su derrota.

En el mundo FELIZ está prohibido ser INFELIZ

Por Javier Ruiz Portella

Siempre ha habido quienes, no soportando la angustia de una existencia sometida a la incertidumbre y condenada a la muerte, pretenden acelerar esta última. Nunca, sin embargo, se les había encarcelado o encerrado en manicomios.

Como tal vez aún se recuerde, hace unos meses dos reporteras del programa de telebasura *Salsa Rosa* lograron evitar, en el último instante, la muerte voluntaria de tres jóvenes. Infiltradas en un Foro de Internet habían descubierto (o eso cuentan…, vaya uno a saber) que tres jóvenes estaban planeando su muerte colectiva. Pretextando las periodistas estar también decididas a inmolarse, se pusieron en contacto con los tres candidatos al suicidio. Cuando éstos (de edades comprendidas entre los 26 y los 29 años) llegaron a la casa rural en la que habían decidido acabar con sus días, sus dos ángeles de la guarda llamaron a los otros guardias. Éstos los detuvieron y trasladaron ante el juez, quien los inculpó (no se sabe por qué delito) y encerró en un manicomio. Se ignora si todavía están encerrados.

Hartos de vivir

Ciudadanos, como diría **Huxley**, de un mundo feliz, tuvieron la insolencia de sentirse en el más infeliz de todos. ¿Cómo no iban a estar locos? Su vida —habían declarado— carecía de todo sentido. ¡Si al menos alguna desgracia la hubiera estremecido! Pero no, sus días (ingeniero uno, arquitecto otro, informático el tercero) trascurrían sosos y sosegados. Tanto, que estaban hartos de vivir.

Siempre ha habido quienes, no soportando la angustia de una existencia sometida a la incertidumbre y condenada a la muerte, pretenden acelerar esta última. Nunca, sin embargo, se les había encarcelado o encerrado en manicomios. Como máximo, el cristianismo prohibía que los suicidas fueran enterrados en sagrado. Para la sociedad del progreso y la felicidad, el suicidio —máxime en circunstancias como las reseñadas— constituye, en cambio, el escándalo supremo.

Todo vale

Y, sin embargo, esta misma sociedad lo tolera, lo absorbe, lo traga todo. Carente de principios, resultándole todo indiferente, permite que se haga o deshaga, proclame o impugne lo que sea. Con dos únicas excepciones. El dinero: su imperio es incuestionable, y su necesidad palmaria si se quiere que la tan cacareada «libertad» de que gozan nuestras democracias sea otra cosa que la que conocemos, por ejemplo…, en *El Manifiesto*: la libertad de pataleta; la libertad que, sin fuerza económica ni mediática, sobre bien pocos puede incidir. El otro principio sagrado de nuestras sociedades es la salud. La del cuerpo, se entiende, porque la otra —la salud del espíritu— forma parte de este magma indiferenciado en el que todo vale… porque nada, en realidad, vale nada.

El espíritu —es decir, la belleza, la nobleza, el sentido grande de la existencia— puede ser atacado, escarnecido, demolido: nadie se inmutará. Al contrario, tales ataques hasta pueden verse coronados con el éxito: el de programas de cretinización colectiva, por ejemplo, como *Salsa Rosa*. Al espíritu se le puede aniquilar, pero el cuerpo…, ¡ah, el cuerpo!, el cuerpo ya ni siquiera lo puede uno arriesgar. Si en el mundo feliz está prohibido fumar, aún lo está más intentar suicidarse.

Para los suicidas ni siquiera rige el principio según el cual nada está por encima de la voluntad soberana del individuo-masa. Entiéndaseme bien, sin embargo. Si estoy defendiendo el derecho a esta especie de atrocidad heroica que es el suicidio, no es porque el individuo-masa lo pueda caprichosamente todo. Por olvidados que estén, hay principios intangibles, valores sagrados que nadie tiene el derecho de transgredir. Fundamentalmente, los ya apuntados: el bien de la comunidad y la preservación del mundo, la salvaguarda del sentido de las cosas. Nada de ello vulneraban los tres muchachos que el juez encerró en un manicomio. Al contrario. Más bien lo afirmaban mientras echaban un escupitajo —tan inútil como descabellado, es cierto— al regocijado rostro del mundo feliz.

Los lectores tienen la palabra

Anti-Arte

Por fin, desde el mundo artístico e intelectual algunos se atreven a ir contracorriente. Y es que el número dos de *El Manifiesto* dedicado a «La destrucción del arte» ha empezado a dar en el clavo. El artículo de **Eduardo Arroyo** es el que me ha parecido más interesante, pues resalta la importancia de la necesidad de que el arte recupere el sentido trascendente, el sentido religioso, la recuperación de la propia tradición y el servicio al pueblo. Y es que la universalidad le viene a una obra de arte por sí misma, partiendo de una cultura y de una tradición concreta.

Una catedral gótica tiene sentido cuando se la sitúa en el Medievo europeo, pero no tendría sentido copiarla hoy en mitad de la sabana africana o en los Himalaya. Tampoco tendría sentido para un constructor medieval hacer lo propio entonces. Él consideraría que estaba cualificado para hacer un templo gótico, pero para conectar con la espiritualidad de otros pueblos se necesitaría un arquitecto impregnado de esas espiritualidades.

La calidad media de la revista me ha parecido buena, pero creo que algunos articulistas todavía deben desprenderse de la influencia del anti arte y de las corrientes artísticas de las que son hijos.

Jesús Morilla

Muchas gracias, tanto por sus comentarios como por su crítica. Ésta nos sorprende tanto que no acertamos, francamente, a adivinar a qué articulistas se está usted refiriendo (La Redacción).

A las cosas por su nombre

Sólo quería mostraros mi admiración y agradecimiento sincero por vuestra línea editorial sin complejos y llena de lucidez. Es un auténtico lujo contemplar en estos tiempos a gente capaz de llamar «mierda» a la «mierda», sin caer en eufemismos como «caquita». Vuestras consideraciones sobre el arte me reconcilian incluso con una pequeña parte de la humanidad, aunque sin embargo soy de los que creo que la sociedad entera está ya perdida. Fantástica, genial, osada, audaz..., cualquiera de estos adjetivos se queda corto a la hora de valorar vuestra revista.

¡Qué satisfacción ofrece al ser humano algo tan sencillo como llamar a las cosas por su nombre! Luchar por el arte y la cultura es hoy en día tarea sólo de valientes, por eso creo que vuestro esfuerzo es épico, digno de héroes.

Gracias de nuevo por mostrarnos a unos pocos una luz tan magnífica en este túnel de «mierda artística» en el que nos han sumergido.

Un saludo, valientes.

Pablo Cassinello

Muchos años esperando esto

Mi primera intención es felicitaros por la revista, cuyo número dedicado al «arte» contemporáneo casualmente ayer saltó a mis ojos en un kiosco de prensa. Soy un pintor valenciano de cuarenta años, que vivo absolutamente concentrado en mi trabajo. Hace años que perdí la esperanza de encontrar acomodo a mi pensamiento en los medios de comunicación, y sólo muy de vez en cuando compro algo de prensa y le echo un vistazo por si algo se mueve. Ha sido en una de estas ocasiones en las que la llamativa portada de vuestra revista me ha hecho adquirirla.

No estoy exagerando en absoluto con lo que les digo: la lectura del editorial me ha producido una emoción indescriptible. Hoy he pasado todo el día leyéndola atentamente e intentando valorarla en su justa medida. La emoción tan fuerte que habéis producido en mi se debe, a que desde hace una década, abandoné la elaboración de arte moderno y comencé a buscar otros horizontes para el arte actual, contando que las mismas razones que me llevaba a emprender ese viaje tendrían que ser compartidas por muchos, pensando que el agotamiento y descrédito de la modernidad no podría sostenerse por mucho tiempo. Los primeros años seguí muy atento a todo pensamiento sobre arte actual, pero fui abandonándolo desesperanzado [...]. Llevo años esperando vuestra revista, pero también he de deciros que esto no va debilitar en nada mi exigencia en cuanto al arte que se busca y al que se refieren vuestras páginas. [...]

Muchas gracias por vuestra iniciativa.

Antonio Gadea

El reino de los cielos

Por **Carlos Martínez-Cava Arenas**

El cine es mucho más que un vehículo de entretenimiento. Se ha convertido en uno de los más eficaces conformadores de valores, constituyendo un potente instrumento para la práctica de esa ingeniería social instalada en la creación de los «estados de opinión».

Cuando los índices de lectura caen vertiginosamente, la imagen es la que moldea las mentes. **Orwell** ya lo predijo en su obra *1984*. Y también dijo aquello de «Quien controla el pasado, controla el presente».

Ridley Scott —con su última película— ha cedido su prestigio al servicio de una sucesión de mentiras históricas y odio a la fe de Occidente como quizá antes no se había producido.

Ya el párrafo de introducción de la película sobre fondo negro hablando de una «Europa en represión» pone en guardia al espectador más avezado. (Cuando son muchos los historiadores que han entendido la Edad Media como el gran momento cultural que supuso la extensión del saber de los Conventos a las Universidades y de la gran libertad, profunda y verdadera que gozaba el europeo de aquellos siglos).

Scott presenta la Orden Templaria como una vulgar banda de asesinos y ladrones. Nada más erróneo. Prescindiendo de todo romanticismo esotérico (ahora tan de moda, bajo prismas deformados), el hecho cierto es que, gracias al Temple y a su confraternidad con otras Ordenes Militares Islámicas se recuperó para Europa la sabiduría griega, así como muchos otros conocimientos inéditos.

El Temple fue el guardián de Jerusalén, pero también de los desheredados. Con su Orden quedó impreso en el código genético-cultural europeo el ascetismo al servicio de la fe en **Cristo**.

Pero si falso es el tratamiento dado al Temple, el que recibe el cristianismo en general es incalificable. No hay en toda la película de Scott un solo occidental que, teniendo un comportamiento noble, aparezca como cristiano. Todos ellos son violentos, crueles, soberbios y malvados. Tan sólo el protagonista (**Orlando Bloom**) tiene una buena imagen, y ello por haber renegado de su fe (!!).

El reino de los cielos [Kingdom of heaven]

Dirección: Ridley Scott.
País: Reino Unido, España, USA y Alemania. 2005.
Interpretes: Orlando Bloom, Eva Green, Jeremy Irons, David Thewlis.
Guión: William Monahan.
Producción: Ridley Scott.
Música: Harry Gregson-Williams.
Fotografía: John Mathieson.
Montaje: Dody Dorn.

Simultáneamente, **Saladino** nos es presentado como el Príncipe liberador. Religioso (llora compungido y recogido por sus caídos en la batalla), y considerado con la fe cristiana, sus mujeres y sus niños. ¿Hay que recordar cómo ocurrió *de verdad* la toma de Jerusalén y cómo arrasó el Calvario donde murió **Jesucristo**…?

La superposición de planos en este sentido que Scott realiza de forma simultánea es maniquea y manipuladora (hay escenas que recuerdan el peor cine de **Eisenstein** o de **Reifensthal**).

Ridley Scout odia a Europa, al menos a la Europa o a los europeos que, sin grandeza alguna, quedan reflejados en su última película.

Y si los planos son pura manipulación del sentimiento en orientación anticristiana y antieuropea, los diálogos contienen auténticas aberraciones en lo moral. Frases como «Hay que hacer el Mal para conseguir el Bien», ó, «El Alma es solamente del hombre», nos dejan un tufo iluminista muy, muy alejado del espíritu cristiano que ha hecho de Europa el hogar de la Democracia, la Ley y el Derecho. Porque gracias al cristianismo es por lo que existen los derechos humanos, la libertad y el respeto a la persona en su integridad y dignidad. (¿Hay democracia dónde no hay cristianismo?)

Scott ha jugado la baza antieuropea. Es el estilo de esa izquierda americana que siente simpatía instintiva hacia el débil (siempre que éste no sea europeo —y si es su enemigo, mejor).

Curiosamente, Ridley Scott en todo ello no se ha alejado de la visión que los nazis tuvieron de Saladino: menosprecio de los cruzados y pleitesía al Islam. Scott odia Europa.

Odio que queda flotando hasta en la última escena de la película, cuando el protagonista y Sibila cabalgan y, mirando con desdén una Cruz de piedra en lo alto de una montaña, se alejan galopando, mientras la música crece en su intensidad épica final.

La ducha

Por **Gabriela Viadero Carral**

En un mundo sin héroes y tradiciones, disuelta la gente en váliums y antidepresivos, aparece una película —nos viene además de China— que nos recuerda que, contrariamente a lo que pretendía Leibniz, el mundo en el que vivimos tal vez no sea «el mejor de los posibles».

Título: *La ducha* [Xizhao]
País: China, 1999.
Dirección: Zhang Yang.
Intérpretes: Zhu Xu, Pu Cun Xin, Jiang Wu.

Un padre, sus dos hijos y los baños públicos de un pueblo de China constituyen los ingredientes de esta película en la que se trata de tradición y progreso, de individualismo y colectividad, pero sobre todo del conflicto más enraizado en nuestro ser, el que nos habla de nuestra naturaleza primera y nuestra trascendencia última, de nuestro deseo de permanecer, enfrentados como estamos a la muerte. Todo ello aderezado de símbolos y metáforas, de rituales y su belleza, sin los cuales es imposible ser verdaderos seres humanos.

Un adorable anciano trabaja incansablemente en sus baños públicos, que constituyen su auténtica razón de ser. Sus fieles clientes se reúnen todos los días no sólo para su aseo diario, sino también para conversar, reír y jugar. Un buen día llega el hijo del dueño del local. Éste, vestido con un traje de chaqueta y corbata, simbolizando el desarrollo y el progreso, dejó a su padre largo tiempo atrás, avergonzado de un trabajo tan burdo y anticuado, para buscar una nueva vida en la ciudad donde hacer fortuna. La tensión entre quien se erige como baluarte de la tradición y el hijo, que representa el progreso encarnado por la ideología occidental, queda patente desde el principio y a lo largo de toda la película.

Mientras tanto la vida va desarrollándose tranquilamente en el pequeño balneario, mostrándonos todo un catálogo de las relaciones humanas, con sus miserias y sus grandezas, pero emanando de ellas un sentimiento puro, en el que brilla nuestra verdadera naturaleza olvidada. Pero todo cambia un día que una gran tormenta azota el pequeño pueblo. El hijo, tras su pequeña y conflictiva visita, decide volverse a su casa con su mujer. Pero precisamente la noche anterior a su viaje ve como su padre lucha contra la naturaleza para proteger sus baños de una fuerte tormenta. Es entonces cuando comienza a comprender todo aquello que también a muchos de nosotros se nos ha olvidado, sepultados por el consumismo desenfrenado y el materialismo imperante: la importancia de lo sencillo, íntimo y cercano.

A partir de ahí se produce una auténtica metamorfosis del protagonista, que conmovido por el esmero con que su padre trata su negocio decide ponerse a ayudarlo. Ambos, sin cruzar palabra, trabajan juntos en una empresa de salvación. El espíritu colectivo se cierne sobre el individualismo que representa el hijo venido del sur. Tras toda una noche de esfuerzos titánicos, exhaustos pero felices, se sientan en el tejado observando juntos cómo nace un nuevo día. En una de las escenas más bellas de la película, con el pueblo chino de fondo, dos personas sienten que se comprenden la una a la otra y una de ellas entiende que ha comenzado su metafórico pero también viaje real de vuelta a casa.

Este largometraje nos ofrece un vaso de agua mientras peregrinamos errantes y perdidos en el desierto de nuestra soledad.

El proceso final de conversión del *hijo pródigo* se pondrá de manifiesto mediante su actitud ante dos hechos finales con los que termina la obra. Por una parte, el conflicto progreso-«atraso» con el derrumbe de los baños públicos para construir en su lugar un centro comercial. Un derrumbe que simboliza el fin de una época, la de las tradiciones, el espíritu colectivo, los ritos y el mundo rural. Éstos van a ser suplantados por los nuevos valores que se encarnan en el gran centro comercial: el trabajo competitivo, la masificación de la producción, el final del pequeño comercio a escala humana…